



SUGAR

Baby

LUIS ÁVILA



GROUP EDITION
WORLD

2019 LUIS ÁVILA

2019 ©de la presente edición en castellano para todo el mundo: Group Edition World

Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Mayo 2019

Isbn digital: 978-84-17832-40-7

Diseño portada: Group edition world/ Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Sinopsis

¿Una forma de pareja o un acuerdo comercial?

La universidad de Tania peligra y ella está dispuesta a todo con tal de conseguir el dinero suficiente para poder pagarla. Así es que entra a una web donde buscar Sugar Daddies, lo cual da inicio a su nueva vida de Sugar Baby. Joyas, zapatos, carteras, mansiones, un mundo de lujos se extiende delante de sí con una enorme cantidad de peligros, entre ellos... que ningún hombre se obsesione con ella.

Pero la peor amenaza de todas sería enamorarse.

¿Cuánto está dispuesta a dejar de sí misma con tal de conseguir lo que necesita?

#SugarBaby #Tania #Marco #Aiden



SUGAR

Baby

LUIS ÁVILA

 GROUP EDITION
WORLD

"A mis padres por educarme en la responsabilidad al trabajo y los sentimientos. Y a mantener la mente abierta a lo diverso."

Marco tiene hoyuelos, ojos azules y la quijada cuadrada. Tiene sonrisa de ángel cuando en verdad es el mismísimo diablo.

Me citó a las seis en un café frente al Public Garden. A esta altura del año, el jardín más lindo de la ciudad de Boston se convierte en un paisaje de hojas secas, clima fresco y un sol maravilloso bañando la ciudad de punta a punta.

Yo le pedí que fuese en un lugar público, puesto que es la primera persona a quien conozco por Internet. Nunca fui una chica de muchas citas, mucho menos de las que contactan online, pero esta tampoco será una cita cualquiera. Es una cuestión de negocios.

Porque cobraré mil dólares por tomarme un café con él.

Marco me inspira confianza y es sumamente atractivo. O eso espero... Estuve más de una semana dando vueltas en la web donde lo conocí, hasta que finalmente me decidí a concertar una cita. Y no porque no haya tenido pretendientes, al contrario; recibía más de cincuenta mensajes por día de tipos de todas las edades, todas las etnias y en su mayoría, ricos y poderosos. Algunos más, otros menos. Y considerando que sólo había subido dos fotos: una de mi rostro, sonriendo con algo de pena por estar haciendo eso y otra que nos tomamos una amiga y yo, aunque por supuesto, a ella la recorté.

Al comienzo tenía miedo de que algún conocido me atrapase en dicha aplicación, sin embargo eran miedos vanos puesto que no me encontré a nadie ni de cerca conocido. La gente que se mete ahí sólo tiene que ver con negociaciones y El Señor Dinero.

Me educaron para ser una chica independiente, a valerme por mi misma y nunca tener que depender de nadie en específico. Pero la vida te enseña que no es tan sencillo, menos aún para una mujer.

Quisiera estudiar en la Universidad. El inconveniente es que mi familia no se lo puede permitir. Mi padre lleva más de un año sin trabajo y mamá gana lo suficiente limpiando casas ajenas con tal de dar de comer a mis hermanos, los gemelos Bill y Robbie. Unos rubiecillos terribles de siete años.

Yo acabo de cumplir veintiuno. Terminé la escuela hace tres y desde entonces he trabajado como camarera en una cafetería a unos veinte kilómetros de aquí. Sin embargo, mi jefe se apostó todo lo que tenía en su grupo de complicados amigos y lo perdió, lo que terminó afectando directamente mi trabajo, ya que no tenía ni para pagarme la indemnización ni siquiera los últimos dos meses trabajados. Decidí irme sin quejarme, entendía su situación, lo único que poseía mi jefe eran deudas monumentales. Además, su esposa, que trabajaba en la cocina de la cafetería, le abandonó llevándose a su hijo pequeño. Resulta que el pobre está enfermo de una cosa llamada "ludopatía" (sí, lo *googleé*) y es algo así como una afección mental en la que no pueden parar de jugar y apostar.

Así es que empezó mi nueva vida: de desempleada. Se vinieron abajo mis sueños de seguir ahorrando con tal de poder pagarme la universidad. Usualmente en la escuela era una alumna aplicada pero no llegué a calificar para una beca, lo cual me destruyó casi por completo.

El trabajo de camarera era mi última oportunidad, lo que implicaba que debía trabajar casi todo un mes con tal de llegar a los mil dólares.

Y ahora mismo, Marco aparece dispuesto a pagarme eso y un café, con tal de compartir una charla con él un momento.

Entré a la web realmente por desesperación. Siempre fui una chica partidaria de tener que ganarme lo mío con mi trabajo y no dejar que nadie ponga el hombro en mi lugar. Aunque ante la desesperación, sólo tenía dos opciones: burlar un poquito mis ideales o hundirme en la miseria. Opté por la primera. Así es que un día busqué en Internet qué maneras de conseguir dinero rápido puede tener una chica y la mayoría incluía sexo. Excepto ser una “Sugar baby”. O eso pensaba. Seguí las instrucciones y llegué a esa web que tanto prometía, aunque terminó por dejarme helada...y lo sigue haciendo.

Aparecieron hombres tanto de treinta como de sesenta. Algunos me ofrecieron sexo, otros una suma de dinero importante con tal de salir con ellos una noche al menos, otros un dineral enorme por viajar el fin de semana a Miami. Entre ellos, Marco.

Aunque fue su manera de insistir la que me convenció de que quizá... ceder fuese lo correcto. Primero me ofreció ese fin de semana paradisíaco y me negué. Luego renovó el contrato (¿ya dije que las negociaciones con las sugar babies implican contratos que se pueden firmar online?) y me ofertó algo menos pretencioso como una cena en su suite de Miami y luego me devolvería a Boston en avión.

Me negué.

No me tomaría ni loca un avión, aunque su insistencia fue lo que más me asombró. Me lo pidió con un vídeo privado y un estallido de mariposas se liberó en mi estómago al ver a ese hombre bellísimo, trajeado en su importante oficina pedirme compartir sólo una comida con él. En condiciones normales habría cedido sin que me pagara la cena...el quid de la cuestión que lo complica todo es que Marco es mayor que yo por trece años. Y en el momento que empezamos a hablar, la diferencia era de catorce.

Aun así me asombra verle cada vez que abro sus fotos o vídeos: es guapísimo, tiene hombros enormes y las mangas de las camisas están que le

revientan en los bíceps. Su cabello es negro y corto, además tiene los ojos más brillantes que vi en mi vida. ¿Cómo resistirme a él?

El punto es que dejé de responder a sus mensajes durante todo un día ya que había empezado a pensar en la posibilidad de cenar con él, lo cual implicó cierto malentendido: Marco pensó que había dejado de contestarle porque me tenía cansada y redobló su apuesta ofreciéndome costear mi matrícula universitaria para el próximo año si yo accedía a una cita con él.

¡Un hombre realmente generoso! ¿Cómo le iba a decir que no a un caballero con tal gentileza? Además, desde el comienzo me trató sumamente bien. No obstante, seguía sin cuadrarme qué hacía un hombre como él queriéndole pagar a una chica como yo con tal de concertar una cita. Allá afuera debía de tener miles de chicas arrancándose los pelos con tal de poder salir con este adonis.

El corazón me estalló en veinte millones de pedazos cuando mis dedos actuaron antes que mi conciencia al instante que le dije que Sí. Que accedía a encontrarme con él y puse mis condiciones: que fuese en un lugar público. Él eligió el café que se edifica ahora mismo frente a mis ojos, con una vista impresionante al Public Garden de Boston.

Y se supone que está recién llegado de Miami, puesto que actualmente se encuentra trabajando allá. No da muchos detalles acerca de a qué se dedica, sin embargo, es ese uno de los puntos que más ha logrado captarme por poder reunirme con él. Quizá tenga la gallina de huevos de oro que a mí me hace falta con tal de cubrir los gastos y deudas de mi familia, que me pesan en la espalda como una tonelada de plomo.

Al comienzo acepté que me pagase el café, sin embargo, él insistió en que la web pedía un giro de dinero a cambio por habernos valido de su servicio, y para asegurarse de que los *daddies* y *mommies* no abusen de los *babies*.

Entonces, cerró el contrato por mil dólares, un café y mi compañía.

Ay, Carajo. Ahí viene.

Me dijo que llegaría en un auto cuya marca ni siquiera recuerdo, pero si hay algo que tengo presente es que sería color champán y aparcaría en la calle lateral al café. Ha prometido. Cuando reviso la nave futurista al otro lado de la vereda, recuerdo que el auto se trata de un Mustang. Se abre la puerta del conductor y de allí se baja un impresionante tipo de metro noventa, con traje azul noche y una corbata pulcramente acomodada en su cuello. Lleva puestas unas gafas oscuras que le sientan de maravilla y está afeitado al ras, lo cual permite que pueda aparentar algunos añitos menos... y eso me consuela. He visto algunas fotos de él con barba y le queda de infarto, no obstante, le hace parecer de cuarenta. ¿Qué pensaría la gente?

El asunto es que un adonis griego acaba de cruzar la calle y sonrío en mi dirección dejándome con las rodillas temblando en cuanto me muestra una sonrisa que está para el crimen.

—¿Tania?

Él tiende su mano para que la estreche. Me impresiona y a la vez le agradezco que no sea de los que saludan con un beso, lo que me hace pensar que de esta manera debe saludar a las personas con quienes tiende a hacer negocios.

Y es que conmigo está cerrando un negocio ahora mismo.

—¿Marco? —Su nombre sale de mi garganta como una súplica y me hace sonar como un gatito con miedo que arranca una breve y gutural risa de su boca.

—¿Vamos?—me invita a pasar a la bonita cafetería que queda en la planta baja de un edificio.

Acepto y cruzo la puerta de vidrio.

El lugar está a años luz de parecer la cafetería donde he estado trabajando en los últimos años, la típica que está frente a la gasolinera y comúnmente se reúnen los camioneros para fumar, beber cerveza como cerdos y comer hasta reventar. Cada tanto, mi jefe debía arrastrar a alguno hasta la cabina de su camión. Ahora, en cambio, me encuentro en un lugar con mesas redondas de caño, macetas con flores en las ventanas y en la barra, hombres trajeados bebiendo café y leyendo el periódico; mujeres en las mesas laterales vestidas con Gucci o Chanel, de cabellos platinados, bebiendo té y comiendo pastel con niños pequeños prendidos a las pantallas de sus celulares, aunque no distingo bien si se trata de sus hijos o sus nietos.

—¿Te parece bien ahí? —me señala Marco una mesa que da contra una vidriera que tiene una vista llana y perfecta al lago del parque.

Delante de nosotros hay un mesero con chaleco negro, cabello rojizo y camisa con cuello paloma. ¿En qué momento apareció que no lo vi?

—Está bien —contesto y noto que las cuerdas vocales me tiemblan demasiado. Ocurre que con cada palabra o paso que me animo a dar, mi cabeza no deja de reiterarme que estoy con mi primera cita por Internet. Sí, es probable que no sea la última. Me tomaré todos los cafés que sean necesarios

con tal de poder juntar el dinero suficiente a fin de matricularme en la Universidad de Massachusetts. He de llegar a unos 25000 dólares.

Marco me deja pasar por delante de él y me siento muy observada. ¿Se habrá dado cuenta de que mi camiseta holgada de lanilla con brillos en el cuello y estos jeans viejos negros resultan la mejor ropa que tenía para venir hoy?

—Les dejo la carta —señala el camarero tendiéndonos dos cuadernos forrados en cuero con hojas gruesas y el nombre del local bordado en hilos dorados.

—Muchas gracias, Tom —le dice Marco y una señal de alarma se enciende en mi cabeza.

Tom se retira.

—¿Vienes...seguido aquí? —le pregunto.

—Cada mañana —me contesta—, al menos las pocas mañanas que puedo estar en Boston. Últimamente he debido instalarme en Miami por asuntos de trabajo.

—Ah... Miami —¿Tan caro es el estilo de vida que este hombre se está permitiendo? Una de las ventajas que daba poder entrar a la web y saber si una realmente se estaba encontrando a un tipo rico y no un farsante, es que la página verifica a los que pueden corroborar sus ingresos a partir de las cuentas bancarias. Y Marco está verificado.

—¿En verdad es la primera vez que te reúnes con alguien de la página? —me suelta él sin rodeos ni vueltas. Ojea el menú de la cafetería, arrojándome un vistazo a mí cada tanto.

Trago saliva y miro la carta de inmediato buscando esquivar sus analíticos ojos azules.

—Es mi... primera vez.

Carajo, ¿en verdad tenía que decirlo en esos términos?

—En ese caso, me fascina poder ser el primero.

Mi corazón se encoge en una criatura diminuta e inofensiva.

—Creo que voy a pedir un café pequeño con crema —le cambio el tema y cierro el cuaderno.

Él me mira con extrañeza.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta.

—Sí. Eso ya es demasiado costoso.

—Pero yo seré quien pague.

—Por eso lo digo.

Junto mis manos por debajo de la mesa y noto que cada vez que este hombre habla, me quedo prendida de sus ojos o de sus labios. Así que me obligo a mirar los músculos de su mandíbula cuando se tensan al hablar. Me encanta ver cómo se conectan más abajo con los de su cuello ancho y fornido. Este tipo es una verdadera mole.

—En ese caso, no permitiré que pidas algo de ese porte. Si se trata de mi chica, no tiene precio lo que pueda pagar por ello.

—¿Tu...chica?

—Lo eres mientras estés conmigo.

—¿Soy una especie de propiedad por la que puedas pagar?

—No lo veo así, aunque esos estúpidos contratos lo contemplen. Sólo quiero que estés a gusto mientras permanezcas conmigo.

—Estaré a gusto con sólo un café.

Él tuerce el gesto.

—Bien. Entonces pediré lo mismo —corta en seco y le hace un gesto a Tom en señal de que vamos a pedir.

Tom se acerca y es Marco quien pide en mi lugar:

—Por favor, Tom, tráenos dos cafés pequeños. ¿Y tienes crema batida y chocolate para añadir?

—Claro.

—¿Tú quieres con crema, verdad? —pregunta Marco en mi dirección. De hecho, fue lo que le dije antes así que asiento—. ¿Y chocolate?

Santo cielo, el chocolate es mi perdición.

—Un poquito —le digo con la garganta cerrada.

—Entonces trae una mini cascada de chocolate para la mesa, un pote de crema chantilly y frutas en rodajas para acompañar.

—Perfecto —cierra Tom el pedido.

—Ah, y agua sin gas, por favor.

—Café, crema, chocolate, frutas y agua.

Marco asiente y se retira.

En cuanto vuelve la vista a mí, nota mis ojos grandes como platos.

—¿Cas... cada de chocolate? —le suelto—. ¿Cuánto se supone que pagarás por ello?

—Eso no importa. Mientras estés a mi lado, nada tendrá precio ni valor monetario, salvo tu compañía.

—Descuéntalo de mi...pago —le suelto—. No quiero sentirme inútil y no poder dar nada de dinero por ello. Sólo traje para un café, lo siento. Descuéntalo o no te molestes en darme ese dinero, en verdad.

El silencio se planta en la mesa en cuanto me digno a cerrar la boca.

Marco se queda absorto mirándome con sus ojos enormes y los labios entreabiertos. ¿Qué le llama tanto la atención? Parece que algo acaba de derretirse en su interior.

Hasta que su voz sale como un ronroneo:

—¿Quieres estar conmigo para toda la vida?

Las palabras me sientan como una bofetada que me dejan en estado de shock. Hasta que salgo rápidamente de la sorpresa con una risotada que estalla y siento que mis mejillas arden. Me entra la risa tonta que no puedo parar y Marco me acompaña sólo de una sonrisa con sus ojos encendidos como luces mientras ríe de manera genuina.

—¡Eres...eres...muy gracioso! —le suelto.

Su sonrisa se sostiene pero de pronto noto que sus facciones se tensan.

—Claro. Gracioso —señala y suspira sin más.

Mi risa lentamente se va apagando pero mi pecho sube y baja, presa de la excitación. Debo quitarme una lágrima para que no se me arruine el maquillaje. Noto que Marco observa mis uñas pintadas de rosado sujetando los puños de mis mangas holgadas.

—Estabas bromeando... ¿verdad? —le digo casi como si fuese una pregunta retórica.

—Por supuesto que estaba bromeando —señala y noto que Tom se acerca con los cafés. Mientras sirve, Marco añade—: Aunque no olvides considerar la propuesta por cada minuto que estés conmigo o sin mí.

La cascada de chocolate es casi un orgasmo visual. Veo el chocolate derretido cayendo y mi boca se deshace por probarlo. Me pregunto si ver a Marco desnudo tuviese el mismo efecto en mí...

Luego de endulzar el café, antes siquiera de probarlo, tomo un tenedor, lo pincho en una rodaja de banana y lo paso primero por la crema. Me lo meto en la boca y Marco se queda estúpido mirándome hacer eso. Yo le sonrío mientras la crema batida rebosa de mi boca. Me siento mimada y divertida como una niña a la que consienten por primera vez.

Marco se espabila y se lleva la taza con café a la boca, mirando en otra dirección.

—Disculpa —le digo en relación a mis modales y entusiasmo. Busco la servilleta, pero esta se me cae.

—¡No la recojas! —me advierte.

—¿Por qué?

—No lo hagas. Pediré a Tom que traiga otra.

—No lo vas a molestar por eso. Suelo ser un poco...torpe.

—¿Torpe? ¡No lo...hagas!

Y me agacho finalmente para recoger la servilleta.

Aunque mis ojos no pueden evitar echar un vistazo a la entrepierna de Marco. Su pantalón es negro y adherido al cuerpo, aunque no muy ajustado, pero sí lo suficiente para marcar una erección enorme que crece de costado. Si se metiera la mano al bolsillo izquierdo, podría masturbarse y acabar aquí mismo.

Cruza la idea por mi cabeza de ser yo quien meta la mano en su bolsillo, pero desestimo la opción de inmediato.

Hasta que caigo en la cuenta de que llevo demasiado tiempo agachada, así que me apresuro en buscar la servilleta del suelo y la dejo a un costado. Tom ya se acerca para traer otra limpia.

—Gracias —le dice Marco en cuanto la deja y se marcha.

—Te advertí que no lo hicieras —señala él y lo noto un poco inquieto—.

Santo cielo, esto es incómodo.

—Oh, no, no, descuida—le digo. No quiero que se sienta mal por mi culpa. ¿Es que yo lo he puesto así? No puede ser cierto.

—¿Y qué tal está?—suaviza la situación con una sonrisa.

—¡Delicioso! ¿Quieres probar?

—Oh, no, no. Soy diabético.

Todo en mi interior se alerta mientras le doy un trago al café y miro los sobres que creía que eran azúcar. En verdad, ha usado endulzante especial.

—¿Has pedido todo esto...por mi culpa?

—¿Tu culpa? ¿Tienes idea de lo que esto implica para mí? No es un gasto en absoluto, es una inversión.

—¿Inversión? ¡Nada de esto te beneficia!

—Estar contigo es el mayor beneficio que me podrías haber concedido. Y quiero demostrarte que puedo ofrecerte mucho más de lo que podrías imaginar, Tania.

—Estás loco, ¿verdad?

Él suelta una risita y un bufido. Luego mira su móvil y marca algunas cosas. A continuación me lo pasa.

—No creí que algún día haría esto, pero tampoco imaginé que me encontraría a alguien como tú.

—¿Tan idiota como yo?

—Tan...fascinante —me corrige y casi puedo notar que saborea la palabra “fascinante”.

Acto seguido me muestra la pantalla del celular. Hay muchas cifras dando vueltas y cambiando a cada instante. El número va por unos...cuantos millones.

—¿Qué es eso? —le pregunto, incapaz de poder corroborarlo por mí misma.

—Una de mis cuentas bancarias. Desde que llegamos, he ganado cien veces lo que me costará este desayuno contigo. Y tú si sigues con esa actitud, corres peligro. Van a aprovecharse de ti.

Sus palabras me caen como agua fría.

—¿Mi...actitud? —le pregunto, con la sensación de que me hubiese insultado.

—Ser una Sugar Baby no es para cualquier chica. Si me permites, puedo darte algunas coordenadas.

Dudo que con su edad o con su dinero él haya sido alguna vez un Sugar Baby Boy para una Sugar Mommy. Sólo un hecho podría explicar lo que está sucediendo:

—¿A cuántas Sugar Babies ya contrataste a lo largo de tu vida? —le pregunto sin rodeos.

—Muchas.

—¿Cuántas? —insisto.

—La última, se graduó en Miami de la Escuela de Cine y hoy es una directora diplomada en web series y videoclips.

—¿Cómo que...se...graduó? ¿Estando contigo?

—El contrato señalaba que le costearía apartamento y universidad si decidía ser mi acompañante hasta su graduación. Demoró un año más de lo previsto, pero lo cierto es que los últimos meses sólo se aprovechó. No renové su contrato y cortamos. Al menos, me aseguré de que tuviera un modo de defenderse en la vida.

Me sujeto del asiento de la silla para no caerme. ¿Qué se supone que...?

—¿Qué insinúas...? —le suelto.

—Quiero contratarte, Tania. Quiero pagarte para que me dejes consentirte y cuidarte. Sólo prefiero que mis Sugar Babies sean chicas instruidas así que te costearé el estudio que elijas, auto, apartamento y tus gastos personales. No importa qué tan costosos sean. Estás en peligro si pactas citas con otros hombres, no conoces muchas reglas básicas y me siento una persona lo suficientemente capaz para satisfacer cada uno de tus requisitos y cuidar de ti, todo ello en cuanto un negocio redondo. Si aceptas ser mi chica, puedo colocar el mundo entero a tus pies. ¿Qué dices?

¿Un tipo superadinerado, poderoso y atractivo te ofrece ser su musa a cambio de que te mantengas linda, inocente y dejes que él te convierta en una diva que usa Gucci y bebe té, dando risotadas falsas junto a sus amigas? Claro, seguramente me chupo el dedo.

—¡No! —le suelto.

Él se asombra.

—¿Bromeas?

—Tú eres el que está bromeando.

Seguramente hay gato encerrado. No voy a permitir que un hombre sea quien costee todo en lo que a mí refiere, exponiendo a que me compre como si fuese de su mera propiedad.

—¿Al menos te lo podrías pensar? —me pide.

Y saco una cucharada de chocolate, otra de crema y las meto en mi taza de café. Suerte que el chico trajo jarito y no pocillo.

No contesto. Marco insiste:

—Permíteme que te conozca.

—El problema es que yo no te conozco a ti —le digo, mientras me llevo una cucharada de este delicioso desayuno a la boca.

—No tienes que conocerme. Si quieres puedo ponerte en contacto con Kiara y así podrás resolver todas tus dudas.

¿Kiara? ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿Y quién es ella? —le pregunto, ya un poco molesta. ¿Me acaba de comparar con otra?

—Mi anterior Sugar Baby. Cerramos el contrato anterior en buenos términos y podrías pedirle referencias de mí. Regla número uno: antes de meterte con un Sugar Daddy, indaga en sus antecedentes con otras Sugar Babies inmediatamente después de consultar a su cuenta bancaria.

—Nunca creí que me terminarías dando clases para aprender a ser una... Sugar Baby. —Aún la expresión me sienta incómoda en mi propia boca—. A ese nivel de fracaso llego.

Él se sobresalta:

—¡No! ¡No quise decir eso! Solo anticiparte algunas maneras a partir de las cuales considero que debieras cuidarte. A menos que decidas que yo pueda darte la protección que necesitas.

¿Protección y universidad en un mismo paquete? Oh, no. Por supuesto que nada es gratis.

—Lo siento, Marco, pero no necesito que me protejas.

—Sí lo necesitas, de lo contrario no habrías llegado al punto de entrar en la página y aceptar un café.

—¿Cómo te...?

—Y no te juzgo por eso. Sólo creo que tienes potencial de hacer algo bueno y grande. Yo podría ayudarte.

¿Cómo demonios se supone que debo procesar eso? Este trabajo me está poniendo al filo del insulto y el halago, definitivamente he de aprender a manejar el mismo código.

—¿Me quieres ayudar a dejar de ser Sugar Baby enseñándome a comportarme como una? —le pregunto, aún con el chocolate atorado en la garganta. Esta noche tendré el hígado destrozado si no me detengo, pero es delicioso.

—Básicamente —responde él, sin rodeos.

—Creo que... Me lo tengo que pensar.

—¿Te ofrezco el mundo y lo tienes que...pensar?

—¿Será que apenas te conozco?

—Es parte de ser un Sugar Daddy. Nada tiene precio si se trata de consentir a la chica más bella.

—¿Eso mismo le decías a tus otras chicas?

—Exacto. Ahora no lo son, porque decidieron dejar de ser mías. Hoy son

las chicas más lindas del mundo para otros hombres...claro, aquellas que siguen en el oficio.

Me sostengo de la mesa como si me fuese a caer. ¿Cómo es que habla de esa manera acerca de otras mujeres sin que se le mueva un ápice de remordimiento? ¿Es que no se da cuenta lo humillante que resulta? Quizá, no lo era para otras chicas. O quizás, a eso se debe que su anterior Sugar Baby lo dejó. Pero, ¿por qué me está ofreciendo “entrenarme” (por alguna manera darle nombre a su ocurrencia) con ella?

—¿Si dejo de ser tu... Sugar Baby, no te pareceré nunca más una chica linda?

Mi pregunta logra dejarlo en silencio, aunque claramente hay una respuesta en su garganta que está sopesando de qué manera formular.

Hasta que tuerce el gesto y con su voz ronca y dulce a la vez, me dice:

—No quiero que dejes de serlo. Ese es el problema.

Su nivel de acoso me deja aterrada, aunque mi libido clama por él. Es insoportablemente irresistible y ahí encuentro el mayor de mis dilemas: me enloquece y me fascina. ¿Cómo decirle que no? Podríamos llegar a un acuerdo. Sólo con una condición:

—Aceptaré...una segunda cita —le digo por fin, luego de que se ha pasado prácticamente cuarenta minutos implorándome por ello de distintas maneras y explicando la regla número dos: acepta que te consientan, es parte del trato.

—¡Bien! —suelta por fin, como si se sacase una mochila llena de rocas de su espalda.

—Pero con una condición.

Levanta una ceja y se endereza en la silla.

—¿Cuál? —murmura.

—Me asesorarás para poder concertar también otras citas. Y sólo si logras convencerme...

—Oh, claro que no. Si estás conmigo, preferiría que no estés con otros.

—¿No es parte del trabajo?

—No, si se trata de mí.

Su mandíbula cuadrada cuaja con sus hombros que se ensanchan y las venas de su cuello logran marcarse cuando algo no coincide con sus deseos de tipo rico y caprichoso.

Contradecirlo despierta en mí una chispa de excitación.

—Pero sí, en caso de que quieras verme otra vez —lo condiciono. Creo que estoy invocando a todas las mujeres de la familia para que me den el valor suficiente.

Él se lo piensa un momento.

Hasta que sus labios llenos se separan y suelta con un bufido:

—Añadiremos en el contrato que puedes salir con otros hombres, pero nada de sexo.

—¡Claro que no!

—Ahora lo dices, pero cuando sostengamos las citas, me vas a implorar.
Sonrío con picardía y tomo mi móvil para levantarme a continuación:
—Ya lo veremos. ¿Necesitas factura?

SAN-TI-SI-MO-CIE-LO

¡¿Qué carajos acaba de ser eso?! No soy una chica de muchas citas, pero definitivamente, ésta acaba de ser la más extraña de todas.

¿Un hombre millonario y bellísimo ofrece salir conmigo a cambio de dinero? ¿Cuántos como él hay dando vueltas en la web? ¿Será verdad todo lo que propone? Y la pregunta más importante de todas: ¿Qué motivos tendría para confiar en él? Me gusta su voz varonil, sus ojos azules, los músculos de su mandíbula al tensarse, los hombros anchos y sus brazos enormes. He de admitir que más allá de lo físico, también me ha atraído su caballerosidad, el buen humor y un poquito, solo un poquito, lo mandón, dominante.

¿Hay tipos que realmente pagan por encontrar una chica con quien mantener una posición así? ¿Hay chicas que consienten y les gusta eso? Definitivamente sí. Y debo admitir que algo en mi interior se ha conmovido (o encendido) ante tal propuesta.

Sólo he tenido dos novios en toda mi vida.

Por un lado está Darius, quien me dejó embobada desde que lo conocí a los quince años. Antes ya pasaron otros chicos que me flecharon con solo ignorarme, en cambio, Darius se fijó en la chica que lo estuvo acosando con la mirada entre horas de clase y en el estacionamiento de la escuela. En una noche de campamento, finalmente se acercó a mí, estuvimos conversando unas largas horas, probé por primera vez un cigarrillo (que me dejó comiendo pastillas de menta durante un mes) y mi boca probó la suya, un beso por fin, un beso por primera vez. Estuvimos saliendo un par de veces luego, cada hora que pasaba me hacía hundir el pie más y más en el acelerador del amor... lástima que él no estaba preparado para ello. O es lo que me hizo creer. Hasta que una noche lo hicimos en su casa, durante un fin de semana que la tuvo para él solo... y luego me dejó a la deriva. Lo busqué, quería volverlo a ver, pero él ya había cumplido su objetivo. Me culpó de haberme obsesionado con él y dijo que me denunciaría a la policía si volvía a enviarle un mensaje.

Tania Thompson, triunfando en la vida y en el amor desde el inicio de los tiempos.

Luego vino James. Fue durante el año de mi graduación. Esta vez fui con más cuidado. Él se esmeró en ganarse mi corazón, mi confianza. Tuvimos una salida al cine, otra a cenar y otra a patinar antes de obtener su primer beso. Procuré no parecer desesperada, pese a que me estaba enamorando de su persona con locura, lo cual me benefició para ganarme una nueva salida, en la cual vinieron nuevos besos. Esta vez fuimos a ver una peli de armas y explosiones al cine, cual apenas vimos ya que tuvimos la cara de uno pegada a la del otro casi todo el tiempo.

Un mes después de estar saliendo, lo hicimos. Entonces, me di cuenta de que Darius tenía un pene diminuto. El de James resultó ser una piedra enorme y recta, rosada como sus pezones y los lunares en su pecho. Hacerlo con él fue como perder la virginidad nuevamente y, a juzgar por el tamaño, tanto o más doloroso que mi primera vez. Fue sumamente paciente y caballeroso, se preocupó por nuestro bienestar en todo momento y salimos unos meses más, los cuales trajeron aparejado que le hallase gustito al sexo.

Lástima que él sí recibió una beca para estudiar en la universidad. Se marchó a California y no lo volví a ver. Hablamos un tiempo por Skype y mensajes, hasta que me confesó que besó a otra chica en una fiesta. Y adiós James.

Desde entonces, he tenido que probar por las vías de la autosatisfacción para calmar la bestia que este chico despertó entre mis piernas, a fin de no tener que entrometerme con un hombre jamás.

Hasta hoy. Que me he encontrado con el tipo más impactante e intenso de mi vida entera. Definitivamente Marco es la prueba de que siempre hay un hombre dispuesto a romper tu idea de ya haberlo visto todo.

Me he salido con la mía, una renovación de contrato en puerta y mil dólares en mi pobre cuenta bancaria.

Además de mi móvil, que vibra en cuanto cruzo el Public Garden para tomarme el metro.

Es un mensaje de la aplicación donde conocí a Marco.

Pero el mensaje no es de Marco.

¡Hola Tania! Aiden quiere hablar contigo ◀◀

Aiden Raven. 27 años. Un lindo hombre de cabello rubio y largo hacia un costado, con un toque de informalidad en su estilo, ojos oscuros y un lindo bronceado caribeño. Quizá no tan musculoso como su contrincante Marco, pero igualmente fornido y con una sonrisa que te fulmina.

Y por algún motivo me siento un poco más atrevida. Acabo de encontrarme con un hombre que me invitó un café, he ganado cierto dinero extra por ello y ahora hay una persona que busca conversar conmigo. Y no cualquier persona, sino un tipo que, si su existencia resulta cierta, es bellísimo.

Así que entro en su cuenta.

Lo primero que hago es corroborar que sus ingresos estén verificados. Tiene muchas puntuaciones de Sugar Babies, todas excelentes.

Un hombre complaciente, respetuoso y bestial en la cama. Chicas, ¡lo recomiendo!

Me encantó haber pasado este fin de semana con él, espero volver a encontrarnos pronto. Muy recomendado.

El mejor sexo de mi vida.

Aiden cumple y supera cualquier expectativa. Y es una bomba en la cama, chicas. No se lo pueden perder.

Me asombra el modo en que hablan de él. Es como si la perspectiva de haber considerado a las chicas como objetos para complacer hombres, hubiese virado a cuál de todas ellas supo aprovecharse mejor de este muñeco que acaba de interesarse en mí.

Me deja embobada ver la cantidad de mensajes que tiene. Bajo y bajo el

cursor, leyendo otras de las tantas personas que lo han recomendado y me genera un poco de desconfianza, sin embargo, las opiniones no hacen más que convencerme:

Protector y seguro. Muero por volver a verlo.

Chicas, este hombre es magnífico. Uno de los daddies más jóvenes y complacientes que he tenido la suerte de encontrarme.

Tiene un cuerpo que te mueres.

En la cama es un demonio.

Me lo quiero comer de nuevo, es fabuloso.

Más, más y más. Muchas opiniones lo califican en cuanto al sexo, otras en cuanto a lo cumplidor con sus contrataciones, pero la gran mayoría presenta la misma queja: parece ser un experto en dejarlas con ganas de más. Parece que es, a las babies, una droga adictiva que las embelesa y se retira en el punto justo que podría embriagarlas de Aiden.

Así que me dirijo derecho a indagar en su perfil:

Aiden Raven

27 años

189 cm.

Ingresos anuales: \$500 000

Etnicidad: Americano

Niños: 0

Ocupación: Negocios y Tecnología

Contextura física: Atlético

Relación: Soltero

Acerca de Aiden: Intenta conocerme y deja tu opinión luego. Lo único que podría anticiparte es que mis intereses salen un poco de lo común.

Lo que busco: Chicas con profesionalismo, confidencialidad, gustos caros, apertura a cosas nuevas y sexualmente exigentes. ¿Tienes lo que necesito?

¿Tengo lo que necesita?

Esa pregunta me ha quedado enterrada en la cabeza desde que vi el mensaje. Sobre todo porque ya han pasado tres horas desde que acepté su solicitud de conversación y no tengo idea acerca de cuál será el motivo por el que no ha contestado nuevamente.

Lo que sí he recibido apenas unos minutos luego de mi reunión con Marco es una oferta de contrato para un fin de semana con él en Miami...y no creo estar preparada para ello, de momento. Pero un maravilloso número de \$20.000 hace que me lo termine dudando.

Estoy afirmada en la heladera de la cocina de casa, cuando escucho que abren la puerta y los mellizos entran corriendo como un par de rayos chocando y discutiendo entre sí. Mamá viene detrás con gesto de agotamiento y dos bolsas pesadas de mercadería. Al verla, de inmediato corro hasta ella y le recojo una de las bolsas.

—Hola, cielo —dice ella, besándome en la frente y avanzamos hasta la cocina.

—¿Quieres que te ayude con la cena? —le pregunto mientras nos dirigimos a la cocina y dejamos las cosas sobre la mesa. Examino lo que hay dentro de las bolsas y descubro papas, pasta, arroz, algunas otras verduras de oferta y salsa de tomate. Desde que papá no tiene trabajo, me deprime preguntar qué habrá de cenar.

—Papas y arroz —murmura lo evidente y recuerdo con algo de culpa la torre de chocolate que no pude terminar, ni siquiera alcancé a comer una cuarta parte de ella.

—Te ayudo a pelar las papas —le digo.

—Gracias, cariño. —Me pasa un recipiente y el pelapapas—. ¿Qué tal tu día de hoy? Tu padre me contó que saliste temprano. ¿Encontraste trabajo?

Ejem...

—¿Trabajo? —me ahogo y toso, lo cual me da tiempo a pensar—. Esto... Algo así. Estuve buscando. Tuve una entrevista pero no sé. Aún me queda

otra para estos días, supongo.

—¿Dos oportunidades? —dice ella con sus ojos luminosos y una sonrisa de boca abierta—. ¡Cuéntame de qué se tratan!

—Nada serio, descuida —le evado y meto las papas en el recipiente, bajo el chorro de agua fría.

—Oh, vamos —insiste ella—. Dudo que encuentren a una chica tan buena y responsable como tú. Ya verás que te hacen una oferta.

Me asombra cómo una madre se enorgullece de cada pequeño pasito que su hijo da. Lamento estarte decepcionando mamá, pero no tengo un trabajo seguro y puede que la persona con quien me he encontrado el día de hoy, no tenga las mejores intenciones hacia mí.

—Creo que ser buena y responsable no alcanza —le digo y ella nota el deje de preocupación en mi voz.

—Oh, cariño —murmura ella y se limpia las manos con un trapo y cierra el chorro de agua que hace rato rebalsa el recipiente con verduras—. ¿Lo dices por la universidad, verdad?—Corre un mechón de cabello y me observa con sus ojos preocupados—. Te esforzaste, todos sabemos eso. —Corre un mechón de mi cabello para buscarme la mirada, aunque no soy capaz de mirarla a los ojos—. Además, puede que si pedimos otro préstamo, más lo que tienes ahorrado y lo que te paguen en este nuevo trabajo, quizá puedas costear la matrícula...

—No, mamá —le digo, mirándola directamente—. Es posible que ser buena y responsable esté mal. ¡Creo que ese ha sido mi problema todo este tiempo! Nadie se explica cómo Elle y Mariah entraron. ¡Sus notas eran pésimas!

—¿Las del club de fitness o algo así?

—Una será comunicadora social y la otra se licenciará en administración de empresas el próximo año. Ninguna de ellas pasó de la nota justa y necesaria para no reprobado todo el semestre, hace cuatro años. Yo siempre tuve buenas calificaciones, pero tampoco alcanzaron a ser las mejores.

—Te esforzaste con las últimas notas, cielo —ella insiste—. Te levantabas muy temprano, te quedabas levantada toda la noche, bebías mucho café, tenías que ir a rendir las materias sumamente agotada y cansada al día siguiente...

—¡... Para hoy estar cenando papas con arroz!

Las palabras salen como un grito desesperado de mi garganta y con un

llanto desconsolado.

Mamá me sostiene con fuerza mientras me retuerzo en llanto contra su hombro.

—Lo siento, hija —me dice ella, también herida—. Lamento no haber podido...haberles dado un mejor pasar y un mejor porvenir a ti y a tus hermanos. Richard hizo lo posible por mantenernos a flote, aunque sabes que nunca pudo tener un trabajo estable.

—No, mamá —murmuro—. Lo siento yo. Durante tanto tiempo te dije que sería una maravillosa artista plástica graduada, que ahora eso lo veo tan lejos e imposible...

—Cariño, tus obras son magníficas y eso ningún evaluador universitario podrá contrarrestarlo.

—No soy tan maravillosa como crees. Quisiera estar mejor. Quisiera poder ayudarlos, dejar de ser un peso en su vida. Quisiera valerme por mí misma, disponer del dinero suficiente para decir “Hoy pago la cena” o “yo me pagaré la universidad” “estudiaré lo que quiera estudiar”, sin embargo no puedo. Ni siquiera soy capaz de cobrar a mi viejo jefe el dinero que me debe porque soy demasiado estúpida y dejé que no me pagara durante mucho tiempo.

—Fue un abusivo contigo, no tienes la culpa, tú cumpliste...

—¡Sí tengo la culpa! ¡Tengo la culpa porque cumplí, él no y de todas formas seguí cumpliendo! Me seguí dejando engañar, pensando que él en algún momento podría dar fe de su palabra y no fue de esa manera... Me hice traicionar. Dejé que abusara de mi trabajo y ahora estoy aquí, sin estudio y sin nada.

—Cariño...

Ella me abraza con fuerza como si me fuese a desmoronar en cualquier momento. Como si fuese frágil e inocua. Más de lo que ya soy.

—Estoy orgullosa de ti —me dice—, de lo que eres, de lo que has logrado. Siempre estaré orgullosa porque sé que he criado a la mejor hija que una madre puede querer y, pase lo que pase, nunca dejaré que te ocurra nada malo. Ni a ti ni a tu padre ni a tus hermanos. Te amo, preciosa. Te amo porque no te quedas quieta, nunca te das por vencida, siempre sigues intentando y ver eso en ti, me indica que en algún momento tendrás una oportunidad, algo bueno sucederá. Ya verás.

No sé qué será de mi vida. Intento una y otra vez por distintos caminos, hasta creer haber encontrado una solución...para por fin corroborar que me he estado equivocando.

Si una quiere lograr milagros, debe trazar con lo imposible.

Sólo sé que tengo una oportunidad. Una sola.

O dos.

Que me dan la posibilidad de trazar con lo imposible.

Debo hacerlo.

Por mamá.

Por papá.

Por mis hermanos.

Por mí.

Dos.

Aiden y Marco.

Hola, Tania:

Mi nombre es Aiden y quisiera pactar una cita contigo. Supongo que si accediste a aceptar mi solicitud de conversación es porque viste mis requisitos del tipo de chica que busco.

El trato es el siguiente: quiero que pases una noche conmigo, te enviaré el contrato para que lo puedas evaluar, pero te anticipo que deberás cumplimentar algunos requisitos que mi agente personal se encargará de enviarte. Te pasará a buscar un chofer mañana a las ocho de la noche para que vengas hasta mi oficina.

Si accedes, la entrevista con mi agente se pactará para mañana a primera hora de la mañana. Inmediatamente después te transferiré \$5.000 a tu cuenta bancaria. Si te presentas a la cita, se te transferirán otros \$10.000 con los que cerraremos el contrato. Luego, queda que puedas responder tú.

Te pido que aceptes o deniegues esta propuesta a la brevedad.

Para consultas, mi agente podrá respondértelas.

Y añade si estás dispuesta a experiencias sexuales exigentes en esta primera cita.

Cordialmente,

Aiden.

¡¿Qué?!

¿Qué acaba de pasar aquí? Oh, oh, oh. ¡¿Qué carajos que acaba de pasar aquí?!

Vuelvo rápidamente a la fotografía de Aiden y la arrastro hasta el buscador de imágenes de Google.

De inmediato me aparecen noticias.

No sé si podría considerarlo alguien famoso, pero sí es importante y muy poderoso.

Es agente e inversor en aplicaciones y plataformas digitales.

Encuentro algunas noticias cuyos titulares repaso con algunas fotos suyas donde nunca mira a la cámara ni atrás. Siempre al frente. Con sus ojos verdes enormes y las comisuras rasgadas tal cual una bestia al acecho. El cabello castaño claro lo lleva desprolijo y despreocupado al estilo “tengo cosas más importantes en qué pensar, pero sé que me queda de puta madre el pelo y te mueres por jalármelo mientras te cojo duro”.

Oh, vamos, no tengo estadísticas fehacientes de que las chicas piensen eso al ver sus fotos, sin embargo es fácil deducirlo.

Tan atractivo, tan rebelde, tan joven y tan...millonario. No puedo siquiera imaginarme cuáles serán sus gustos sexuales por los que reclama a una chica que viva de lujos y sea “sexualmente exigente”.

No, creo que no soy su tipo.

Pero son \$15.000 los que hay en juego...

La manera en que me ayudaría a mí y a mi familia, sería asombroso. Luego les digo que me saqué el loto y me desvinculo de esta aplicación de una vez y para siempre.

Aunque de momento me queda cumplir también con Marco.

Demonios, he de admitir que si algo me gusta de este mundo es que portarse mal está bien.

Estimado Aiden Raven:

Muchas gracias por su propuesta de trabajo. Sepa que estoy muy agradecida y me muero por chupársela de arriba a abaj...

¡No, no, no!

Vamos de nuevo.

“Tienes que mantener las formalidades, Tania”.

Me obligo a mantenerme cuerda y pienso varias veces la respuesta antes de decidirme a intentarlo unas cuantas veces más.

Querido y sensual, Aiden...

Estimado, Adoines..

Aideame toda...

Hola, Aiden: Acepto sin sexo puro y duro en la primera cita.

Cordialmente,

Tania

¿Mmm? ¿Cómo es que a alguien se le ocurre hablarme a estas horas de la madrugada? Apenas recuerdo haber pegado ojo cuando un ruido me hace despertar.

La luz de mi celular se enciende y capto que se encuentra vibrando en la mesita de noche, junto a mi cama. Me desperezo lentamente mientras intento enfocar la mirada en la pantalla.

Hay varios mensajes de la web de Sugar Dadies, pero los ignoro. Todo el tiempo me llegan notificaciones.

No obstante, hay un mensaje de texto de alguien desconocido. Lo abro.

Buenos días, Tania. Mi nombre es Ángel, soy agente personal de Aiden Raven. Te pasaremos a buscar en treinta minutos por la dirección indicada en tu usuario de contacto.

Te pedimos que nos notifiques si tu domicilio es otro, o lo corroboraremos en cinco minutos desde nuestro sistema.

Asimismo, que estés lista y nos esperes en la puerta.

¿Preparada para pasar una noche con el señor Raven?

Cordialmente,

A.

¡¿Qué?!

Salto de la cama y me mareo en el intento de caminar en busca de una toalla y ropa limpia. Ni siquiera me he depilado, Aiden no me respondió luego de que le envié el mensaje, ¿cómo es posible que...?

Me desperezco y miro mi pinta al espejo del baño. Espero que mis padres no se alteren.

Ando en puntas de pies hasta la puerta, pero está ocupado. Golpeo.

—¿Quién llama?

Mierda. Uno de mis hermanitos está ahí y por lo que demoran usualmente, dudo que fuese a llegar temprano a mi cita. A la cita que me buscará por casa.

—¡Date prisa que debo irme!

—¿Adónde? —pregunta desde el otro lado.

—¡A ti no te importa, mocoso! ¡Sólo date prisa!

—¡Demoraré una hora si no me dices adónde vas!

—¡¿Qué?! ¡¿Quieres que entre y te saque yo?!

—¡Hazlo!

Y le pasa el seguro a la puerta.

No me puedo contener y golpeo.

—¡Date prisa! —aporreo, presa de la tensión—. ¡Debo ducharme e irme!

—¡Dime dónde irás!

—¡Abre la maldita... !

—¿Qué es ese alboroto?

Papá abre la puerta de su habitación que da a mi izquierda en la diminuta casa donde vivimos. Son tres habitaciones conectadas por un pasillo único y el baño al final del corredor.

Él se aparece en su clásico pijama: calzoncillos largos de tela vieja.

—¡Debo irme y el Monstruo Dos no quiere salir del baño!

Monstruo Uno y Monstruo Dos son los nombres que les dio mi mejor amiga Ailin, frente a su dificultad por reconocerlos, debido al parecido

enorme que llevan los gemelos Bill y Robbie. Desde la familia ya los podemos distinguir con facilidad, sin embargo se me escapan esos sobrenombres cuando me enojan demasiado.

—¿Dónde tienes que ir? —me pregunta papá.

Y el corazón se me atora la garganta cuando sale mi respuesta como si me estuviesen ahorcando.

—Una... entrevista... de trabajo.

Su rostro parece iluminarse ante mi respuesta. Cuando se aparece el otro Monstruo desde su habitación y nos mira como si no pudiese despertarse aún del todo.

—Hey —le dice papá—, ¿sabes cómo podemos apresurar a tu hermano del baño?

Él parece no espabilarse del todo aún. De todas formas, se le ocurre una respuesta de inmediato:

—Mete una manguera por el respiradero y larga el agua.

Ay, ¡cómo no se me ocurrió antes!

Una enorme y lujosa camioneta negra impecable se aparece en la puerta de casa. ¡Demonios, no! Papá los verá. Está levantado. Se ha quedado preparándome el desayuno. La culpa que tiene por no poder conseguir trabajo provoca que se esfuerce por atenderme a mí... Si supiera de qué se trata mi entrevista de trabajo.

Me visto a toda velocidad con unos jeans arrugados y una sudadera. Es lo único que tengo sin roturas y limpio. De haber sabido antes que vendrían a buscarme, habría sido más precavida la noche anterior.

Una mujer rubia de unos cuarenta y cinco años con exceso de bótox, camisa blanca ajustada, pantalones negros y zapatos altos brillantes, desciende del auto. Examina la casa de punta a punta con evidente desaprobación.

Acto seguido, me apresuro a salir de mi cuarto peinándome rápidamente el cabello mojado...

Hasta que noto que papá abre la puerta.

Corro hasta la entrada para intentar detenerlo, sin embargo no llego.

—¡Papá, no! —le llamo.

Él no llegar a escuchar. Al menos se ha puesto unos pantalones y una camisa desprendida.

El punto es que la recién llegada parece sorprenderse al ver a mi papá y sus ojos se acomodan rápidamente a un gesto hambriento y de deseo. No me gusta la manera en que lo está devorando con la mirada.

—¿Vienen a buscar a mi hija para su entrevista de trabajo? —dice él, acercándose a la mujer. Yo sigo de prisa tras él.

—¡Papá! —intento frenarlo.

Ella estira su mano en dirección a mi padre para que le bese la mano. Él lo piensa un momento hasta que lo hace finalmente, quizá por el exceso de respeto que exige la presencia de esta mujer.

—Un placer, señor Thompson. Mi nombre es Ángel.

—¿Ángel? —su nombre se escapa de mis labios y ella estira su mano en

mi dirección. Me mira con desagrado al notar mi cabello y el cepillo en mi izquierda.

—Tú debes ser la señorita Tania Thompson. ¿Estás lista, cariño?

Su última palabra me deja un poco absorta. El exceso de formalidad parece acortarse de pronto.

—Yo... Yo...

—Si quiere, puede pasar a beber café hasta que mi hija esté lista —dice papá.

Pero me interpongo. Lo último que necesito es que ellos dos hablen.

—No es necesario, ahora me voy a mi entrevista.

—De hecho, tenemos prisa —añade Ángel—. Si quieres puedes terminar de cepillarte el cabello en el camino, querida.

—Bien —dice papá.

Aunque Ángel busca una tarjeta de una pequeña cartera que retira de sus senos y se la pasa a mi padre.

—Ángel Sanders —se presenta de modo completo—. Puede llamarme cuando lo necesite. Soy agente y publicista personal.

Papá recibe su tarjeta con ignorancia.

Aunque se la quito.

—Me temo que no será necesario por ahora —le digo y me guardo la tarjeta—. Es probable que papá no necesite una publicista en mucho tiempo.

—La vida nos tiene preparadas sorpresas, cariño. —Ángel se da la vuelta y se dirige hasta la puerta de atrás de su auto—. Andando. Le devolveremos a su hija en unas horas, señor Thompson. ¡Un placer!

El chofer sale para abrir la puerta a Ángel y espera a que yo me suba.

—Tus nuevos jefes serán personas muy agradables, cielo —me dice papá con una sonrisa y una radiante expresión de emoción, evidenciando orgullo en su semblante.

Ay, papá, si supieras...

Me esfuerzo en mostrar una sonrisa y le beso una mejilla antes de ir tras Ángel.

Que de ángel no tiene nada.

—Tu padre es un bombón, cariño —me dice Ángel mientras vamos en el auto. Jamás tuve oportunidad de subirme a un coche de alta gama que ni siquiera sé distinguir si es camioneta o auto por su tamaño enorme. El chofer conduce. El olor a nuevo y recién lustrado me hace sentir incómoda.

—Está casado —le suelto a la “roba papás”.

—¿Ah, sí? ¿Con tu madre? ¿O tiene marido?

—¡No! —me atraganto al hacerme la idea imposible de que papá tuviese marido—. ¡Con mi madre!

—Ah, pero qué familia conservadora.

¿Cómo se da el derecho a juzgar de ese modo a mi familia?

—Solo están juntos, nada del otro mundo.

Ella se encoje de hombros.

—Vamos al asunto que nos convoca. —Saca una *tablet* y empieza a hacerme unas preguntas—. Ahora nos dirigimos hacia una capacitación de estamentos legales que debes tener en cuenta antes de que te encuentres con el señor Raven.

—¿Le... gales?

—Legales, sexuales, higiénicos, culturales, intelectuales. Considéralo un pequeño curso de capacitación. Ah, y no te molestes en seguirte cepillando el cabello. Tenemos que pasar por una peluquería y por Klein para que te cambies ese atuendo urgente. ¿Cómo piensas que Aiden Raven podría recibirte con esa pinta?

—Quizá si me hubiese avisado antes que vendrían —le suelto, atormentada de que me denigre de esa manera.

—Descuida —suelta una carcajada digna de una película inglesa del siglo XIX. —. Me gusta atraparlas en todo su esplendor. Así el cambio que puedo inducir es aún más profundo.

—¿Inducir?

—U obligar. Es parte de mi trabajo hacer cumplir el consentimiento que das, al haber decidido ser la Sugar Baby de Aiden Raven. Por cierto, espero

que hayas respetado la confidencialidad estructural de tu contratación.

—Yo...claro.

¿Y a quién se lo iba a decir? ¿Publicarlo en Instagram? No quiero que la gente piense que soy algo parecido a una prostituta.

Respeto completamente la profesión más antigua del mundo, sin embargo eso no es lo que yo hago...por ahora.

—Bien —añade ella mirando por la ventanilla—. Estamos por llegar. Ten en cuenta que el secreto profesional debes sostenerlo hasta con empleados de la misma firma Raven. Espero que puedas entender que decidimos trabajar con cierta ética. Somos celosos de rumores y habladurías.

Acto seguido, el chofer abre la puerta de mi lado y bajo. Miro en todas direcciones esperando saber dónde se encuentra la casa o apartamento donde se supone que funciona la oficina de Aiden.

Ángel baja y sólo veo un montón de letreros, edificios, luces. Estamos en una avenida principal. El chofer hace perder su vehículo junto al montón de coches de lujo que pasan.

—¿Y bien?—le pregunto a Ángel—. ¿Dónde está la oficina donde desempeñan su excelentísima labor?

—¿Oficina?—pregunta Ángel soltando una de sus socarronas risas al estilo “elemental, Mr. Watson”.

Ella avanza y se detiene en el inmenso edificio que tenemos al frente. Una cámara registra el rostro de Ángel y la puerta se destraba con un sonoro “piiiip”.

Entonces, miro hacia arriba y encuentro el letrero en pantallas led:

RAVEN, TECNOLOGÍA DE PUNTA

Me siento descolocada y diminuta. Pequeña entre un montón de chicas, versiones de Ángel que no tienen más de mi edad, yendo y viniendo en un edificio supermoderno con oficinas abiertas. Los empleados andan de un lado a otro con teléfonos enormes y hablando por manos libres.

La gente saluda a Ángel con respeto y noto que ella tiene un lugar de importancia fundamental para la empresa. Y claro...si es agente personal del dueño de esta bestialidad moderna edificada al centro de la ciudad de Boston.

—¿Qué tal, Judith?

Ángel saluda a una chica en el ascensor. Es alta, como de metro ochenta (veinte centímetros más que yo), con despiadados tacones y un rodete tirante incorporado pulcramente con algunos mechones cayendo en su rostro.

—Buenos días, Ángel. Buenos días, señorita.

Que me haya saludado, me hace sentir como si me pasase un trapo por el rostro quitándome la mugre.

—Ho...hola—le digo, sintiendo que el ascensor me entierra en lugar de subir.

Judith baja en el quinto piso y se despide.

—Perra con suerte —suelta Ángel en cuanto la chica se va. La miro para corroborar que no está hablando de mí—. Dios sabe por qué le dio esas curvas y esa altura. Lástima que las tetas tuvo que hacérselas con su otro Dios Cirujano.

—Esto... ¡vaya! —murmuro con la voz queda.

Nos detenemos en el piso número 11. Son aproximadamente unas 18 plantas.

—Ven —me señala.

El piso consta de varios pasillos con vidrio polarizado, distinto a los cristales y escritorios que dividen la planta baja.

Ángel camina muy deprisa aun con esos zapatos altos. Casi debo correr sobre mis zapatillas con tal de llegar a su ritmo.

Entonces, se detiene sobre una puerta de acero brillante y reluciente, tanto

que casi llego a ver mi reflejo en ella.

En una pequeña pantalla que hay al costado, se anuncia Ángel y la puerta se abre por sí sola. Eso explica que no tenga manija, ya me veía intentando empujar de ella con todas mis fuerzas con tal de moverla.

Al otro lado, nos encontramos con una oficina enorme, plagada de estanterías con libros, carpetas, cuadernos y...maquillaje. Muchísimo maquillaje, espejos, luces. Es como si la oficina fuese tan inmensa que alcanzase para dividirla en “sector Make up” y “Business”.

—Toma asiento —me señala una silla frente a su escritorio principal.

Ella se incorpora en la otra y coloca su tableta electrónica sobre el vidrio que recubre el escritorio.

—Ahora —señala—, te haré unas preguntas y necesito que me respondas con toda tu honestidad. Pero antes, debes firmar consintiendo nuevamente a la confidencialidad.

¿Otra vez? Pero qué montón de pesados.

Ángel me muestra la pantalla de su tableta y leo sólo el título y algunas partes sueltas donde se señala que no puedo decir nada a nadie, que juro mantener ética profesional y bla, bla, bla.

Firmo con la punta del dedo donde corresponde y Ángel procede volviendo el dispositivo a sí misma.

—Bien —murmura pasando algunas pestañas en la tableta y prosigue—: Estas preguntas son para conocer tus intereses y se calculará un rápido CI que nos dará tu nivel de instrucción sexual e intelectual. El señor Raven es una persona muy exigente con sus Sugar Babies. Supongo que si te eligió fue porque querías pagarte la matrícula en la universidad. Si tienes suerte, quizás hasta tengas coche para fin de mes. Y un trabajo para el bombón de tu padre.

—Primera pregunta.

Aquí vamos...

Con seguridad que mi madre y esta mujer no tendrán nunca nada de nada que ver. ¡En absoluto!

—Dispara —le contesto.

Ella me mira con sus largas pestañas y lee:

—¿Los datos en tu perfil son correctos? Tania Thompson, 21 años, graduada de escuela básica, aspirante a universitaria, mides un metro sesenta y dos, te gusta el chocolate, los libros de terror y escribes en tus tiempos libres como un hobby.

—Son correctos.

—Bien. ¿Sobre qué escribes, Tania?

La pregunta me llega como un golpe duro. Nunca, jamás me había imaginado que me interrogarían por ello, mucho menos para ser la cita de un tipo adinerado y bellísimo.

—Yo... Es ficción.

En verdad, es una novela sobre una chica con notas excelentes en su escuela, que obtiene una beca para estudiar Artes Visuales en una universidad de primera en Nueva York y se vuelve exitosa exhibiendo muestras fotográficas de enorme calidad, junto a su novio de siempre con quien vive feliz y llevan un futuro prometedor.

—¿Podrías explayarte mejor? —insiste.

—¿Me...mejor? —Asiente, secamente—. Yo... Yo estoy escribiendo una novela. Es sobre la vida que me hubiese gustado tener.

—Vaya —murmura, con asombro—. ¿Qué expectativas guardas para esa novela?

¿Qué tan bajo deben ser los golpes que me da con cada pregunta? ¿No se da cuenta que son demasiado personales? Al menos para mí, la escritura siempre implicó algo íntimo y de lo que nadie sabe.

—Esto... Sueño con ser artista plástica y escritora. Algún día.

Ella sonríe con aprobación.

—El señor Raven te amará —me dice.

—¿Puedo saber...por qué? —me gana la curiosidad.

—Averígualo por ti misma. Sólo puedo anticiparte que es un lector empedernido.

—¡Guau!

—Y le gustará cogerte contra su biblioteca.

—Te sonrojaste por hacerte la idea, ¿cierto?

—Emmm.

—Descuida, me encanta provocar a las babies. Soy capaz de sacar el perfil de una persona con solo dos minutos de conversar con ella.

—Nosotras llevamos como, ¿media hora?

—Hace rato que tengo tu perfil, cariño. Pero he de seguir con mi trabajo. Siguiendo pregunta: ¿cada cuánto te rasuras ahí abajo?

—¿Qué?!

—Contesta sin filtro, cariño. Pasarás por la esteticista.

No sé si me ha dejado más impactada imaginarme que Aiden quiere que me cuide estéticamente ahí abajo o contestar la pregunta... o imaginar que una profesional me examinará de pies a cabeza.

—¿Día por medio? —respondo, un poco temerosa.

Ella levanta una ceja.

—¿Y no se te irrita?

Me sostengo de la silla como si me fuese a caer en cualquier momento.

—Ejem... quizás. A veces.

Dios santo, ¡Angel sácame de aquí pronto!... o no sé si eso sería buena idea, quién sabe adónde me llevaría esta mujer luego de la entrevista.

—Ay, tendremos que revisar tu zona al detalle. El señor Aiden es muy estricto con esos asuntos. ¿Cada cuánto tienes relaciones sexuales?

Okey, si esto fuese una pelea sobre el cuadrilátero, definitivamente esta mujer ya me habría noqueado salvajemente.

—¿No lo sé! —contesto.

—¿Cómo no lo vas a saber? Un promedio.

—Ejem... En verdad, no lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales por la vagina?

Okey, ¿es necesario que sea tan directa?

—¿Un año? —le digo, con la garganta cerrada.

Ella me mira con asombro exagerado, llevándose las yemas de los dedos al pecho. Puedo notar su uñas inmensas y perfectas pintadas de fucsia.

—Ay, cielo, ¿cómo es posible?

Me encojo de hombros como si pudiese hundir la cabeza en mi propio cuello.

—La masturbación femenina no es tan mala después de todo —añade, dando por hecho tal situación—. ¿Usas juguetes?

—¡¿Qué?!

—Si usas juguetes para masturbarte. *Dildos*, vibradores, *fisting*.

—¿Fisqué?

—Siguiente pregunta. —Marca algo en su tableta y seguimos—: ¿Tuviste relaciones anales alguna vez?

¡¿Cuánto más debe durar esta tortura?!

—¿Me lo está preguntando en serio? —le digo.

Las facciones de su rostro se ensombrecen.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

La verdad es que no. Ahora mismo me da un miedo terrible.

—No —asimilo.

—Entonces actúa con profesionalismo y responde a lo que te digo si es que quieres tenerme de tu lado. O denegaré el acceso, porque evidentemente es eso lo que quieres, niña. Ah, y tómate estas. —Deja un blíster con pastillas—. Sin anticonceptivos de rápida acción, no hay contrato. En una hora podrás coger todo lo que quieras sin que debas preocuparte por bebés.

—¿Ni... ña? —murmuro absorta, mientras reviso el blíster con dudas.

—Evidentemente no estás a la altura de Aiden —suspira—. Cerraremos el proceso acá.

Me exalto de pronto. Creo que ya estuve figurándome planes de qué hacer con el dinero en caso de ser seleccionada para pasar una noche con Aiden.

—Lo intentaré —le digo—, prometo actuar con mayor...imparcialidad.

—¿Por qué debería darte otra oportunidad?

¿Pues, porque mi familia lleva comiendo papas, arroz y fideos desde hace un mes? ¿Puede que se deba a que me gustaría ir a la universidad? Es mi oportunidad. Además, aclaré en el contrato que denegaba el sexo puro y duro en la primera cita.

—Porque...realmente necesito esa cita con Aiden —le contesto, con suma honestidad y arriesgándolo todo al quedar como una desesperada. Acto

seguido saco uno de los anticonceptivos y me lo tomo. Debería haberlo pasado con agua ya que me raspa la garganta.

Ella aplaude fervientemente con una sonrisa enorme en su rostro que marca el color de lápiz de labios bordó.

—¡Al fin lo reconoces! ¡Tienes que salir de esa casa de mierda donde vives! A tu edad, ya tenía mi propio coche, apartamento y un título universitario.

Dudo que existieran las Sugar Babies a su época de los veinte; quizá las habían con otra forma.

—¿Qué está queriendo decir? —le pregunto.

—Me enorgullece que quieras progresar, cariño. Por un momento me asustaste: no existe miseria más grande que acostumbrarse a ser un miserable.

¿Acostarme con tipos ricos es progresar? Hasta el momento no he tenido que hacerlo. Quizá pueda seguir mis labores sin que esa parte sea necesaria.

Y pueda finalmente crecer como persona y como profesional.

Ah, también para patearle la cara a esta zorra en cuanto pueda ser su jefa.

—Entonces —procede, incorporando nuevamente su tableta—, sexo anal. ¿Qué dices? ¿Tuviste alguna vez o no?

—¿En plan de penetración?

—Con lengua, con pene, con dedos, con lo que fuese.

Una vez...quizá una vez un chico quiso conmigo. Pero me negué en cuanto intentó introducir un dedo.

—Nunca —admito por fin.

—¿Y por qué te lo pensaste?

—Me planteaba si algún día sería capaz.

—Oh, querida, no lo vivas con culpa. Es delicioso.

Nuevamente me quedo impactada, pero esta vez porque ha filtrado una opinión personal en lo sexual.

—Lo encuentro...sucio —murmuro.

—El sexo en sí mismo es sucio y placentero. Lo menos que podemos hacer es vivirlo sin culpa.

—¿Entonces? ¿Cree que Aiden...?

—El señor Raven hablará personalmente contigo sobre sus preferencias sexuales. Continuemos: ¿alguna vez acabaron en tu boca? —No contesto y ella insiste—. Eyaculación, semen, su boca, el pe...

—¡Ya! ¡Entendí!

—¿Y bien?

—Una... una sola vez.

Fue el precoz de mi primer novio. Una vez le hice una felación y me acabó en menos de dos minutos que estuviéramos en acto.

—¿Te lo tragaste? — ¿De qué le sirve preguntar este tipo de cosas?

—Escúcheme —le digo—, si lo que a usted le preocupa es que no tenga

enfermedades de transmisión sexual, puede darse por satisfecha ya que no las tengo y hace mucho tiempo que no tengo relaciones.

—¿Y a quién le importa eso, cariño? Límitate a contestar y punto.

Zorra maldita. Puedo imaginarme clavando mis uñas en su cuero cabelludo, tomarla del pelo y enterrándole la nariz contra el escritorio.

—¿Te lo tragaste sí o no?

—Un... Un poco. Fue por accidente. No sabía que eso iba a ocurrir.

—Se oye a embarazo.

—La gente no se embaraza por la boca. —¡Maldita, maldita, maldita!

—Ya lo sé, querida. Pero “fue un accidente, no tenía idea que el condón estaba roto”. Suena a esas bendiciones no deseadas que hay a montones por el mundo.

Yo soy una “bendición no deseada”, ¡idiota!

—¿Te cepillaste los dientes luego de que te tragaras eso? —insiste.

—Claro que sí.

—¿Vomitaste?

—N... no.

—Eso es bueno. Ningún chico quiere que le vomiten mientras está concentrado en su momento más íntimo. ¿Tienes el periodo regularmente o eres irregular?

—Regular.

—¿Usas toallas higiénicas, copa o tampones?

—¿Copa?

—La que te introduces y se llena.

—Mmm, no. Toallas.

Ella me mira con un poco de preocupación.

—Querida, ¿crees estar preparada para soportar a un hombre? No lo digo por Aiden, sino por la profesión de Sugar Baby en cuanto tal.

—Firmé para no tener relaciones sexuales con Aiden.

—Puede haber excepciones.

—No lo haré.

—Sabes cuántas dijeron eso. Y es lo que más le calienta al señor Raven. Espérate a conocerlo, estarás abierta de piernas y mojada en cuestión de minutos.

Siguiente nivel: la esteticista.

Temible esteticista. Resulta que esa “mujer” es nada menos que todo un equipo de belleza que trabaja a unos metros de la compañía Raven.

Verlas con esas caritas de “aquí estarás bien, tú relájate y el resto es nuestro trabajo”, es lo que más miedo me da. Lo primero que quiero preguntarle a la encargada es si usan anestesia para hacer el cavado ahí abajo, pero no lo hago. ¿Podría pedirlo? ¿Dolerá? ¿Y si no consideran mi... “chucha” lo suficientemente atractiva como para tener una cita con Aiden Raven?

Con el tiempo, no he parado de escuchar adulaciones de un prometedor hombre. Ya lo he visto en fotos y me pregunto si será tan impactante como Marco. Al menos, en músculo, mi cita de ayer lo supera. Aunque Aiden tiene otro encanto, que sabe a chico misterioso ¡y eso que aún no he tenido el placer de conocerlo personalmente!

—Quítate la ropa y recuéstate ahí, cariño. —Una de las chicas que trabaja para el centro de estética llega con un juego de toallas blancas afelpadas y me señala una camilla con un agujero en la parte de la cabeza.

—¿Aquí? —le señalo, incómoda por la cantidad de gente circulando en los alrededores.

—Hay separadores entre camilla y camilla —me señala la chica—, descuida. Aquí todas estamos acostumbradas a ver todo tipo de cuerpos desnudos.

Mi cabeza se queda divagando en lo que “todo tipo de cuerpos” puede incluir.

—No uses el jabón del hotel, he provisto el antebañó con un botiquín de todas las cosas que a Aiden le gustan: la marca de jabón que quiere que uses, champú con ingredientes seleccionados, cremas humectantes para que no se te enrojezca tanto el cuerpo, alcohol, gasas, toallas higiénicas, copa, tampones, elementos de primeros auxilios.

—¿Primeros auxilios?

—Los accidentes ocurren, querida.

La preparación ha sido tan grande que mi corazón está a mil. Ya no sé si estoy del todo preparada para verme con Aiden. Lo más extraño es que mis padres no han dejado de llamarme desde la hora del almuerzo y he tenido que discutir con ellos para que dejen de perseguirme.

En situaciones normales, pensarían que estoy con una cita normal, pero que una mujer haya ido a mi casa en una camioneta casi futurista a sacarme de la cama, es equivalente a cuando Hagrid buscó a Harry Potter de casa de sus tíos.

Ahora está a punto de anochecer y Ángel se encuentra repasando a mi lado, en el asiento de atrás de la camioneta, una sarta de cosas que debo tener en cuenta acerca de Aiden. Una me sorprende más que la otra, lo cual logra que se me olviden apresuradamente.

—Y lo más importante de todo: no hables de tus carencias.

—¿Eh?

Esa última advertencia me deja más que sorprendida. ¿No debo hablarle a Aiden de mis carencias cuando son un montón? ¿Qué lograré? ¿Lo mismo que obtuve de Marco, es decir, una obsesión por conseguir una segunda cita?

—Hay daddies que les gusta ir de príncipes dorados salvando a su princesa parduzca como carbón. Pero también los hay de aquellos que les gusta ir de pagafantas, con intereses demasiado altos y chicas con expectativas a su altura.

—¿Y Aiden pertenece al segundo rango?

—Bingo, cariño.

—Marco es del primero...

—¿Marco?

—No importa.

Ángel me fulmina con la mirada al estilo “la cagarás, estoy segura” hasta que el chofer en el asiento de adelante anuncia que hemos llegado.

Miro por el vidrio polarizado, desde el cual sólo se puede discernir el otro lado con claridad desde adentro y capto que estamos frente a una casa enorme, un poco alejada de la ciudad central. Tiene una garita de seguridad en la puerta desde la cual observo un cartel que reza “Luxurious”. Es una cadena de moteles cinco estrellas.

—¿Cómo demonios —suelto con los ojos enormes— es que Aiden me ha traído a un lugar así?

Mi pseudoasesora me mira levantando una ceja y suelta una de sus carcajadas inglesas.

—Aiden se ha reservado todo el hotel, querida.

El corazón me da un nuevo vuelco con sus típicos golpes en mi pecho al bajar de la camioneta. Pero antes de cerrar la puerta, me encuentro con que Ángel no me sigue. Creo que esta es la parte en que un tipo encapuchado aparece de atrás, me coloca un cuchillo en el cuello y me arrastra hasta un salón donde me diseccionarán y venderán mis órganos.

—¿Qué sucede? —le pregunto a Ángel, antes de cerrar la puerta. Ella me sonrío con suficiencia.

—¿Quieres que te acompañe a la habitación y te baje la bombacha mientras intento hacer que Aiden te perforo el sexo como un taladro?

—Yo... —Sus palabras me suenan en parte exquisitas y en parte, horribles.

—Buena suerte, Tania. Hasta aquí ha llegado mi trabajo por hoy. Vendré a buscarte mañana.

Si se piensa que voy a venderme así a un tipo, Ángel está equivocada. He aceptado venir aquí esta noche y me he sometido a una tortura medieval llamada “depilación con cavado completo” para él; ya suficiente he tenido como para ofrecerme a cambio de unos miles de dólares extra, dinero que no tengo y me vendría de maravilla, pero que no pienso aceptar de todas maneras.

Avanzo por la entrada principal. Un guardia abre la puerta de vidrio cuando estoy por entrar y una montaña rusa de sensaciones me invade cuando me reciben en Luxirious.

—¿Qué...?

—Buenas noches, señorita Thompson —me dice un guardia negro, de cabello rapado y casi dos metros de altura—. Por favor, acompáñeme.

De camino, un hombre trajeado y de bigote francés me ofrece una copa y un canapé que le recibo con suma extravagancia y fascinación.

—El señor Raven la recibirá ahora —me anuncia, dejándome en un despacho amplio y de techo alto.

Hay ventanales reflejando la noche oscura, una chimenea led encendida, muy moderna y contrastante con el tono burdeos del juego de sillones que hay al centro de la sala completa.

Mi anfitrión se marcha y tomo asiento aún con la copa en la mano. Le doy un último trago al champán y me incorporo en el sillón más amplio de todos. Me arrojaría a echarme una siesta, pero el vestido negro de gala es incómodo, me obliga a tener las piernas cerradas ya que me evidencia los muslos y las medias finas también me implican ciertas dificultades. Jamás usé tacones altos y los hombros descubiertos en un mismo atuendo, sin embargo, ahora mismo me siento atípicamente bonita y con ganas de hacer valer una jornada tan agotadora de “embellecimiento”.

Me estremezco al percibir cuando la puerta enorme se abre y percibo la presencia de alguien al entrar. La figura de un hombre alto y fornido se presenta ante mí, dejándome la garganta seca y los labios entreabiertos.

Viste un esmoquin elegante que le sienta de maravilla. Su espalda es amplia, con los pectorales definidos al igual que los bíceps por debajo de la tela del saco y una camisa azul hielo. Que le combina excelente con las cristalinas gemas relucientes en su mirada. Su cabello está cortado de manera descuidada, es largo, con el flequillo cayéndole en los ojos. Se lo arroja hacia atrás mientras me estudia con la mirada y las enormes puertas a su espalda se cierran.

Me pongo de pie inmediatamente, ante el peso de su presencia.

—Señorita Thompson —murmura—, qué placer verla.

“Esfuézate, Tania, esfuézate, no la cagues”. Intento mantener las formalidades necesarias cuando le tiendo mi mano por encima de la baja mesa ratona y él avanza hasta mí mientras le contesto:

—El... placer es todo mío, señor Adonis.

Señor Adonis. Señor Adonis. Señor Adonis. ¡Aiden, maldita sea, Aiden!.

En cuanto la palabra ha salido de mi boca, siento la imperiosa necesidad de que un pozo profundo se abra por debajo de mis pies y me succione con todas sus fuerzas.

¡¿Es en serio?!

El gesto gélido en Aiden parece no inmutarse y prosigue. Apenas una comisura parece moverse, sin embargo toma mi mano y en lugar de estrecharla como el serio tipo de negocios de Marco, se la lleva a los labios y me besa la punta de los dedos, sosteniendo sus ojos en los míos.

Y mi parte sensata debe sostener del cabello a mi parte más salvaje para impedir que quiera arrojarme en brazos de este hombre y zamparle una mordida en ese culo redondo y levantado.

—¿Me acompaña a cenar, *mademoiselle*?—propone, con un irresistible acento francés.

Y creo que si yo pudiera tener erecciones, la tendría ahora mimo. Suerte que no es el caso y puedo disimular lo que este chico enciende en mi interior.

Acto seguido cruza uno de sus brazos por el mío derecho y nos lleva fuera de la sala.

El comedor es enorme. Hay arañas de cristal iluminando el lugar y reflejando puro lujo en la mesa que nos espera servida en el comedor del lugar.

Espero uno de esos mesones largos de las películas que muestran las familias ricas, sin embargo, nos encontramos con una mesa de tamaño regular para dos personas, aunque con una elegante chica Prototipo Compañía Vance, con las tetas levantadas, la camisa blanca demasiado adherida al torso y el cabello tomado en una tirante cola de caballo hacia atrás.

Se acerca y su acento francés me deja hirviendo de la envidia:

—Buenas noches, señor. Señorita. —Nos deja la carta a cada uno—. La casa recomienda de entrada unos deliciosos langostinos en crema de

champiñones con una delicada selección de quesos y vino...

—¿La casa o tú lo recomiendas, Alaska? —le pregunta Aiden, tuteando a la chica.

—Debo admitir que los platillos de hoy están deliciosos. Como siempre, señor.

—Para mí está bien eso —cruza los dedos sobre la mesa y de pronto, un mesero elegantemente vestido se aparece.

—Buenas noches —saluda a cada uno y sirve vino de color rosa oscuro en la copa de cada uno de nosotros—. Con permiso.

—Claro—murmuro.

—¿Tú qué vas a pedir, Tania?—se dirige a mí, sorprendiéndome con un tuteo directo.

¿Podría pedir lo mismo? Ni siquiera sé qué son los langostinos, jamás los he probado...y a decir verdad, tampoco he probado los champiñones salvo de pequeña, en la playa, cuando compré un bocadillo con salsa viscosa con aspecto de cucarachas trituradas más que hongos finos y comestibles.

—Lo mismo... Está bien —contesto.

—¿Y para cenar? —pregunta Aiden.

—¿Cuál es la especialidad de la casa? —pregunto, dándole vueltas al menú notando que todo está en francés y no entiendo un cuerno de nada.

—Hoy tenemos lasaña con salsa boloñesa y queso gratinado.

Qué raro que no dijo con su perfecto acentito francés “queso gratinado”, señorita Alaska “Perfecta Para Mi Hombre”.

—Es lo que pediré yo —añade Aiden.

—Y yo —convengo, pensando que ya he comido suficientes canapés como para considerarme llena. Y se vienen langostinos. Luego lasaña. ¡Es demasiado!—. Sólo un poco —le anuncio.

Ella levanta una ceja mientras retira la carta.

—¿Perdón? —dice Aiden.

—Yo...—De sólo pensar cuánta gente podría alimentarse con la comida que hoy no necesitare comer, me siento horrorizada conmigo misma. ¿Podrían siquiera Bill y Robbie hacerse una idea de lo que sería venir a comer a un lugar como este? ¿Podrían mamá y papá? Ellos nunca se lo podrían permitir. Y yo tampoco si sigo evidenciando mi pobreza—. No quisiera corromper la dieta que llevo tiempo manteniendo —le anuncio.

—Come lo que quieras comer —me dice Aiden—. Si no quieres, lo dejás

en el plato y ellos se encargarán de desecharlo.

—Con permiso —anuncia Alaska y se retira.

Hay una vela encendida entre los dos, cortando el clima como cuchillo tras el primer cruce con palabras que sostuve con mi Sugar Daddy.

—¿Y si empezamos con mejor pie? —me dice, levantando una copa.

Yo le dedico una sonrisa, agradecida por la oportunidad.

—Empecemos —convengo.

Y chocamos las copas.

Resulta que los langostinos son deliciosos, el vino me sienta de maravilla y Aiden resulta un filántropo de causas perdidas. Cuando llega la lasaña en verdad siento que no me queda más espacio, sin embargo, tengo lugar para una cuarta copa de vino que me sienta muy mal a juzgar por el champán primero.

—¿Sueles beber demasiado? —me dice Aiden.

Y sé que estoy haciendo un papelón sin parar de reírme, soltando una estupidez tras otra sobre mi vida cotidiana, ¡pero este sujeto no me deja de provocar con sus ojos tan lindos y sus labios carnosos!

—¡Para nada! —le suelto—. ¡Ni siquiera salgo a bares!

—¿Eres más de quedarte en casa con un libro?

—¡Claro que lo soy! Pero no salgo porque no me guste sino porque... ¡Es demasiado costoso para mí!

De pronto me llevo una mano a la boca para silenciarme a mí misma. ¿Qué se supone que ha sido eso?

—¿Tienes para pagarte clases de yoga, escultura en arcilla y pilates, pero no tienes para salir un fin de semana a beber con tus amigas?

Ya casi se me había olvidado que le dije esa sarta de mentiras mientras mantuve mi farsa de chica rica y caprichosa, tal cual me indicó Ángel con sus asuntos de ser “exigente como al señor Raven le gustan las mujeres”.

—¿Te haces una idea lo que sale un Martini en cualquier parte? Claro, no del barato —me escudo.

—Sale menos que esa copa de vino que tienes en las manos —añade.

—¡Exacto! ¡Porque esta copa debe ser costosísima además de estar tan deliciosa!

—¡Hummm! —Su mirada me examina y vuelve a beber. Hasta el momento no ha pasado de dos copas, sin embargo, ver sus labios en contacto con la bebida no deja de ser un hecho que me provoque una aceleración irremediable de mi ritmo cardíaco y de la respiración.

—Oye, ¿por qué me empezaste a tutear de golpe? —le pregunto, tratando

de dejar de pensar en la relación que las palabras “Aiden” y “sexo” podría implicar.

—Quería acortar las distancias —menciona.

—Sería divertido que se acorten las distancias.—Me entra la risa tonta y puedo sentir un calor intenso llenándome las mejillas, así que agacho la mirada.

—Me encanta que te sonrojes y que bebas. Te veías demasiado tensa hasta hace unos momentos —anuncia, incorporando los codos sobre la mesa y acercándose a la vela derretida frente a nosotros.

—Detesto ponerme en ridículo.

—No creo que lo estés haciendo. Me divierte que te hayas relajado, no me gustan las chicas serias y pretenciosas. ¿Por qué intentabas parecerlo?

Sus palabras me toman de repente y levanto la mirada, buscando sus ojos que me miran con cierto deje indescifrable.

—Creí que querías una chica... exigente.

—Sexualmente exigente —me corrige y esa “x” en la palabra hace que la situación se tense como un hilo a punto de cortarse.

—Pero...denegué el sexo —murmuro.

—Para esta cita.

—Sí.

—Eres una chica inexperta, lo supe con sólo sopesar tu perfil.

Le miro con extrañeza, esperando a que termine, sin embargo él se queda observándome y regodeándose de mis incómodas reacciones.

—Quiero una chica curiosa —añade—, salvaje, inteligente, con expectativas y con un mundo por descubrir.

—¿Y por qué me lo dices? —le pregunto, esperando su rechazo.

No obstante, declara:

—Porque es justamente lo que veo en ti. Y quisiera ponerte a prueba.

29

Aiden se levanta de la silla y con una mano en el bolsillo de su pantalón, camina por mi costado y detrás de mí, deteniéndose aquí. Sus dedos me acarician una mejilla mientras siento que su tacto es tan ardiente como el mío. ¿Está él tan sonrojado como yo?

Su dedo índice me acaricia el labio inferior y se desliza por el borde de mi

mandíbula y mi cuello desnudo donde roza una gargantilla, cortesía de su asistente personal.

—¿Te gusta el sexo, Tania?

Su pregunta me pilla absolutamente desprevenida. En cuando la menciona, echo un vistazo hasta la puerta por donde salió Alaska cuando se llevó los platos tras haber terminado de comer.

Y me quedo pensando una respuesta. Sé que lo correcto sería decirle “no” aunque mienta, no obstante, no logro contenerme y la respuesta sale de mi boca casi como una súplica:

—Sí...

Y apoya toda su mano en mi cuello desnudo, provocando un estallido de cosquillas ahí.

—¿Qué es lo que más te gusta del sexo? —pregunta.

Cierro los ojos.

Sus dedos empiezan a presionar suavemente mientras con su otra mano me recoge el pelo por delante de uno de mis hombros desnudos.

—Me... Me gusta...—empiezo, recordando que recibí un masaje hoy por la tarde, aunque no tiene ni un ápice de comparación con lo que las manos de Aiden implican para mí—, me gusta la fuerza.

—¿La fuerza? —murmura con la voz ronca, presionando más contra mis hombros y la curvatura con mi cuello. ¡Diablos, esto es la mismísima gloria!

—Sí. El contacto de la fuerza siendo ejercida, piel contra piel —ronroneo, disfrutando absolutamente de sus manos que se cierran completas contra mis hombros y exploran por debajo de la tela de mi vestido.

—¿Ves que te gusta ser atrevida? —me pregunta. Y escucho su voz demasiado cerca de mi oreja, lo cual me sienta como una caricia que me llega hasta el interior del cuerpo.

—Puede que sí...

Cierro los ojos, sintiendo que sus manos exploran por debajo de la tela de mi vestido y ha empezado a bajar el cierre. No sé por qué no me opongo, quizás es debido al vino que me hace sentir más libre, o al tacto majestuoso de este hombre, o su voz hipnótica...

—Entonces intenta serlo más seguido —murmura bajando más el cierre de mi vestido.

Y estoy a punto de arrojarme de boca sobre la mesa y ofrecerme entera a él, no obstante, me sostengo con las manos en los bordes de la mesa, cuando

siento que sus manos me rozan la cintura y él capta lo imposible.

—No llevas sostén —observa.

—No es para este vestido —le digo.

—Entonces ponte este vestido más seguido. Sólo para mí.

Sus labios impactan contra la curvatura de mi cuello y mis hormonas ponen un pie en el acelerador de mi deseo por este hombre.

Las paredes de la habitación del hotel son muy bonitas. Lástima que tengo poco tiempo para apreciarlo, ya que en cuanto Aiden cierra la puerta de la habitación, su boca y la mía ya están cerradas, clamando una por la otra, y empotrándome contra el lindo acolchado de las paredes.

Las manos de Aiden se cierran por mi rostro mientras su boca explora la mía con avidez y desenfreno. Baja más hasta deshacerse del cierre del vestido, provocando que se deslice por mis hombros. Ya no me importa quedar desnuda frente a él sino que lo siento casi como una imperiosa necesidad.

Aiden retrocede un poco al captar que mi vestido cae. Y queda observándome el cuerpo con la boca abierta y una comisura torcida, tal cual una bestia a punto de engullirse a su presa.

—Déjame disfrutarte —señala, con la voz demasiado oscura, en cuanto intento atraerlo nuevamente a mí—. Quiero disfrutar de ti con cada uno de mis sentidos.

Y se acerca lentamente a mi cuello, rozando apenas con sus labios y estremeciéndome con el calor de su respiración agitada.

—Te necesito completamente —murmura, rozándome entre los senos y dirigiéndose a mi abdomen. Contemplo la cama con mucho interés; él provoca que me retuerza al instante que su mandíbula afeitada al ras me acaricia con talento.

Y sus labios encuentran lo que más necesitan, bajo mi pubis, entre mis piernas. Cerrándose ahí y lamiendo con la punta de la lengua.

Las manos de Aiden se cierran contra mi culo, presionando la suavidad de la carne con fuerza y penetrando en mi vagina con su lengua que acaricia sobre la sensible piel deslizándose en movimientos circulares e ingresando de manera despiadada.

Mis piernas se vuelven supersensibles, haciéndome sentir incapaz de sostenerme a mí misma. Me doblo, e intento sostenerme. Las manos de Aiden presionan mis nalgas con mayor fuerza cada vez, deslizándose hasta la zona

entre mis piernas y apartándolas.

Finalmente, sin vérmelo venir, termina por abrirme las piernas y sosteniéndome de los muslos. Él desliza sus hombros por debajo de mis piernas y me levanta, apoyada contra la pared de tela acolchada.

Me afirmo contra ella mientras mis manos se sostienen tironeándole el pelo rubio que se sacude rebelde mientras su rostro hace maravillas en mi entrepierna. Puedo sentir sus dientes mordisqueando mi clítoris, haciendo vibrar ese botón sensible provocándome sacudidas intensas de placer

Una de sus manos cruza por encima de mis piernas y encuentra con las puntas de dos dedos los labios menores, separándolos todo lo que puede y penetrando más adentro con su lengua gruesa y experta.

En un momento dirijo mi mirada a la suya y me encuentro con sus ojos, más oscuros que nunca, ardiendo mientras disfruta haciéndome padecer de placer.

—Creo que...que voy a...—gimoteo, y él se detiene.

—Aún no, nena —murmura y me baja hasta cerrar mis piernas contra su cintura. Cierro mis brazos sobre su cuello y apoyo mi cabeza en su hombro mientras me lleva hasta la cama, donde me deja caer de espaldas y las sábanas me impresionan frías al contacto con mi piel encendida.

No por mucho.

Aiden me deja en la cama y se retira el saco, luego se dirige hasta un mueble de madera lustrada a unos metros de la cama.

Deja el saco contra un perchero clavado a la pared y se desabotona los primeros botones de la camisa, aflojando el nudo de su corbata.

Observo atentamente lo que hace, al tiempo que intento recuperarme del sacudón de energía que me acaba de dar.

Sin embargo, al darse la vuelta, encuentro que en su mano tiene un *dildo* de goma color rosa y un envase de gel.

—Santo cielo —murmuro—, ¿qué harás con eso?

—Aún no estás lista para mí. Voy a prepararte.

Y me busca. Yo observo su pene duro marcado por debajo de la tela de su pantalón, inclinado a un costado.

Carajo... es... demasiado... grande.

Aiden deja las cosas sobre una mesa de luz y se levanta el cuello de la camisa, dejando caer su corbata a medio anudar sobre sus pectorales perfectamente marcados.

—Dame tus manos, preciosa —me pide.

—¿Qué?

—Tus manos.

Doy vueltas las palmas y él las observa como si fuesen un bien preciado o un bocado a punto de ser devorado.

Y me pasa el *dildo*. Es enorme. Cuando lo presiono, noto que empieza a vibrar con notoriedad.

Él busca su móvil lo cual me resulta de enorme extrañeza y mientras más presiono el *dildo*, más vibra. Santo cielo. Está solo en mis manos pero no puedo evitar deslizar mis dedos por él como si fuese un pene real y delicioso.

Aiden deja su celular de lado y el *dildo* se apaga.

—Vibra si yo quiero que lo haga —señala.

Su móvil está conectado a este aparato. ¿Será con alguna aplicación? Ah, claro. “Raven, tecnología de punta”.

Toma el pene de goma dura y con su mano libre, introduce su dedo pulgar en mi boca. Me hace abrir mientras acaricia mis labios y lo hago sin chistar. Aiden introduce el glande de plástico en mis labios, los acaricia y cierro los ojos mientras me concentro en controlar la respiración que me va a mil al igual que el corazón. La goma alcanza a rozarme los dientes e instintivamente acerco mi lengua para lamerlo. Él me deja hacerlo y poco a poco introduce el *dildo* en el interior de mi boca. Poco a poco, primero la punta, luego un poco más. Ni siquiera llego a la mitad cuando noto que me ha cubierto todo el paladar... pero aun así me gusta. Me llena toda la boca y quiero más.

Introduce y saca el *dildo* de mi boca, lo acaricio con mis labios ardientes, me coge la boca con el *dildo* hasta que lo retira y abro los ojos.

Así es que noto su cintura muy cercana a la mía.

—Sácalo de ahí y métetelo en tu hermosa boca —me ordena.

En otra situación no obedecería con tal sumisión, sin embargo esta vez hay algo dentro de mí que me empuja a querer de él con urgencia.

Así es que llevo mis manos a la hebilla de su cinturón y me deshago de él. Luego desabotono el pantalón y bajo la cremallera, encontrándome con que no lleva ropa interior.

Su sexo... un enorme pene rosado y ancho, con las venas marcadas y muy poco vello rubio se aparece ante mis ojos, dejándome boquiabierta. Nunca deseé algo con tanta fuerza.

Así es que desesperada, acerco mi boca a él, olvidando siquiera tomarlo con las manos. Lo lamo con mi lengua queriendo probarlo completo. Me meto su glande suave y cálido en mi boca, impregnándome de su humedad y succionando con placentera conmoción.

Las manos de Aiden me rodean la quijada y me ayudan a que me meta más su pene en mi boca. Me siento ávida y salvajemente desesperada por querer tenerlo tan dentro como me sea posible.

Succiono esa delicia con imperiosa necesidad sin poder llegar a metérmela completa, solo puedo menos de la mitad. Él intenta empujar hasta que me llega a la garganta. En lugar de ahogarme, entra y sale permitiéndome respirar, aunque una parte de mí lo desea con tanta fuerza que no puedo más...lo necesito, lo deseo completo.

Entonces, mis manos comienzan a acariciar mi entrepierna y me masajeo la vagina con dos dedos. Ávida de él, me meto su pene más en la boca, disfrutando sus manos alrededor de mi rostro.

Aiden se baja más los pantalones, empujándome y dejándome apoyar la cabeza contra la cama al igual que toda la espalda. Él se inclina encima de mí, permitiendo que me entre más. Entra y sale, cogiéndome la boca como todo un experto y mis manos se deshacen en mi entrepierna, penetrando con mis dedos. Llego a meter dos dedos, facilitada por la humedad. Quiero de él. Quiero más. Quisiera pedirle que me penetre, que al menos me dé el consolador, que tiene un tamaño similar al de su pene, así sentir que me coge por la boca y por la vagina, sin embargo no quiero despegar la boca de su miembro, es demasiado perfecto y asombroso.

Succiono de él y noto que lo disfruta casi tanto como yo. Lo deseo demasiado. Puedo notar sus sacudidas y que también quiere acabar. Aunque aguanta. Y yo no puedo soportarlo más.

Entra y sale de mi boca con fuerza mientras me masturbo con los dedos

cada vez más rápido, intentando penetrar con un tercer dedo, sin embargo, un estallido de placer me invade mucho antes de lo previsto, inundándome de magia exquisita.

Mi vista intenta acomodarse mientras el culo de Aiden se recorta con magnificencia frente al espejo que da al frente de la cama.

Deja caer sus pantalones mientras intento volver del paraíso en el que he quedado sumergida desde hace una media hora sin poder recuperarme aún.

Aiden se lleva una toalla al hombro y se vuelve a mí. Sus ojos de bestia salvaje me observan como una presa a medio devorarse y su boca se dibuja demasiado tentadora para que la presa se deje devorar.

—¿Te sientes bien? —me pregunta, con una sonrisa despiadada.

—No lo sé —contesto, seguido de un largo suspiro.

Su piel tostada arde bajo la media luz que baña ese cuerpo magnífico.

—Acompáñame —dice, acercándose a la cama y me tiende su mano—. Vamos a darnos un baño. Hay trabajo por hacer.

—¿Ah, sí? —le pregunto, tomando su mano y ayudándome a ponerme de pie—. ¿No es muy tarde como para tener citas de trabajo?

—No en nuestro caso.—Me guiña un ojo. Oh, claro—. Quedan dos horas de una cena con inversionistas a la que necesito que me acompañes.

—¿Qué...?

¿Yo? ¿En una cena de inversionistas? ¡Pensarán que soy su pareja! ¿Qué impresión dejaré si hay medios que lo hacen público? ¡No podría volver a salir con otro Sugar Daddy o quedaré mediáticamente como la zorra del siglo!

—Cuando dije en el contrato que te quería conmigo toda la noche, no bromeaba —acota—. Luego de la cena hay una pequeña fiesta antes de cerrar el copetín de esta noche.

—Pero, no puedo —le digo—. La gente pensará que soy tu... ¡pareja!

El término “novia” me suena demasiado elegante.

—Por eso mismo te necesito conmigo —añade—. ¿Sabes cuánta zorra intentando seducirme y llevarme a la cama ha de haber? Deberás encargarte además de que ninguna quiera drogarme y secuestrarme a cambio de diez millones o lo que creas que valga este cuerpo.

Mmm.

—¿Seré una especie de guardaespaldas?

—Es broma. Sólo necesito que me ayudes a sostener mi estado de soltería por el bien de toda la compañía Raven. Ahora levanta ese delicioso culo antes de que me tiente con comérmelo y bañarlo en crema batida.

Hay un cuarto de baño pegado a la habitación. O para ser precisa, que pertenece a la habitación.

Y es enorme, ¡mucho más que toda mi casa junta!

Hay un *jacuzzi* a un costado junto a la bañera y dos duchas. Preparado para dos.

Aiden deja salir el agua caliente y enciende las burbujas.

—Pon las que gustes —me dice, señalando una estantería con sales de baño.

Mmm, a ver: “relajación instantánea” “flores silvestres” “cítricos con exfoliantes” “humectante y perfumado con cerezas”.

Ese último me gustó.

Hay más, pero me conenzo del de cerezas y dejo caer las sales en el agua. Aiden cuelga la toalla y se mete al *jacuzzi* mientras se llena de agua caliente con vapor levantándose y roseando su cuerpo escultural.

Relaja los brazos a los alrededores, en una de las esquinas del *jacuzzi* y me muerdo el labio inferior al verlo, tras rosear el agua con las sales. Él me mira con la misma avidez y me señala la esquina frente a la suya en el *jacuzzi*. Nunca había estado en uno así, sólo los conocía de las revistas y la tele. Es más grande y tentador de lo que nunca pude hacerme una idea.

O será que tengo al adonis más grande del mundo entero bañándose en él, luego de que me ha dado un paseo por el paraíso.

—Entra conmigo —me espabila.

Y accedo.

El agua ha bañado más de la mitad del *jacuzzi* y sube un poco cuando estoy dentro.

La espuma caliente se regenera, levantando perfume a cereza y filtrando el olor a sexo que arrastramos.

—Guau —digo, sintiendo los filtros en las paredes de esta bañera gigante provocando la espuma y el burbujeo.

—¿Te gusta? —señala.

—Es...lindo —murmuro sintiéndome acariciada, y con un ligero cosquilleo producto del agua.

—Suele ser así la primera vez —acota.

Y cierra los ojos, tirando el cabello rubio, largo y salvaje hacia atrás.

Su nuez de Adán se marca en el cuello, mostrando la división de sus pectorales y me siento extasiada por querer probarlos otra vez.

Así es que me muevo en el agua y me aprovecho de que tiene los ojos cerrados para acercarme a él como una hiena hambrienta. Él no acabó recién, aunque estuvo a punto. Puedo compensarlo, además que yo también me quedé con ganas de probarlo...ahí abajo.

Con sigilo me acerco a él e incorporo mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo su pene presionando contra mi sexo, endureciéndose.

Aiden vuelve la mirada a mí y se encuentra con mis senos rozando su mentón.

—Vaya —murmura, quedando sorprendido y esta vez es él quien abre la boca.

—Quisiera hacer algo por ti —le digo, rodeando su nuca con mis manos.

—Claro que sí, nena —gruñe, rodeándome la espalda sus manos—. Sabía que eras una chica exigente.

Y su pene se acomoda contra mi vagina, listo para entrar.

Luego del activo baño, volvemos a la habitación. Y me deja sumamente sorprendida encontrarme con que la cama está arreglada, el *dildo* y el gel ya no se encuentran a la vista, tampoco mi vestido y la ropa de Aiden, sino que hay otro elegante vestido de color rojo sobre la cama, zapatos negros altos a un lado, un esmoquin nuevo para Aiden y zapatos lustrados también para él.

¿O sea que mientras cogíamos en el *jacuzzi*, alguien limpiaba el desastre que hicimos? ¿Dónde carajos están las cámaras?

—Relájate —me dice, divertido al notar que la situación me ha dejado sumamente sorprendida—, el servicio a la habitación se encarga de todo.

Hasta que se dirige al mueble de donde sacó el *dildo* anterior y esta vez me enseña uno limpio. ¡Santísima mierda!

—¿Cómo es posible que no te sientas invadido? —le pregunto.

—¿Y tú, nena? —La pregunta queda flotando en el aire para seguirla de otra aún más explosiva—: ¿Quieres probar algo sumamente divertido esta noche?

Su sonrisa se marca con malicia al señalarme el consolador vibrando con su móvil.

—¿Estás loco? —le digo, al dilucidar cuáles son sus ideas desquiciadas—. ¡No me llevaré eso metido!

¿Y si se me cae? ¿Si me hace daño?

—Está preparado para darte placer en el momento que desees. Además, este es mucho más pequeño que el otro que probaste antes. —Es evidente lo lascivo en su mirada cuando habla o hace mención a cada una de las perversas ideas que pasan todo el tiempo por su cabeza—. Se les llama “*dildos de oficina*”. Listos para cualquier urgencia. Con la diferencia de que lo encenderé y te haré enloquecer en el momento que sea.

Diablos, pero ¿quién pudo crear semejante monstruosidad...maravillosa? ¿Y por qué carajos me siento atraída por la idea?

—¿Qué opinas? —me dice—. Haré que sea la mejor noche de tu vida.

El vestido es hermoso y revelador. Demasiado para mí. Aunque todo lo que respecta a Aiden es demasiado para mí.

Una vez que estoy encima de los enormes tacones aguja y con esa preciosidad de vestido puesto, me siento muy sorprendida frente a la imagen que me muestra el espejo.

¿Esa soy yo?

—No tengas miedo —murmura Aiden, cerrando el nudo de su corbata a mi lado, los dos de frente al espejo—. Es exactamente la vida que elegiste y que mereces.

Elegí esto por una noche. ¿Una noche es justo lo que me merezco? Su frase queda flotando aunque no insisto en ella para no terminar mandando a la mierda a muy cabrón.

El vestido tiene menos tela de la que he tenido puesta en mi vida. Apenas llega a mis muslos, la espalda está completamente descubierta y se cierra un centímetro antes de llegar a mi cola. De mis hombros cuelgan las mangas y un escote enorme se abre camino, mostrando el nacimiento de mis senos.

—Parezco una zorra elegante —admito, aun sintiéndome un poco incómoda por usar tales términos en presencia de Aiden.

—La vida es una zorra. Si no nos comportamos a su altura, ¿cómo podremos defendernos en ella?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, volviéndome a él. Se está acomodando el cuello de la camisa.

—Que a veces tenemos que mandar a la mierda todo si queremos salirnos con la nuestra. Y esta noche estás de maravilla, no importa en absoluto lo que otros idiotas u otras idiotas puedan pensar de ti. Estás perfecta. Salvo por una cosa...

Santo cielo, ¿qué es? ¿Me veo pésima? Lo sabía, lo sabía, ¿qué fue lo que hice mal?

Acto seguido Aiden recoge una pequeña cajita en la cama. Cuando la vi, pensé que eran gemelos para el saco de mi acompañante esta noche, sin

embargo me la pasa junto con una pequeña cartera de mano que porta piedrecillas de diamantes y brilla más que el culo bronceado de Aiden.

—Mete ahí lo que te haga falta —señala la cartera y me la pasa. He dejado en mi atuendo anterior el móvil y quizá podría guardar tampones y labial...aunque los tampones serán un poco excesivos considerando que ahora mismo llevo otro tipo de compañía ahí abajo.

Es un poco incómodo; de todas maneras me sorprende que pueda acomodarse perfectamente a las paredes vaginales, cerrándose y manteniéndose bien sujeto. “Consolador de oficina”, aún no me puedo creer que existan estas cosas.

—Y esto es lo que necesitas para superar los niveles de la perfección —acota, sacando una cadenita evidentemente de oro del interior de la caja. Cuando lo incorpora en mi cuello, capto que en verdad se trata de una lujosa gargantilla con un diamante circular sobrio al centro, que combina con la cartera.

Aiden lo cierra en mi cuello y me gira para ver mi aspecto en el espejo.

—¿Cómo es posible que seas tan detallista y heterosexual? —murmuro, asombrada.

—Agradécele a Ángel. ¿Vamos, *querida*?

Copia el acento de su agente personal y el francés nativo en él, definitivamente es muchísimo mejor.

—Vamos —asiento y cierro mi mano en la cara interior de su codo—. Pero, ¿qué haré con mi pelo?

Él lo examina y sonrío.

—Llévalo suelto. Te ves magnífica. Me hace querer tomarte de él mientras te cojo por detrás.

¿Por... detrás?

Evidencia una de sus sonrisas lobunas, dejándome incapaz de poder responderle. Sostengo mi cartera y salimos de la habitación.

El edificio no queda lejos del hotel y es un lugar maravilloso. La fiesta se está llevando a cabo en la terraza y la podemos observar desde que llegamos.

De pronto, el móvil dentro de la cartera vibra y el corazón está a punto de salirse por mi boca.

—¿Qué sucede, Tania? —me pregunta Aiden con genuina preocupación mientras entramos en la fiesta.

Hay muchas cosas que suceden, entre ellas que es posible que esta fiesta cierre mis posibilidades de trabajar como Sugar Baby; nunca imaginé que tendría este nivel de exposición frente a personas tanto o más ricas que él. Por otra parte, están mis padres que no han dejado de escribirme y llamarme luego de lo de esta mañana. Tuve que enviarle a mi madre que luego de la entrevista de trabajo saldría con un chico al que conozco desde hace años y he de estar necesitando un poco de privacidad. Es lo único que la calmó y previno de que pudiera llamar a la policía.

—Me parece prudente que no te conteste lo que me preocupa. No quiero ofuscarte con mis cosas, sólo hago mi trabajo —murmuro.

Él tuerce el gesto y lo acepta. Que hayamos tenido relaciones sexuales dos veces en menos de un día no implica que uno sea digno de la confianza del otro.

—Estás segura aquí. Mientras estés conmigo, voy a protegerte —promete, con firmeza.

Y me da un beso en la frente justo antes de meternos entre gente que se inunda en lujos y risitas forzadas.

La mayoría de los hombres son de la edad de Aiden y a lo sumo, de unos quince años más. La gran mayoría están acompañados de chicas que rondan mi edad; algunos pocos osan con ir del brazo de mujeres que parecen ser sus esposas, lo cual no es precisamente la regla. Distingo que no todas las mujeres jóvenes van del brazo de alguien y no tanto llevan alianzas, lo cual me hace deducir que muchas pueden ser Sugar Babies al igual que yo, o bien cazafortunas.

—¿Aiden Raven?

La voz proviene de un hombre joven. Aiden y yo nos damos la vuelta para encontrarnos con un tipo con esmoquin de más o menos treinta años, barba y cabello negro ondulado. Es de la altura de mi acompañante y se saludan con un compinche abrazo.

—¡Hermano, creí que te habías quedado en Suiza! —exclama.

¿Suiza?

—Ya cerré esa etapa —contesta—. Por ahora he decidido establecerme en Boston.

—Ya veo —dice su amigo mirándome a mí.

—Joel, te presento a Tania —dice Aiden, presentándonos a ambos.

Estiro mi mano para que la estreche ya que no me agradaría que me abrace con la misma camaradería.

—Me alegra que mi amigo esté en muy buenas manos —dice Joel, accediendo al gesto de estrechar la mano. Aiden desliza una mano a mi cintura desnuda, reafirmando posesión.

—Gracias, supongo —le digo, sin mucha honestidad.

—Entonces, ¿están viviendo juntos aquí en Boston? —pregunta el imbécil, metiendo la pata hasta el fondo.

—No lo creo —se apresura a decir Aiden—. Joel, ¿por qué mejor no me dices qué pasó con la compañía empresarial de tu padre?

—Ah, se fundió —contesta y se pone a darle detalles de nenes mimados que heredan fortunas y se la gastan en un chistar de dedos.

Rápidamente me aburren y empiezo a mirar a todas partes sin dejar de sentirme enormemente observada o perseguida ante el hecho de estarme inmiscuyendo en un mundo que no me pertenece, que lo tengo prestado esta noche y que mañana será un día más de raspar la cuchara en el frasco de azúcar.

Sin embargo, localizo a unos diez metros, entre un montón de gente, unos magníficos ojos azules que me observan fijamente.

Son de un hombre inmensamente apuesto, aunque por algún motivo me mira con furia desmedida...

Hasta que noto de quién se trata.

Marco está aquí.

—Querida, ¿me acompañas? —me dice Aiden, cruzando una mano por mi cintura—. Quisiera presentarte a los amigos de Joel. Ken y Kaneki son perfectos inversionistas.

Me vuelvo a mi acompañante y observo en dirección donde se supone que se encuentran los amigos de Joel. Están conversando entre otro par de tipos megaempresarios, sosteniendo sus relucientes copas de cristal, entre el humo de unos habanos prendidos, sus barbas perfectamente recortadas, dando risotadas que evidencian lo relajado que es ser rico y no tener que preocuparse por la universidad de sus hijos.

—Yo...claro —murmuro—, sólo quisiera... —me vuelvo donde Marco como si necesitase corroborar que haberlo visto no fue producto de mi imaginación. Sin embargo, él ya no está lo cual no colabora en absoluto a mi cordura.

—¿Quisieras...? —me pregunta Aiden.

—Buscar el baño —completo—. Creo que el juguete ahí abajo — convierto mi tono de voz en un susurro repentinamente— me provoca ganas de orinar.

—Ah, claro. —Él sonríe con complicidad y me señala en la dirección contraria donde estaba Marco, a la puerta de entrada—. Localiza a alguno de los meseros, pero si no recuerdo mal, los baños están en el segundo pasillo a la derecha, pasando la puerta de entrada.

—Gracias...*querido* —murmuro.

Aunque en mi intento de irme, él me sujeta de la cintura con posesión y me planta un beso en los labios. Su aliento tiene un ligero deje a Bourbon y a menta.

—No te alejes demasiado —me pide.

—No lo haré —le prometo, devolviéndole otro beso y me marchó.

Sé que esta noche he de cumplir con las órdenes que Aiden me indique ya que así será. A cambio, él me ha llenado de lujos y regalos más costosos de lo que puede haber sido cualquier ganancia material en toda mi vida. Además de

un buen dineral en mi cuenta bancaria que mañana me permitirá completar el cupo necesario para enviar mi solicitud a la universidad.

Una vez dentro del piso nuevamente, le consulto a una mujer de la edad de mi madre, pero con exceso de cirugías estéticas, si me puede indicar dónde está el baño y me señala según las mismas indicaciones que Aiden me dio antes.

Lo encuentro. Hay una chica saliendo trastabillando sobre sus propios tacones, bastante ebria. Por algún motivo, deduzco que se tratará de una Sugar Baby, y por algún otro motivo, sospecho que ella también lo sabe en cuanto nuestros ojos se cruzan y saltan chispas de incómoda complicidad.

Santo cielo, definitivamente me estoy volviendo paranoica. Muy, muy paranoica.

Hay cubículos aislados y un lavatorio con sensores al frente, con un impecable despliegue de vidrio espejado en la pared. La iluminación es tan lujosa como afuera, aunque un poco más acentuada para poder retocarse el maquillaje.

Lo cual no es mi caso.

Estoy encerrada en este sitio, sintiendo que mi conciencia elabora teorías estúpidas sólo porque he salido con dos hombres en dos días. A cambio de dinero. No entiendo por qué me preocupa tanto este rollo, en el instituto había chicas que salían hasta con tres a la vez y ninguna de ellas andaba encerrándose en el baño con la tortuosa sensación de que esos tipos andaban persiguiéndolas.

Pero aquí la cosa cambia porque hay negocios con los cuales debo cumplir. Hay momentos en que me cuesta discernir qué tipo de relación es la que se puede establecer a partir de este tipo de contrataciones.

Lo único que sí puedo definir con certeza es que estoy en medio de negociaciones que me implican a mí misma ofreciendo un servicio. De igual modo que cualquier profesión u oficio puede realizar una prestación de servicios, ¿qué diferencia hay con la que estoy haciendo ahora mismo? ¿Por qué he de sentirme preocupada?

La tensión hace que mis músculos abdominales se contraigan hasta cerrarse en toda mi cintura. Así es que lo siento. Me aprieta el juguete entre las piernas y de pronto el estrés se convierte automáticamente en algo placentero, excitante y sumamente endemoniado.

¡Tengo que relajarme! ¡Tengo que relajar mi interior!

Cierro los ojos guardando en mi cabeza la imagen que me devuelve el espejo y respiro profundamente. Necesito calma, relajación, encontrar un modo de sobrellevar esto conmigo misma.

Lo cual no da resultado.

Ya que escucho cerrarse la puerta del baño y abro los ojos inmediatamente.

Contemplando en el espejo que un hombre enorme y trajeado se encuentra tras de mí.

Me ha encerrado.

—¿Qué carajos haces? Llamaré a la policía.

Marco avanza impasible hasta mí, acorralándome contra los lavatorios de mármol. La cercanía hace que se vuelva tortuosa la tentación de mirar con atención los detalles de su rostro: el hoyuelo en su mentón, los músculos de su mandíbula, las venas marcadas en su cuello, los labios definidos y su nariz recta.

—¿Y qué podría hacer la policía? —pregunta Marco mostrando una sonrisa que evidencia su impecable dentadura y torciendo una barba incipiente.

—Voy...voy a gritar —le sigo amenazando. Sin animarme a verle directamente a los ojos. Sé que en cuanto me anime a hacerlo, estaré perdida.

—Eso me excitaría muchísimo —contesta—, pero es una pena ya que no estoy aquí por ello. He visto que esta noche eres la chica de otro y no interferiré en tu trabajo.

Se sigue acercando. Está a una peligrosa proximidad. Yo me encuentro tan apretujada contra el lavatorio que en caso de ser necesario, me subiré sobre el mármol y le daré una patada en las pelotas. Aunque no sé cuánto de ello pueda ser capaz, ¿y si es mucho más rápido y hábil? Las probabilidades son mucho mayores a que yo pueda tener éxito en mi esfuerzo de defensa personal.

—¿Qué quieres? —insisto.

—Saber por qué rechazaste mi contrato y aceptaste el de este idiota. Raven.

—No he rechazado tu contrato —pero lo haré en cuanto salga de este sitio —, entiende que sólo no lo he firmado...aún. El tiempo de caducidad sigue sin cumplirse.

—No soy un hombre que esté dispuesto a hacerte daño, Tania —asevera —, pero sí quisiera que tengas claro, que me interesa conseguir lo que quiero. Y tú me has fascinado.

—Yo... no...

Sus ojos, sus labios, sus brazos, su pecho, su cuello. Dondequiera que mire es una bomba caliente que me pone a mil.

O será que mi musculatura interna se encuentra presionando con fuerza el consolador de oficina, provocando que me humedezca y quitando la sensatez necesaria para poder controlar la excitación.

—¿Tú no? —pregunta Marco—. No te obligaré a que aceptes estar conmigo, pero si me das una oportunidad al menos, puedo mostrarte por qué serías mi bebé azucarado más consentido y con suerte.

—Ay...Marco... ¡Oh, Dios mío!

Abro la boca de sopetón y algo en mi abdomen provoca que me retuerza. Un estallido de sensaciones y de placer se enciende en mi interior que deja a Marco consternado mientras observa lo que me ocurre. Debo sujetarme de sus hombros para no caerme.

Y es que Aiden acaba de activar el consolador.

Está vibrando con intensidad dentro de mi sexo, reteniéndolo con intensidad. Mis uñas se clavan en los hombros de Marco mientras no puedo evitar soltar gemidos y suplicas.

—¿Te sientes bien? —me pregunta Marco.

—Yo...algo. —Intento enderezarme y un cataclismo de sensaciones se dispara en mi interior en cuanto el vibrador cambia sus funciones, ahora provocando sacudidas dentro de mí como si algo me estuviese penetrando de manera permanente, sin llegar tan profundo como Aiden, pero dejándome enloquecida y descolocada.

—¿Viniste al baño para masturbarte? —me pregunta y percibo un ligero matiz hambriento en su modo de hablarme. Él desliza una de sus manos por debajo de mi vestido y acaricia mi muslo. Lejos de intentar detenerlo, deseo que lo haga y me coja con fuerza aquí mismo. A la mierda los contratos y la confidencialidad, quiero que este hombre calme la locura vibrante que hay entre mis piernas.

—Marco...Yo... Ay... —suelto entre destellos de placer y locura. Marco indaga con sus dedos bajo mis finas bragas y sube mi vestido. Abro las piernas con instinto y él toma el *dildo* para arrancarlo de mi sexo y provocándome cierta frustración. Ahora quiero que me penetre o me devuelva el juguete, ¿cómo se atreve a hacerme esto?

Poco a poco, voy bajando de las estrellas.

—¿Aquel imbécil te puso esto? —pregunta, con indignación y un nivel de

bronca que parece estallar en cualquier instante—. Voy a matarlo —asimila ante mi falta de respuesta.

Oh no, maldito. Ahora no te irás. Hazte cargo de esto.

—Quédate —le pido, sujetándolo de un brazo—, quiero...quiero que...

Aún puedo sentir todo mi interior vibrar y desencajando cada parte de mi salud emocional.

—Carajo, Tania. Estás húmeda y caliente —asevera con lujuria mientras me observa como una bestia hambrienta. Pasando repentinamente de la furia a la excitación.

—Quédate, Marco —le suelto, ponderando que mi costado más insensato se apodere de mi ser y lo atraigo a mi boca.

Muerdo con deseo su labio inferior, probando un poco de su incipiente barba y cerrando mis manos en su cabello... para a continuación arrastrarlo hacia abajo y meterlo entre mis piernas.

Dejo caer las bragas, mientras Marco me empuja contra la mesada y su boca me hace dar una visita a las estrellas mientras explora mi sexo y me humedece aún más.

Hasta que el consolador vuelve a vibrar sobre el mármol pero ya no tiene efecto. En consecuencia la puerta, del baño se abre lentamente y Aiden aparece echando fuego por los ojos.

Un aplauso.

Es todo lo que hace Aiden, tras guardar el móvil con el que ha estado activando el *dildo* vibratorio.

Aplaude con admiración (¿o indignación?), mientras cierra la puerta del baño a su espalda y le pasa seguro.

Marco se aparta y mira a Aiden.

Se conocen.

—¿Estás intentando llevarte a mi chica? —le dice Aiden a Marco—. Oh, aguarda. Pero no te detengas. ¡Se lo estaban pasando bien!

—Aiden, yo... —me entrometo. Santo cielo, soy de lo peor. Y aun así no puedo evitar que la situación me siga calentando—. Lo siento. Es que tú me provocaste esto y yo nunca antes...

—Oh, descuida, Tania. No ibas a poder resistirte, ¿verdad? Y te encierras con un tipo aquí dentro.

—Yo me metí acá, nadie la encerró —asevera Marco—. Nadie más que tú. Has cerrado con seguro la puerta, Raven. Déjala ir y arreglemos esto entre tú y yo.

—¿Arreglar? —masculla Aiden—. Las cosas se arreglan cuando están rotas o hubo algún inconveniente. No es éste el caso.

Hay una silla junto a la puerta en la parte interior. Suele haber donde sentarse en baños de mujeres elitistas, donde es moneda corriente aguardar a que salga la anterior.

Aiden arrastra una de las sillas hasta un buen punto donde obtener la mejor vista. A decir verdad, ver a este tipo buenísimo contemplando con atención, en medio de una situación cargada de riesgos y complicidad es algo que se me vuelve demasiado asombroso como para dar paso a la lógica o cualquier indicio de sensatez.

—No quiero que se detengan —insiste Aiden.

Y ahora entiendo por qué activó el *dildo*.

Me siguió hasta el baño. Vio a Marco entrar y cerrar la puerta.

—Quiero verlos. —Aiden se desabotona el cuello de la camisa y desajusta el nudo de la corbata—. Tania, ¿te cogerías a Marco frente a mí? No sabes lo caliente que me pondrías...

¿Qué ocurre conmigo? ¿Quiénes son estos dos extraños pervertidos?
¿Cómo fue que terminé metida aquí?

No.

No puedo permitirlo.

No voy a denigrarme de esta manera, yo no soy la puta de nadie. Si Aiden y Marco se piensan que se me antoja cumplir sus enfermas fantasías, se han equivocado de la peor manera.

Mi respuesta es tajante: aparto al mastodonte de Marco, me acomodo el vestido y aunque la tela alcanza a cubrirme las partes más íntimas, me sigo sintiendo completamente desnuda.

—Oh, Tania. No...

Las palabras salen entre jadeos de la boca de Marco. Acaban de darse cuenta ambos cuánto la han cagado.

—Hazte a un lado —le suelto, dándole un empujón y buscando mis zapatos. Me los coloco sin atreverme a mirar a la cara a ninguno de los dos.

—Tania, disculpa, no sabía que tú...

Empieza Aiden y se detiene. ¿No sabía que yo qué? ¿Esperaba que fuese una enferma, una puta cualquiera que respondería a un chistar de dedos para satisfacer sus fantasías más enfermas? ¡Son dos tipos a los que apenas conozco, santo cielo!

—Quédate —me pide Marco—, yo soy quien está demás aquí. Nada de esto debería haber sucedido. Ha sido imprudente de mi parte.

Oh..., ¿de verdad? ¡Te juro que no lo había notado!

Sus palabras alcanzan para obligarme a volverme a él y fulminarlo con una mirada asesina.

—¿Es en serio? —suelto por fin—. Que quieras algo no significa que puedas tomarlo, idiota.

—Tú cediste, me pediste que lo haga —me recuerda.

¡Frente a Aiden!

—¿Disculpa? —murmura el rubio.

—Sabes una cosa —murmuro—, quédate con el dinero. Te haré el reembolso. No me interesa completar esta noche contigo. Al demonio.

Y salgo del baño.

—¡Tania!

Aiden viene detrás, aunque he decidido que esta noche ha terminado para mí. Me acerqué a las llamas del infierno y el calor me hizo temer.

Aunque ello no quita que me haya tentado como nunca en mi vida. ¿Aprendería a resistirme o cedería alguna vez?

Pues...ahora mismo el diablo viene detrás.

El regreso a la fiesta es de modo automático. Acompaño a Aiden en las conversaciones con su grupo amigo de inversionistas y sonrío falsamente cuando debo hacerlo. Evado constantemente a Marco hasta que por fin desaparece. No puedo evitar preocuparme por él ya que, desde que salimos del baño, he captado de reojo que anduvo bebiendo demasiado. No importa, no es mi problema, no ahora.

Aunque no me pueda quitar de la cabeza y de mi cuerpo entero lo que sentí ante el contacto desafortunado de sus besos, de su piel, de su barba rozando mi labios hipersensibles.

Una parte de mí quiere volver a sentirlo, saber cuál sería mi límite, pero otra parte me recuerda que no puedo permitir que me traten como a una prostituta o aún peor, como a cualquiera de sus juguetes sexuales. Mi trabajo no es ese, santo cielo. Ellos son mis primeros clientes y ya he desvirtuado todo.

Creí al comienzo que sólo sería cuestión de beber café y cobrar miles en mi cuenta, pero me equivocaba. Son hombres. Ellos siempre quieren más.

El inconveniente es que han despertado en mí un apetito desconocido.

Despertaron algo insaciable que pugna inútilmente por querer satisfacerse.

—¿Querida? —Aiden se dirige directamente a mí en medio de la ronda de inversionistas que ríen con copas llenas de *champagne*.

—¿Sí? —Me espabilo. Y miro su rostro y el de sus amigos. Dos hombres que se mantienen al tanto de que pueda darles alguna palabra de mi parte—. ¿Qué sucede?

—Mis amigos quieren saber de ti. Te los acabo de presentar. —Los mira de reojo y añade—: Creo que el *champagne* te ha provocado un poco de sueño.

Sí, el champagne ha sido, hazme pasar como una chica con problemas de alcohol, ahora. Cabrón.

—Disculpen —contesto, mirando a los dos hombres que están frente a

nosotros. Uno de ellos tiene el cabello rapado y rubio, es un poco más atlético que Aiden pero no de mi gusto. El otro es un hombre delgado y muy elegante, de cabello negro y ojos rasgados con apariencia de tener raíces orientales. Anteriormente Aiden me los presentó como Ken y Kaneki respectivamente—. Es que me quedé pensando en algunos detalles estéticos que había en el baño. Resulta que fui hace un momento... Suceden cosas extrañas ahí.

Ken levanta una ceja.

—¿Qué tan extrañas? —me pregunta.

Pero Aiden interviene:

—Seguramente algún condón tirado, nada que no pueda verse en un club nocturno. ¿Quisieras hablarles un poco de ti a los chicos? Están interesados. Claro, puedes contar hasta el punto que desees hacerlo.

Y sonrío marcando unas agradables comisuras al final de sus ojos. Sabe cómo ser atractivo, pero ahora mismo mi diosa interior ha adoptado el rol de una domadora tratando de contener a la bestia libidinal que muere por arrojarse otra vez entre las piernas de este hombre.

—Me gustaría que me reiterasen cuando hablaron sobre ustedes—les pido, con cortesía fingida.

—Bien —suspira Aiden.

—Somos de una productora cinematográfica e inversionistas en plataformas digitales —acota Kaneki, sonriente. Lo interesante es que su risita no resulta lo suficientemente convincente. Parece que en cualquier momento saldrán de su boca dos enormes colmillos.

—Oh, cine—murmuro, asombrada—. ¡Me encanta el cine! ¿Qué clase de películas producen?

Ken y Kaneki comparten una mirada hasta que el primero contesta:

—Porno.

Un manto de silencio se cierne entre todos luego de tamaña confesión. Mi reacción inmediata es abrir la boca y soltar una carajada con nerviosismo evidente al escucharle.

—Oh, claro, cine porno —río como si hubiese sido el chiste del siglo.

—Ha, ha, sí, *chérie*. Porno —afirma Aiden, sacándome del aprieto—. Son líderes inversionistas en distintos aspectos cinematográficos y de plataformas digitales relacionadas con el asunto. ¿Sabías que mantienen en secreto los sectores donde llevan a cabo sus inversiones?

—Oh..., vaya —murmuro pasando de la risa al asombro en un segundo—. ¿Y por qué en secreto?

—Digamos que este negocio requiere de ser...discretos —afirma Ken.

—Además, no nos gusta que al tomar inversiones en otros rubros se nos catalogue de pervertidos —añade Kaneki.

—Son empresarios, no pervertidos —les digo—. A menos que graben sin el consentimiento de...

—Claro que son empresarios —se apura en responder mi acompañante.

—Descuida, Raven. Tu chica es una persona muy curiosa y no está mal —le responde Kaneki con una confianza muy poco fiable. Luego se vuelve a mí—: Por ejemplo, ¿conoces a Bee Domination?

Pues...sí. No es que sea una fanática del porno, pero esa chica se hizo superconocida en varias redes sociales, no sólo por grabar vídeos sadomasoquistas.

—Claro que la conozco —suelto por fin. Vamos, no es que me vaya a ver de nuevo con estos tipos, puedo hablar sin tapujos de por medio.

—Ella es marca registrada de nuestras inversiones —sostiene Ken.

—¿Te interesa el mercado? —pregunta Kaneki.

—¡Guau! —interviene Aiden—. ¿Acaso la estás...invitando a participar de tus inversiones?

—¿O a grabar? —se me escapa.

Kaneki articula una de sus risitas elocuentes.

—Claro que a invertir —señala—. O a grabar. Esta chica tiene curiosidad y energía. Aún quiero saber qué cosas extrañas ha visto en el baño.

Se vuelve a Aiden de golpe.

Oh, vaya, creo que nos ha atrapado. Definitivamente se ha olido que no pertenezco a este mundo, pero que al lado de Aiden, podría amasar mi propia fortuna. Lo cual no será al pie de la letra, puesto que sólo será una noche, y claro, esa es la parte que ellos no saben.

Acto seguido Aiden cruza un brazo por el mío y profiere:

—Creo que ya es hora de volver a casa, ¿no es cierto, *chérie*?

—Yo... —murmuro. ¿Qué clase de negocios son los que estos hombres sostienen? ¿Me convienen quizás?

—Ha sido un placer conocerte, Tania. —Kaneki levanta una copa mientras los observo por encima de un hombro mientras Aiden me arrastra hasta afuera antes de que cometa una locura.

Con que Bee Domination, eh...

Volver a casa en el auto de Ángel, apenas ha amanecido, es un alivio enorme, aunque no sé cómo se supone que veré a la cara nuevamente a mis padres. Creen que me fui de zorra con un tipo toda la noche, cuando en verdad estuve trabajando.

Y no me marché con uno sino con dos hombres.

—¿Qué tal te fue en tu primera noche con Aiden Raven? —me pregunta Ángel a mi lado en la parte trasera de la lujosa camioneta. Suerte que no me toca ir y venir en limusina.

—Bien...creo. Espera, ¿cómo que “primera noche”? —le pregunto, con enorme sorpresa.

—¿No te lo dijo? Ouch, creo que metí la pata. —Se cuadra de hombros.

Está claro que lo dijo de manera intencionada.

Examino sus delgados hombros descubiertos producto de llevar una blusa de seda muy costosa que deja los huesudos hombros mostrando más piel de lo normal.

—No me mires así, preciosa —dice con tono de picardía más propio de una zorra de una asistente personal—. ¡De todas maneras te ibas a encontrar con ello al ver tu móvil! ¿Crees que demorarás mucho?

—¿Qué se supone que tengo que ver?

¿De qué está hablando?

Me he vuelto a colocar la misma ropa con la que salí de casa, por lo que agradezco volver a tener bolsillos. Lo que no tenía en mente es que iría de regreso con una maleta cargada de regalos de Raven, entre ellos, los zapatos y vestidos que usé anoche. No sé qué pensarán mis padres al ver estos atuendos en casa, tendré que esconderlos al fondo del armario para evitar interrogatorios incómodos.

—Abre la aplicación de Sugar Daddies —me insiste ella.

Creo que estoy a punto de eliminar la *app*, en cuanto noto la cantidad de notificaciones que tengo. Otra vez mensajes, otra vez ofertas, otra vez un montón de hombres ricos invitándome a salir a cambio de dinero.

Pero entre todas las notificaciones, se destacan tres.

Un mensaje de Marco.

Una transferencia bancaria de Aiden.

Y una renovación de contrato.

—¿Qué? —murmuro.

Ángel asoma a mi móvil echando un vistazo al retrógrado aparato que nada tiene que ver con lo que en este mundo se acostumbra.

—Ahí lo tienes —dice ella, dando aplausos cortitos como niña que acaban de darle una paleta de caramelo—. Es de Aiden. Quiere volver a verte en unos días. ¡Definitivamente lo cautivaste, Tania! Rara vez repite con una chica. Es un semental, pero también un hombre muy quisquilloso.

—¿Qué dices? —me vuelvo a ella con la mandíbula que se me cae—. ¡No volveré a estar con él...! No lo creo.

—Piénsatelo bien, cariño. Además, estuve indagando en las cláusulas. Al parecer, es una sociedad la que te contrata esta vez.

—¿Una qué?—murmuro, volviendo al contrato.

Donde ofrecen más de 250 mil dólares por un fin de semana en Miami.

Y la oferta no viene de un hombre sino de dos.

Marco y Aiden se asociaron para estar conmigo.

¡¡Oh..., mierda!!

Desde que llegamos de la fiesta, hasta ahora, sólo he podido dormir tres horas, aunque ello no significa que haya descansado. Muero por llegar definitivamente a casa y acostarme en mi cama. Si bien no sea tan cómoda como el colchón de agua de Aiden, es mi cama y eso la hace especial, mucho más que cualquier otra donde pueda pasarme la noche.

Sin embargo, sé de alguien que no durmió en absoluto...

Anoche Aiden me dejó en la cama donde me hizo darle una probadita a las estrellas y se marchó. Dijo que mi trabajo por esa noche estaba terminado. Nunca me imaginé que habría otras noches, daba por hecho que hasta ahí había llegado mi carrera como Sugar Baby. El punto es que ahora tengo un cuarto de millón de dólares en puerta y no quiero deshacerme de ello, pero tampoco perder algo tan importante de mí como el orgullo y la dignidad.

Esas horas que Aiden no estuvo cerca de mí, no es porque se hubiese cambiado de cuarto para darme privacidad, sino que se marchó para acordar un negocio donde yo sería el objeto de mercancía intercambiable.

Mientras tanto, Ángel no hace más que contarme sobre cuán atractivo es el megaempresario rubio para el cual trabaja. El inconveniente es que mi cabeza no hace más que darle una y mil vueltas a lo sucedido en estos últimos días.

La desesperación conduce a tomar decisiones desesperadas.

Lo que es difícil prever, son las consecuencias que podrían traer esas decisiones.

Necesitaba el dinero, entré a la web, me convertí en Sugar Baby, tuve sexo luego de mucho tiempo, probé un vibrador por primera vez, tuve una cena de inversionistas y me hice pasar por la pareja de un millonario. Ah, y ahora tengo unos cuantos miles de dólares en mi cuenta.

Con el dinero que tengo ahora, podría inscribirme para el envío de solicitud a la Universidad de Boston en la carrera de Artes y empezar el trayecto hacia el objetivo más anhelado de mi vida, no obstante el dinero me alcanzaría para vivir uno o dos meses.

Definitivamente no es suficiente.

Necesito más.

Mucho más para subsistir a una carrera de cuatro a cinco años.

250 de los grandes, serían todo lo que necesitaría...

Pero, ¿qué implicaría de mi parte, tener que dejar atrás con tal de poder obtener ese dinero?

¿Estaría dispuesta a renunciar a mi moralidad y decencia? ¿Esto me convertiría en una persona amoral e indecente?

¿Volvería a ser la misma Tania después de Marco y de Aiden?

Ellos... no por separado.

Sino con ambos.

A la vez.

Madre mía, ¡qué difícil se pone todo!

Tres golpecitos a la puerta.

Parecen algo tímidos, pero con decisión.

He entrado casi a hurtadillas a la casa. La última vez que estuve aquí, no tuve mi mejor actitud para con mi familia. Prácticamente saqué a manguerazos a mi hermano del baño y mi padre intentó ser seducido por una arpía de uñas largas y tetas plásticas.

Sólo una persona puede estar despierta a esta hora.

Mamá.

Luego de arrojar mi valija nueva al fondo del armario y cubrirla con trapos viejos, me dirijo a la puerta. Encontrarme con ese montón de tablas hinchadas y una casa tan precaria, hace que pensar en los lujos que antes tuve, parezcan inmensamente irreales, como una película que alguna vez pude ver.

—Ah, ¡hola!—le digo a mamá. Podría al menos haberme puesto el pijama para no evidenciar que acabo de llegar, pero algo me dice que ella y papá ya saben que acabo de cruzar la puerta.

—Tania, cariño, no te haces una idea lo preocupada que me has tenido —confiesa desde el pequeño recoveco que dejo abierto con la puerta—. ¿Puedo pasar así conversamos?

Oh..., no, no. Definitivamente eso no va a poder ser posible.

—Mamá, estoy un poco agotada. Hablamos mañana, ¿sí?

—Cariño —insiste ella—, sabes que los lunes trabajo doble turno y es poco probable que nos veamos.

—Oh, es verdad. —Y para entones estaré a cuatro días de subirme a un avión y marcharme al otro lado de la frontera sudeste del país—. Entonces pasado mañana.

Ella tuerce el gesto.

—Cielo, ¿te sientes bien? —pregunta, aunque desplaza esa pregunta por otra acotación mientras observa mi rostro con meticulosidad—. ¿Acaso eso es delineador de ojos? Tania, ¿dónde estuviste?

—¡Mamá, tengo veintiún años, por favor! No once. Así que te pido que me dejes descansar, prometo que hablaremos... en cuanto sea posible.

Ella suelta un largo suspiro, haciéndose la idea de que probablemente no tengamos su esperada conversación larga y fluida.

Nunca fui una persona que tenga la gran confianza con sus padres. Primero, porque mamá siempre fue una persona de hablar poco, trabajar mucho y ganar miserias. Y mis problemas de confianza con papá son por cierto resentimiento hacia su actitud de no poder sostener un trabajo, enredos de mi propia manera neurótica de ser.

—Al menos —añade ella—. ¿Dime si él te trata bien?

¿“Él”? Oh, cielos, casi suelto una carcajada al escucharla.

—No, mamá, no tienes que hacerte esas ideas. No hay “él”, puedes estar más tranquila ahora, ¿sí?

Mis palabras no hacen más que echarle combustible al incendio.

—¡Oh, cielos! —dice ella, llevándose las manos al rostro—. Cielo, no sabía que...preferías las... Verás, no hay ningún problema si eres lesbiana, quiero que sepas que yo siempre te voy a apoyar y...

—¡¿Qué?! ¡No!

¡Santísimo cielo, definitivamente no soy lesbiana! ¡Y no es que haya algún problema con ello! Sino que acabo de descubrir que los hombres me gustan demasiado...y quizá, más que uno.

—Cielo, puedes traerla a cenar a casa así no tienes que correr peligro en la calle, sabes cómo son los idiotas de nuestro vecindario, es algo... prejuicioso. —Ella empieza a maquinarse ideas completamente erradas, que me obligan a soltarlo de pronto.

—¡No estoy saliendo con ninguna chica, mamá!

Ella se detiene y me mira fijamente.

—¿No? —pregunta.

—No. Si fuese lesbiana, lo hubieses sabido hace tiempo. Pero no lo soy.

—Vaya —murmura—, y si no hay él y no hay ella...

Hace silencio y su cabeza comienza a sopesar todas las opciones posibles que la cordura puede permitirle.

Así que aprovecho la posibilidad.

Es ahora o nunca... y debo ser sutil.

—Mamá —empiezo—, es posible que últimamente deba estar mucho tiempo fuera de casa...

—¿Mucho tiempo?

—Algunos días, cada tanto. Sólo necesito que confíes en mí, ¿sí?

Ella me mira sin saber para dónde conducir ahora sus preguntas.

—Dime que no es nada ilegal, cariño. Por favor.

—No lo es. —¿No lo es?—. No es ilegal, mamá. Sólo te pido que no preguntes. Quizás en algún momento te lo pueda explicar, pero no será ahora. De momento, necesito dormir como un tronco ahora mismo. ¿Okey?

Ella me observa, traga saliva y asiente.

—Okey.—Se acerca a mí y me da un beso en la frente—. Te quiero, cariño. Sé que no soy la mejor mamá del mundo, pero siempre estaré para ti. Siempre.

Cielo santo.

—Gracias, mamá —murmuro—. Yo también te quiero. Suerte en tu trabajo.

Mis rodillas desnudas se arrastran sobre el suelo alfombrado. Mis manos se deslizan mientras me desplazo a cuatro patas hasta ser acorralada por las piernas desnudas de un hombre. Y me miro a mí misma. Estoy completamente al descubierto frente a un total desconocido.

No puedo verle la cara. Sólo están sus piernas musculosas y bronceadas frente a mi campo visual. ¿Por qué no me animo a subir la mirada? ¿Debería hacerlo? Sé con qué voy a encontrarme.

Y la tentación es enorme...pero puedo contra ella. *Puedo.*

Por lo que me tuerzo hacia la izquierda e intento evadirlo...sin encontrarme más que otro par de piernas fornidas de un hombre. Esta vez me animo a mirar sus muslos y asoma la sombra de su enorme miembro erecto frente a mi rostro. Sólo debo levantar la mirada y estaré perdida. Quiero de él. Pero también quiero del otro.

¡No, Tania! ¡Basta! Tú no eres esto.

Lo evado y sigo por la izquierda del hombre negro que acaba de rodearme.

Para encontrarme a otro.

Lo evado.

Y encuentro a otro.

Y a otro.

Cinco hombres fornidos me han rodeado, con sus miembros enormes y firmes buscando alimentar al demonio que hay dentro de mí.

Hasta que el último desciende una mano y me toma por debajo de la mandíbula a fin de levantarme la cabeza. Y obligándome a mirar su hermoso rostro. Dos ojos azules en medio de un cabello negro rebelde adornan mi panorama, empujándome a ceder a la tentación.

—Marco... —artículo, casi sin voz. El demonio en mi interior me ha dejado sin habla, arrastrando todas las energías y concentrándolas en la zona más sensible y hambrienta entre mis piernas.

—Nat, cariño —dice él—, mi delicioso bebé azucarado. No tengas

miedo.

Carajo, no tengo miedo. Al menos no de él. Sino de mí misma.

De pronto, el hombre a uno de mis costados también se inclina y noto el vello rubio de sus piernas anticipándome de quién se trata esta vez.

Aiden.

—¿Acaso te sientes culpable? —me pregunta. Marco lentamente desliza su dedo pulgar hasta mi boca y dejo que me presione la lengua, engulléndome del sabor salado de su piel. Aiden sigue hablándome—: No deberías, Tania. Eres tú, nadie más que tú la que elige qué hacer y cómo vivir su propia sexualidad.

—Exacto —añade Marco. Y noto en las sombras que los otros tres hombres han empezado a masturbarse dejándome al medio de la ronda—. Si te gusta esto, no puedes sentirte mal. Sólo relájate y disfruta de todo lo que está bien.

Sus palabras logran el efecto de querer que se calle. Quisiera ver a los otros tipos, quisiera saber qué clase de adonis me estoy perdiendo.

—Nada está mal contigo —añade Marco sacando su mano de mi boca e incorporándose al ritmo de Aiden de pie frente a mí. Entonces los cinco hombres cierran la ronda y me inclino para quedar a la altura de los miembros viriles de todos ellos.

Todos a la vez.

Y ese es el problema. Que si tengo a uno, lo deseo por completo. Pero si tengo a dos, los deseo a ambos sin excluir en absoluto.

Y si tengo a cinco... los quiero a los cinco.

Quiero a todos.

Quiero que todos los hombres sean para mí.

Entre gemidos y jadeos, recibo lo que estos sujetos tienen para darme y deslizo mis manos a mi entrepierna, sumergiéndome en el placer más culposo y desquiciado que jamás podría haber conocido jamás...

Los quiero a todos para mí.

Para mí.

Míos.

¡Qué carajos!

Despierto en mi vieja cama de siempre con la mano metida francamente entre mis piernas, por debajo del elástico de mi pantalón pijama, que no es más que un viejo short demasiado gastado como para salir con él a la calle.

Saco mi mano de la humedad, sintiéndome terriblemente culpable y a la vez... ¿triste? Es probable. Cuánto me hubiese gustado seguir con ese sueño.

Cinco hombres.

Cinco hombres a la vez y yo, la única mujer entre todos ellos. Deseada por cada uno en particular.

Cinco hombres para mí sola, y al final, resultó ser sólo un mierdero sueño.

Cierro los ojos y me presiono contra la almohada tratando de atraer nuevamente la imagen deliciosa a mi cabeza.

Pero no llega.

Sino la fantasía de poder seguir entre medio de esos tipos musculosos y bellísimos, dándome de su néctar y haciéndome sentir la mujer más dichosa de todos los tiempos.

Mi mano se desliza entre mis piernas nuevamente y la humedad no demora en hacerme estallar de placer.

¡Marco!

Si hay algo que me ha tenido pensando todo este tiempo y de alguna manera, inquieta (más de lo común) ha sido la ida de que los hombres que acaban de asociarse para disponer sobre mí, anoche parecían a punto de matarse, sin embargo hay algo que no termina de cuadrar en mis suposiciones.

Si tanto se odian, ¿por qué se asociaron?

¿Aiden iba en serio con eso de verme con Marco tener sexo en el baño?

¿Qué carajos había hecho ese hombre conmigo? Con mi deseo. Acababa de abrir una caja de Pandora. Ha liberado todos los males, dejando uno solo, muy pequeño y no por ello menos letal: la duda.

Al principio creí que era remordimiento, lo cual he podido concluir que no es así, ya que me gusta, el punto es que a cada pensamiento que se me cruza por la cabeza, le acompaña la cuestión de “¿está bien esto o está mal?”. ¡Ya sé que todo lo que se me ocurre está mal! Aunque Aiden y Marco hagan parecer que es normal, lo cual no se condice con el mundo donde he crecido.

En mi mundo, normal es no llegar a fin de mes. Normal es que se acumulen las deudas sobre la mesa de la cocina. Normal es comer fideos y arroz cuatro veces por semana, y levantarnos cada día sin tener del todo seguro qué habrá de comer para hoy. Normal es que una mujer deba quedarse con un solo hombre y renunciar a todos los demás.

Pues, ¿yo estaba dispuesta a esta normalidad?

Quizá sea hora de conocer otras realidades.

Cité a Marco en el Public Garden de Boston.

Cuando me acerco al puente que atraviesa el lago, puedo ver a un hombre con una cazadora negra y jeans del mismo color, ajustados, aguardando con los codos afirmados en la barandilla del lugar. Tiene la mirada perdida en el agua y parece no percatarse de que vengo caminando desde un costado.

O eso pensaba hasta que habla:

—Una parte de mí temía que no vinieras.

Agacha la mirada y esboza una tímida sonrisa. ¡Cielos, me gusta! Este hombre realmente me gusta y es tan atractivo que casi podría decir que sería capaz de renunciar a la belleza de Aiden, de no ser que de tenerlo también a mi lado, no podría decirle que no.

—¿Y la otra parte? —le pregunto.

Él se vuelve a mí.

—La otra teme el motivo por el que me has podido citar.

Sus labios definidos y llenos son hermosos cuando habla. Me gusta su cuello esbelto y los ángulos cuadrados de su mandíbula.

—Vaya —murmuro, afirmando mis manos con timidez sobre la barandilla. El viento otoñal me envuelve y enfundo mis manos en la cazadora gastada que llevo puesta. No es lo mejor que tengo, pero quería parecer casual sin tener que esforzarme sobremanera para verlo. Me conoce más de lo que debería.

—Supongo que ya recibiste el contrato —estipula.

—Sí —le digo con timidez.

Él me mira de arriba abajo. Examina mi rostro y cada aspecto corporal de mí en vías a que pueda darle un indicio de cuál será mi respuesta.

—¿Y...? —murmura—. Me tienes en ascuas, ¿qué te pareció?

—Yo...no lo sé —murmuro, llena de confusión.

—¿Qué es lo que no sabes? —sus palabras vienen acompañadas de que endereza todo su cuerpo en mi dirección y yo clavo la vista en el agua del lago.

—Simplemente no sé qué hacer, Marco. Quiero esto, pero en verdad que me resulta algo muy nuevo. Cuando empecé siendo Sugar Baby, estaba desesperada por algo de dinero, creí que sólo tendría que acompañar a algunos hombres en citas y luego se terminaría todo.

—Tania...

—El punto es que jamás imaginé que terminaría enganchada.

Noto que la postura del cuerpo entero de Marco se tensa y antes de que quiera enredarse en cuestiones sentimentales o me malinterprete, detallo:

—Marco, esto es inmenso. Algo en mí... Quiere tenerte a ti. Y quiere tenerlo a Aiden. He descubierto un ansia... sexual que no tenía idea que existía. Ahora no sé cómo controlarlo. Necesito que me ayudes.

—¿Ayudarte con tu propio apetito sexual?

Marco retrocede un poco como si hubiese intentado evadir una bofetada de mi parte.

—Sí, Marco. Y no lo entiendo. No sólo a mí sino que no alcanzo a comprender la situación en general. ¿Por qué decidiste asociarte con Aiden? ¿Por qué me disputan como si fuese su juguete sexual? ¿Qué carajos hay que no me estoy enterando sobre ustedes...dos? ¿Cómo se supone que voy a irme a Miami sin garantías de que podrían prostituirme o cortarme en pedacitos y vender mis órganos?

—Guau, guau, guau. —Él me toma por los hombros con suavidad y su tacto me hace sentir nuevamente como en casa. Lo miro a los ojos y capto que he estado temblando mientras hablaba—. Creo que piensas mucho. Y no está mal, me gusta que así sea.

—Ayúdame a entender, Marco.

—Sí, pero... Sólo pienso que tu cabeza a veces se dispara y sale tu costado más paranoico. Relájate, nena. No pienses demasiado.

—¿Dices que por ser mujer, no debería pensar?

—Caray, ¡no! Nunca, bajo ningún motivo dije que no debas pensar. ¡Ni mucho menos por ser mujer!

—Soy la única de las tres partes a quienes se están disputando ahora mismo. La única chica, ustedes son dos personas inmensamente poderosas. ¿Entiendes cómo me hace sentir esto? Y para colmo, empiezo a dudar de si debería ir con ustedes o no.

—Tania... Entiendo que te haga sentir como si fueses algo intercambiable, como si casi no fueses una persona, pero estás completamente equivocada. Tanto tú, como Aiden o yo, formamos parte de una plataforma digital que no deja de ser una empresa, que requiere de sus nexos económicos para que nosotros podamos vernos. Hubo un primer contrato conmigo y con él, de tu parte, en esa web precisamente. Así que estamos sujetos a sus normas.

—¡Pero no hay ninguna maldita cámara que nos siga a todos lados para corroborar si soy o no su puta!

—Por favor —murmura, buscando que su tranquilidad se me meta en el cuerpo también a mí, lo cual no lo logra al pie de la letra—, no te alteres, sólo intenta no temblar... ¿Te crees que no conversamos antes con Aiden de esto? Si podríamos ofrecerte la sociedad con el intermediario empresarial de la web por la que contactamos inicialmente o seguirlo en paralelo.

—Yo...no lo sé.

Sí, lo sé. Aiden no fue a dormir conmigo luego de la fiesta de hace unos días. Horas después, aparecí como parte de una sociedad demasiado curiosa como para aceptarla sin hacer un par de preguntas antes.

—Explícame —insisto.

—El punto —murmura—, es que Aiden, tú o yo somos parte de lo mismo. Podríamos hacerlo sin pagarte, claro. Aunque recuerda que no somos unos abusivos hijos de puta y sabemos que tú necesitas el dinero mucho más que cualquiera de nosotros. Queremos ayudarte.

—¿Ah, sí? ¿Me ayudan mientras me coges con Aiden mirando al otro lado?

—El contrato —especifica bajando la voz—, no incluye sexo. Estás en todo tu derecho. Y tienes la posibilidad de informar a alguien antes de marcharte para que esté al tanto de dónde vienes y con quiénes. Ese papel que crees que te da el estatuto de un objeto mercantil, no es más que las garantías que necesitas para un respaldo legal y que confíes en mí.

—¿Y en Aiden?

—Espero que también. Por mi parte, no permitiría que te sucediera nada malo si eres mi Sugar Baby. Eso ya te lo he dicho antes.

—¿Y si fuese otra chica?

—Te quiero a ti y punto. Pero... otro hombre también te quiere. Y tú lo elegiste a él. Por eso quiero que me des una oportunidad. ¿Qué dices? ¿Te vienes a Miami o no? Podría ser el comienzo de una nueva vida para ti...

¿Miami sí o Miami no?

Al parecer todo se reduce a eso en mi vida, últimamente.

Reducirlo por no incluirme a dos maravillosos millonarios, que no dejan de ser unos desconocidos para mí, bellísimos y demasiado obstinados. Además de doscientos cincuenta mil billetes aguardando a introducirse en mi cuenta bancaria, sólo si coloco mi firma en un papel.

¿Qué diablos se supone que he de decirle a mi familia? ¿A quién pondría como garantía? ¿Qué sucedería si al final todo resulta ser una farsa y en verdad buscan hacerme daño?

Lo cierto es que todas las preguntas que pudiera plantearme, se ven atravesadas por una certeza en específico.

Hay algo dentro de mí.

Una bestia hambrienta que desea algo que va mucho más allá de simple comida.

O de un pene.

O de un hombre.

Porque los quiero a ambos y eso me vuelve la criatura más débil e indefensa del mundo.

La valija nueva, regalo de Aiden, yace abierta sobre la cama. Estéticamente está forrada en piedrecillas preciosas que le dan a su tono burdeos un impecable manto de brillos.

Mañana antes del amanecer vendrá a buscarme Ángel para una “rutina de belleza”, antes de la mayor aventura de mi vida. El vuelo saldrá a las 12 horas.

Y yo aún no sé cómo voy a explicar esto a mis padres.

He estado ensayado y repasando mil veces el asunto. Quizá de haber visto esta maravillosa valija, me hubiese ahorrado un par de días. O hubiese provocado que me echasen de casa.

El asunto es que nadie se mete en mi privacidad salvo los dos demonios

que tengo por hermanos, así es que he tomado la precaución de cerrar con llave desde que llegué con mis nuevas pertenencias.

Ya he guardado el pijama, algunas prendas que fueron también regalo de Aiden. He decidido hacer algunas compras con el dinero que me pagó el fin de semana pasado: ropa interior, elementos de higiene personal y pastillas anticonceptivas.

Una consulta al médico nunca viene mal. No sé qué haría de mi vida si llegase a quedar embarazada; sin duda que traer un niño al mundo sería una irresponsabilidad enorme de mi parte, además sólo quiero poder vivir de este trabajo, disfrutar de ello y desempeñarlo lo más profesional posible hasta que pueda empezar regularmente la universidad.

Y es que me he enfrentado constantemente al desafío de indagar en distintos medios, cómo se supone que este trabajo pueda ser ejercido de manera “profesional”.

Sólo hay un inconveniente en todo que descuadra cada aspecto de mi vida personal y profesional: los secretos. No sé cómo abordar el asunto, no tengo el coraje para hacerlo, no voy a poder...

Toc, toc.

El ruido de la puerta me hace dar un salto y se me cae al suelo una caja de tampones. Según mis cálculos, no espero el periodo hasta dentro de dos semanas, pero por las dudas...

Me vuelvo a la cama y arranco la sábana del colchón, para tapar todo por posible el lio de la valija.

—Cariño, ¿estás bien?

Mamá sigue golpeando.

—Sí —anuncio—, ya iré a cenar, no me esperen.

Ella no responde sino que intenta girar la manija.

Pero está con llave.

Termino de poner todo bajo la sábana y abro la puerta un poco.

Ahí está ella.

Y me sorprende discernir que su rostro está pálido y ensombrecido. Acto seguido me pasa un sobre.

—Llegó esto para ti esta mañana —me dice.

Y recibo el sobre. ¡Lo ha abierto!

Es del aeropuerto de Boston.

Los pasajes a Miami...

—No quiero ser una entrometida en tu vida, pero ¿qué significa esto? — me pregunta mamá, con una densa capa de lágrimas en los ojos.

Santo cielo, mi corazón está a punto de reventar.

Aiden sacó los pasajes, pero se suponía que no de esta manera. A decir verdad, nunca acordamos que esta salida debía mantenerse en secreto de mis padres, aunque ellos seguramente se habrían dado cuenta de que tarde o temprano saldría de casa con una maleta a cuestas.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me los enviaría? Las preguntas quedan dando vueltas en mi cabeza hasta que encuentro algo más dentro del sobre.

Mi pasaporte.

Santo cielo, Aiden sabía que yo no habría tramitado los papeles necesarios para viajar. Esta será la primera vez que saldré en avión. El punto es, ¿cómo rayos se supone que me lo pudo sacar con tanta rapidez, sin mi consentimiento ni mi participación en ello? Me enoja y a la vez me entusiasma. El poder que les confiere el dinero a personas como él, es algo que no deja de fascinarme.

Apenas vamos al estado de Florida, ¿es que acaso piensan llevarme por el mundo como a un perro de accesorio?

—Mamá —murmuro, quedándome sin más palabras que esa en el trayecto. Por suerte, ella ya tiene su teoría para darme:

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Sea la idea que sea que se haya podido hacer al respecto, seguramente dista años luz de la realidad.

—Quería... No sabía cómo hacerlo —me excuso, esperando a que ella me suelte la hipótesis que haya sacado.

Se limpia las lágrimas de los ojos y capto su voz cargada de una mezcla de entusiasmo y desesperación:

—¿¡Por qué no me dijiste que conseguiste una entrevista de trabajo en Miami!?

¿Qué diablos...?

Acto seguido observo los pasajes nuevamente.

No están sacados a título personal de Aiden sino a nombre de su empresa: Raven Tecnología de Punta, quienes se supone que han tramitado mi posibilidad de viajar.

—¿Son de esas empresas ultramodernas que mantienen estricta confidencialidad con sus empleados y con sus clientes? —murmura y a medida que va explayando la ficción que se ha desatado en su cabeza, pienso en Marco diciéndome “a veces tu cabeza se dispara”—. Entiendo que tienes tus cosas, cariño, pero ningún contrato de confidencialidad puede guardar un secreto mejor que tu madre. ¡Esa gente gana tanto dinero que te reclama todo un fin de semana y ahora, te puede enviar a Miami para que trabajes para ellos! ¿Estás en un periodo de pruebas y entrevistas o algo así?

Ella se arroja en un abrazo hasta mí, pero apenas correspondo de manera mecánica.

—¿De dónde se supone que...obtuviste toda esa...información? —le pregunto, con extrañeza.

—Lo busqué en Internet. Cuando vi esos pasajes, mi corazón se partió en mil pedazos de solo hacerme la idea de que te irías sin decir una sola palabra. Sin embargo, me puse a buscar respuestas hasta que di con ella.

Guau, guau, guau, ¿en alguna parte de Internet aparece mi cara como Sugar Baby? Supongo que sólo si te registras en dicha web, cosa que mi madre no habrá hecho. Supongo.

—Sí, mami... —murmuro, presa de la vergüenza—. Esta empresa es... exigente.

Ella suelta otro par de lágrimas hasta estrujarme nuevamente en un abrazo lleno de orgullo.

Santo cielo, mi madre acaba de encontrar la excusa perfecta para que yo pueda viajar, ir y venir donde sea a la hora que quiera sin tener que dar explicaciones, y de dónde podré justificar las sumas de dinero extraordinarias que me estarían ingresando.

—Por cierto —dice ella al separarse del abrazo—. Ya no es necesario que escondas esa linda valija que tienes bajo la sábana. Tienes mi bendición para lo que optes emprender, cielo. Sólo ve con cuidado.

Y se marcha.

Así es, señoras, como se supone que empiezas a construir toda tu vida alrededor de una enorme montaña de mentiras.

El día de spa es agotador. Cuando tienes que ocuparte de cada parte de tu cuerpo como si fueses capaz de meterte en una trituradora, embellecer parte por parte y luego volver a unirte, lo que debería ser relajante se vuelve una tortura.

Piedras calientes, cera, recortes nuevos de depilación (“que no quede ningún pelo, querida”), cremas, pepinillos, ungüentos extraños, protectores bucales, visitas al médico y entrenamiento duro “para tonificar los músculos más implicados en el sexo”. Todo pasa por mí como un mapa corporal que debe ser remarcado ya que, al parecer, se me borran los límites cada tanto.

Una vez que estamos de nuevo en un hotel ¡que resulta pertenecer a Marco! Ángel me espera en el vestidor de una suite. Al salir, ella se queda boquiabierta y orgullosa de haber hecho un gran trabajo.

Llevo puesto un vestido playero, sandalias cómodas, un pañuelo atado al cuello, brillo labial, resaltador de ojos y el cabello trenzado sobre uno de mis hombros descubiertos por el fino bretel del vestido.

—Eres toda una diosa de las olas —declara ella—. Recuerda que Miami además de ser lindas playas es puro show nocturno para que te regodees de tu belleza, de tu fortuna y de tus dos “*hombrezotes*” que te llevarán a todas partes.

—Oye, oye —la detengo, interrumpiendo en el cuento de hadas que ha empezado a figurarse sobre lo que podría ser este viaje—, no soy ni una supermodelo, ni tengo fortuna alguna, ni a saldré a ninguna parte del brazo de dos hombres... ¡a la vez!

—Cariño, tienes a la Diosa Juventud en la carne. Eso en primer lugar, en segundo: con esta clase de contratos tan inteligentes, estás aprendiendo a amasarte tu propia fortuna, ¡estás logrando una carrera envidiable! Y por último, decir que estarás del brazo de dos hombres era una manera de hablar. Es obvio que estarás prendida a sus penes puertas adentro.

Me guiña un ojo y tengo que sujetarme de la pared a mi lado para no caer de espaldas ante lo que acaba de decir.

—¿Podrías no ser tan...explícita? —le ruego.

—Oh, ¿el bebé azucarado le teme a sus dos hombrezotes?

—¡Es suficiente!—le suelto, con los ojos ardiendo, a punto de llorar. ¡Hacer esto no es algo que me enorgullezca! Lo hago por necesidad, porque quiero hacer algo por mí misma y por mi familia.

De haber podido elegir otro camino, lo hubiese hecho...sin embargo, mi parte más lujuriosa espera de manera prometedora este viaje.

Quiero no tener que ir y a la vez lo deseo con todas mis fuerzas, santo cielo.

—Querida —me dice Ángel, poniéndose de pie y sujetándome de los hombros. No me gusta que esta mujer con sus tetas quirúrgicamente levantadas, se acerque tanto a mí—, deja de criticarte a ti misma. No dejes que nadie te diga cómo debes vivir tu sexualidad. Sólo disfruta y di hasta qué punto quieres algo y hasta qué punto no. Créeme que estás con dos hombres que saben escuchar...y saben leer en los ojos de una mujer cuando hay apetito de sexo voraz. Tú también lo encontraste en ellos. Sé cauta y disfruta de la carne. Cuando esa bestia en tu interior pide, no puedes hacer más que alimentarla.

*Kiss me on the D.A.R.K.
Dark tonight*

Lolita. La canción de Lana del Rey haciendo oda a la obra de Nabokov resuena en mis auriculares mientras arrastro mi valija al interior del Aeropuerto Internacional de Logan.

La voz de Lana me hace sentir culpable y a la vez, ambiciosa. Me ayuda a pensar que, de alguna manera, merezco lo que tengo. Unos cuantos miles en mi cuenta y dos maravillosos hombres esperándome con sus hermosos trajes a orillas de las pantallas de *check-in*.

“Sé lo que los chicos quieren, no soy de andar con juegos” señala la voz que canta a mis oídos.

Puedo sentir los chispazos que saltan entre ellos, la lucha de demostrar cuál de los dos es el Macho Alfa se vuelve cómica, aunque a veces... me parece un poco estúpida. De todas maneras, todos aquí sabemos que hay algo aún mayor que nos convoca a los tres, y es precisamente eso: que somos tres.

Ángel viene a mi derecha y un guardia de seguridad a mi izquierda. Ella se acerca a mi oído y murmura mientras avanzamos con sus tacones resonando en las baldosas del suelo:

—Querida, definitivamente te sacaste el loto.

Le dirijo un vistazo, aunque su gesto me parece inescrutable bajo las gafas oscuras.

—Si me hubiese sacado el loto, no estaría aquí ahora —confieso.

—Para colmo te pagan, ni me lo recuerdes que tendré que abofetearte. ¿Ya dije que soy una perra envidiosa? Me gusta tener al hombre que quiero, aunque no puedo ser la persona que tú eres.

¿La persona que yo soy? ¿A qué se refiere con eso? Con anterioridad ha mencionado que mi joven edad y mi inexperiencia es algo que admira.

En cuanto estoy lo suficientemente cerca, distingo que Marco intenta tomarme de un brazo, y aunque la tela de su saco presionando los bíceps

parezca demasiado seductora, me siento una traidora al saber que Aiden está al otro lado. Y no estaré del brazo de dos varones a la vez. Puedo percibir que frente al gesto de Marco, su contrincante rubio le arroja una mirada asesina, no obstante es Ángel quien se interpone y me saca de ahí para tomar la delantera:

—No olvides, cariño, que tú eres quien manda aquí. Deja que peleen todo lo que quieran, sólo no dejes que te digan exactamente lo que debes hacer o dónde debes ir.

Marco y Aiden toman cada uno una de las valijas y siguen andando tras nosotras.

—Caray, Ángel, ¿qué haré sin ti y sin tus directivas durante todo este viaje? —le imploro, sujetándola de un hombro como si me la fuesen a arrancar en cualquier instante—. ¿No podemos convencerlos de que puedas sumarte a este viaje? Aún tengo mucho por aprender.

—Mi trabajo es antes, no durante —me da unas palmaditas en el hombro—. Pero no olvides que puedes llamarme en cualquier momento que lo necesites. Sólo será una semana.

—¿Y si las cosas se salen de la tangente pronto? —Mi pregunta queda suspendida unos instantes mientras nos ubicamos en una fila, que distingo, debe ser para concluir el proceso de *check-in*. Hay gente deslizando sus valijas y pasándolas por un escáner.

—Querida. —Esta vez se quita las gafas oscuras. Conociendo ese movimiento, está a punto de decir algo que debo tomarme muy en serio—: El problema de todo humano poderoso es que siempre está al límite de tratarte como basura. No permitas que eso ocurra. Ahora tómate ese avión y diviértete.

Las cabinas son tan extrañas.

El hecho de tener que subir escaleras más amplias, que te lleven el equipaje y que te codees con gente poderosa es muy impactante, pero que te metan en sectores de primera clase, ¡es una pasada!

—Nunca habías viajado en avión, ¿verdad? —me pregunta Aiden.

—Es evidente que no, genio —le contesta Marco y me molesta que se haya tomado el trabajo de dar una respuesta.

Cuando cruzamos la entrada, dos azafatas y un ¿mayordomo? Nos reciben con asientos que se reclinan como divanes cómodos.

—Buenos días, señorita Thompson.

¿Cómo carajos se sabe mi apellido?

Mi primer gesto es abrir los ojos y quedarme perpleja. Aunque luego Aiden le estrecha la mano al hombre.

—Señor Raven —lo saluda.

—Oh, hola —le digo un poco asombrada.

Entonces, una cabina.

Primera clase.

Para tres.

Nos servirán como duques durante un viaje que durará menos de lo que tardo en ir y venir de mi viejo empleo.

—Me encanta verte tan entusiasmada —menciona Marco mientras se quita el saco y lo tiende en un armario.

De pronto Aiden arroja un vistazo hacia nuestra dirección mientras mete una cápsula en una cafetera. Yo me esfuerzo por no dar una respuesta que me haga quedar en ridículo o como una “pobre niña”:

—Sólo conozco aviones de las películas.

Bueno, fue un intento.

—¿Ni siquiera pasaste alguna vez por el aeropuerto? —me pregunta Marco y durante un instante creo sentir que me está cargando o simplemente buscando entretenerme para que no cruce palabra con Aiden.

—De chica tuve una excursión con la escuela —declaro.

—Entonces recuéstate para tu primer despegue —decreta Aiden, pasándole un vaso con *espresso* a Marco—. ¿Con leche condensada?—le pregunta.

Marco parece estarlo ahorcando en pensamientos cuando lo mira. La conducta de Aiden ha sido sólo para cruzar el brazo e interponerse entre nosotros.

—¿Le pusiste algo con azúcar? Soy diabético, imbécil —le suelta.

—Oh, qué pena —contesta.

Aunque me meto y le quito el *espresso* de las manos.

—Yo me quedaré con este, gracias —le dirijo una sonrisa falsa forzada—. Ahora, ¿y si mejor me cuentan qué lugares visitaremos en Miami?

Mi provocación genera que Aiden y Marco se alejen y hagan silencio repentino. Un silencio que instala cierto aire de complicidad; después de todo, tuvieron que estar de acuerdo en “algo” para poder establecer su extraña sociedad, o mejor dicho, la Sugar Sociedad.

—Señores, señorita, está todo preparado para el despegue —comenta un azafato por teléfono y una pantalla se enciende mostrando las instrucciones para empezar a volar.

Santo cielo, cuánto se ha modernizado la cosa. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi una película donde alguien tomaba un avión, aunque es muy probable que haya sido hace mucho tiempo. Ahora no hay una persona dando las coordenadas de cómo ajustarte el cinturón o ponerte el chaleco salvavidas si el avión se cae, sino que tenemos un tutorial al estilo youtuber donde explican de manera entretenida y sonriente cada uno de los movimientos y precauciones a tener en cuenta. Está en varios idiomas, incluso a una esquina con lenguaje de señas.

Se encienden las turbinas y un ruido arrasador y enérgico se me mete en las venas mientras todo el lugar comienza a emitir una leve vibración.

Miro hacia adelante y Marco me dirige una sonrisa desde su sillón mientras se termina de ajustar el cinturón, luego a mi derecha y Aiden está en el suyo levantando una ceja y emitiendo una de sus indescifrables media sonrisas.

—¡Sujétate! —me dice Aiden y el avión se empieza a mover, deslizándose por la aeropista y levantando vuelo finalmente.

Es el intento de escucharlo lo que me hace caer en la cuenta de que mis

oídos se han tapado.

Le dirijo una sonrisa y vuelvo a incorporarme.

Santo cielo, ¡qué es esta locura! Hasta hace unas semanas estaba llorando con una crisis de ansiedad en el baño de casa porque me había quedado sin un trabajo que me daba monedas para sobrevivir, sin embargo ahora estoy subida en un avión por primera vez en mi vida, ¡en primera clase! Y con un estallido de sensaciones en el interior de mi pecho que me hace querer gritar de felicidad.

El problema es que esa bomba estallando, está ahora dentro de mí.

Siempre he sido consciente de que en cualquier momento estallará entre el demonio que tengo delante y el otro que permanece a mi lado.

Realmente es una pena que los momentos más felices también sean los más fugaces.

Hace tiempo, una niña se levantaba del lodo en el patio de su escuela.

Un dolor intenso se concentraba en su cabeza, combinándose a un ligero mareo y a unas ganas tremendas de soltar un grito o un llanto desesperado.

Las risotadas de un montón de niños abrían un agujero en el pecho de esa niña, que indefensa y descuidada hacía un esfuerzo descomunal por levantarse, sujetándose del mismo lodo en el que cayó.

No, no cayó. La tiraron.

Pero lo que más le dolió a esa niña, fue ver todos sus cuadernos esparcidos en la tierra mojada con el sándwich que había llevado para su almuerzo.

En ese momento a la niña no le alcanzaba más que para un emparedado de queso para comer de almuerzo en la escuela, por lo que perderlo implicaría un dolor de estómago sumado al de su cabeza y al de su alma.

Temblando se puso de pie.

Temblando miró a las niñas que le arrojaron el balón.

Y temblando se acercó a la que arrojó el balón, para asestarle un puñetazo en el rostro.

Por primera vez, por única vez, no le importaron sus cuadernos. No le importó el sándwich perdido. No le importó que los demás estuvieran mirando o que le pudieran llamar la atención.

Pero desde aquel día, no la volvieron a molestar. Jamás.

Y si algo aprendió de esa experiencia, es que si quería salir adelante, tendría que apretar los puños, pelear y dejar atrás lo que ya está perdido.

Pero no rendirse.

Aunque te tiemble el pulso o se le encoja el corazón.

Gracias Regina Turner por haberme arrojado ese balón.

Me enseñaste más de lo que querías.

Por ejemplo, lo bien que se siente hacer justicia por mano propia y las enormes ganas que tenía de darte ese puñetazo. Debí haberlo hecho hacía tiempo...

—¿Tania?

Aiden se acerca a mí,

El avión lleva rato volando, aunque la experiencia me tiene imantada a la ventanilla observando el terreno como un bordado de parches y las nubes filtrándose cada tanto.

Cuando me vuelvo a Aiden, noto que se ha desprendido el cinturón y está buscando que le deje un lugar en el sillón para sentarse a mi lado.

Acto seguido, Marco gira su sillón y una risa tonta se me impregna en el gesto. ¡No sabía que pudiera hacer eso!

—Tienes que enseñarme cómo dar vueltas arriba de esto —le digo.

—Seguro —conviene él, aunque añade inmediatamente—: Quizá luego. Ahora tengo que hablar contigo sobre... algo.

—Tenemos —añade Aiden.

Levanto una ceja.

—¿Al fin terminarán con el misterio y me explicarán dónde se supone que vamos a parar en Miami?

—Algo así... —murmura Marco.

—¿Algo así? —pregunto, empezando a ponerme nerviosa, pero sin poder arrancarme la risita nerviosa de la cara—. ¿Acaso me meterán en una red de prostitución y me venderán al mejor postor?

Ellos intercambian una mirada cargada de suspenso y Marco repite con preocupante seriedad:

—Algo así.

Me aferro con fuerza a mi sillón y, de pronto, la altura a la que estamos volando me hace sentir acorralada, con implacables ganas de querer salir huyendo de manera urgente.

¿Algo así? ¿Qué demonios implica “algo así”?

—¿Qué? Pero... Si yo... ¡Son muy buenos bromistas! —les digo, soltando una carcajada fingida, aunque el gesto de Marco me pide tranquilizarme. Aiden se acerca un poco más, haciéndome querer mantener distancia.

—Nadie te va a prostituir ni cortar en pedacitos, sólo necesitamos que nos escuches un momento —pide el rubio—. Confía en nosotros: todo lo que haremos está dentro de lo convenido en el contrato.

De pronto mi gesto cambia al horror y empiezo a pensar rápidamente en las cláusulas. ¿Dónde decía que aceptaba meterme en una red de prostitución? ¿Se mencionó algo sobre venta ilegal de armas o de drogas? ¿Quizá una apuesta a la distribución clandestina de metanfetaminas en fiestas electrónicas? ¿Algo al borde con lo legal?

—Salidas y eventos públicos —me recuerda Marco, recitando de memoria—. Cláusula cuarta: Las partes asociadas y la acompañante contratada, acuerdan acudir a eventos de carácter público, en horario diurno o nocturno, así como salidas y reuniones de carácter formal o informal que los socios decidan cuál de ellos acudirá con la acompañante y si ella estará presente o no lo estará. Las partes convienen mantener bajo riguroso secreto profesional lo que se converse en las reuniones, de lo contrario, se tomarán medidas en caso de que alguno de ellos otorgue información sin el consentimiento previo de uno y otro.

—Creí que me llevarían a cenar, saldríamos al cine, conocería un bar o una disco de Miami —les menciono, sintiéndome más y más tonta por haberme hecho una idea paradisiaca de este viaje. Definitivamente nadie viene de la nada y te otorga unas vacaciones de ensueño, ¡mucho menos si los tipos son hermosos, jóvenes y millonarios!

—Habrá de eso —interviene Aiden—, pero también de lo otro. Serán situaciones de exclusiva confianza y de carácter público. Confiamos en ti, Tania. Eres hermosa, salvaje y a la vez con aires inocentes. Además de honesta y confiada. Queremos que...

— Confiada?—murmuro—.  Querr s decir “estúpida”?

—Tania —Marco me toma una mano—, la cláusula décimo novena implica que puedes rescindir el contrato cuando desees, pero una vez que hayas cumplido tu trabajo. Te estamos ofreciendo una salida laboral jugosa que va más allá de la posibilidad de que seas Sugar Baby.

— Cre  que ustedes se odiaban! —grito y los ojos se me empa an de lágrimas. Siento las mejillas ardiendo y una presión en el pecho que me desboca.

—Tampoco es que nos saludemos si nos cruzamos en la calle, pero en los negocios, prefiero tener cerca a mi posible competidor. —Aiden dice esto y es palpable que hay chispas entre ambos.

— Y qué quieren? —retomo el punto en que antes lo interrumpí.

—Queremos que seas la cara de Younger.

— Younger? — m s joven?

—S  —Marco frota mi mano dándome calor y por algún motivo no la saco. Este par de demonios ejercen un poder desconocido dentro de mí,  c mo se supone que podrá sostener la cordura cuando la tentación está permanentemente haciéndome caer?—. Se trata de una página web y aplicación para dispositivos móviles donde apostamos a que hombres de edad que quieren tomarse la vida en serio y emprender sus propios proyectos, puedan encontrar una... compañía para ello. Joven o no. Pero remunerada. Una parte complace sus intereses de proyecto de vida y la otra parte, sus intereses económicos, con una manera de sostenerse en la vida por demás rentable.

—Lo de hombres mayores y chicas jóvenes es un decir —suma Aiden—, el género y el sexo de las partes es indistinto. El punto es que nuestra propuesta viene a satisfacer un mercado que no ha sido muy tomado en serio hasta el momento. Y para ello, hay que sacarlo de entre las sombras.

— Qu  tan...jóvenes? —murmuro. Yo tengo 21 años, pero no quiero verme mezclada en asuntos ilegales.  Ni siquiera tengo el dinero suficiente para costearme un abogado!

—Mayores de edad, por supuesto —Marco me contesta, tajante.

—¡Pero no entiendo qué papel juego yo en todo esto! —me llevo las manos al pecho—. Ni yo, ni Miami. ¡No soy empresaria ni tengo conocimientos en programación de aplicaciones! Apenas tengo doscientos seguidores en Instagram, ¡ni como *influencer* les sirvo!

¿Quieren que me venda a clientes de Younger, acaso?

—Tania. —Aiden me toma de la otra mano y ahora sí que me siento acorralada pero como si me hubiesen volcado un tarro de miel caliente, derritiéndose en mi entrepierna—: Queremos que seas el rostro de la marca y des testimonio de cómo es que ser Sugar Baby te salvó la vida.

—¡No lo hizo!

—Con un cuarto de millón de dólares, sabes que luego de este viaje, sí lo hará —me responde el rubio. Y Marco se suma:

—Y lo más probable es que luego de esto, te aparezcan nuevas posibilidades de trabajo. Ser el rostro de una marca es sólo el inicio de una nueva trayectoria laboral, por lo general es un asunto que denota un antes y un después para cualquier persona.

Santo cielo, santo cielo, ¡santo cielo! Mi familia se enterará, mis padres me verán como una vergüenza, ¿qué modelo a seguir seré para mis hermanitos? ¿Desearía yo que en cuanto cumplieran la mayoría de edad salieran con personas mayores sólo por dinero? ¿Cómo me verían ellos a mí si se enterasen que he estado haciendo eso?

Entonces recuerdo la penúltima cláusula del contrato: Si la acompañante no cumpliera con sus obligaciones, pierde completamente la posibilidad de acceder al monto de dinero acordado, será cobrada una multa por los gastos ocasionados y el hecho pasará a asunto legal, sujeto a las normativas de la Mancomunidad de Massachusetts, Ciudad de Boston en los Estados Unidos de América.

Ay carajo, ¡en ese momento no tenía idea que querían que fuese el rostro de una página porno!

—Y si... decido no aceptar —les digo, armándome de valor por encontrar una solución a la miel ardiendo en mi interior y a las preocupaciones abriéndome la sesera—. O si decido aceptar sólo una parte, ¿qué posibilidades hay de seguir adelante con esto en alguno de esos casos?

Acto seguido Aiden y Marco intercambian una de sus misteriosas miradas impregnadas de odio y a la vez, complicidad.

Marco me suelta de la mano y es Aiden quien contesta:

—Me temo que no tienes esa opción.

En el Downtown Miami Skyline será la firma oficial.

Específicamente, mañana a las cinco de la tarde, en una rueda de prensa con inversores y empresarios de todas partes del mundo, donde se hará el anuncio oficial de Younger.

Hoy tendremos que instalarnos en el hotel, realizar algunas notas y dar la cara en todas partes. Para mañana mi rostro estará en las portadas de todos los periódicos y revistas de Estados Unidos; la aplicación es mucho más que una mera plataforma digital, sino una empresa en sí misma que sólo Raven Tecnología de Punta asociada a la fortuna de Marco podrían encauzar.

Y yo tendré que estar al pie de todo esto, presentándome oficialmente como la puta de estos dos.

—¿Bajamos? —me pregunta Aiden en cuanto el avión está en tierra firme. Me tiende su mano para ayudarme a levantarme, sin embargo lo evado y me pongo de pie por mis propios medios.

Marco nos mira y suspira, dejándome pasar por delante y tomar la delantera.

Cuando me acerco a la puerta, me despide una azafata y el mayordomo del avión, entregándome una bolsa lujosa del vuelo.

—¿Qué es? —le pregunto al hombre que nos ha servido en todo el viaje. Prefiero prever que no me esté pasando drogas para traficar o algo parecido.

—Gentileza de la Aerolínea —me contesta—. Que tenga una buena estadía, señorita Thompson.

Miro en el interior de la bolsa y capto que se trata de chocolates rellenos de licor. Carajo. *Sólo porque son deliciosos te lo recibo, eso no quita que no esté sospechando de ti ahora mismo.*

Entonces, me acerco a las escaleras.

Y lo primero que me impacta es ver a lo alto, la cima de un montón de rascacielos metiéndose en las nubes, un edificio prácticamente futurista donde está metido el aeropuerto y más cerca, unos cuantos flashes me sorprenden. Me tapo el rostro de inmediato, buscando no quedar dentro de

una toma donde nadie querrá verme... sin embargo, siento una mano cruzándome por la cintura, incluyéndome repentinamente en las fotos.

Luego aparece otra desde el lado contrario. Aiden y Marco están, uno a cada lado, sonriendo a un montón de fotógrafos que esperan alrededor de las escaleras. ¿Acaso nos están...esperando a...nosotros?

—Sonríe para la cámara, Tania.

La indicación proviene de Marco y sus ojos azules observando radiantes hacia adelante. ¿En verdad les gusta la fama a estos tipos? No solo son millonarios, también se regodean de su poder.

—¿Cómo es que está toda esta gente aquí? —le pregunto, descubriéndome el rostro e intimidada por los fotógrafos y periodistas.

—El primer paso para sacar un negocio hasta el momento clandestino, pero altamente provechoso —se apresura Aiden en responderme—: es dándole estado público.

—Eres la sensación, preciosa. —Marco me guiña un ojo y me dejo captar por la atención que me prestan.

Aiden me señala que debo tomar la delantera en bajar por ser la mujer lo cual me parece una norma estúpida. Lo que sea para la jodida prensa.

Y desciendo.

Un pie. El otro. Bajo.

Y los periodistas me acercan sus micrófonos, grabadoras, quieren fotos, hay una multitud de chicas pegadas a los vidrios del aeropuerto. Puedo ver que nos gritan, hay algunos carteles con corazones, guardaespaldas despejando cámaras, dos hombres fabulosos a mi espalda.

¿Cómo demonios se supone que ocurrió todo esto?

Parece que realmente me he metido en algo importante. Y por primera vez, siendo parte de algo que es más grande que yo misma.

—Bienvenida al Área Metropolitana Sur de Florida —me dice un señor trajeado de unos cincuenta años con una mujer extremadamente elegante a su derecha que debe tener aproximadamente su edad—. Soy Allain Soheve, el gerente directriz del Aeropuerto Internacional de Miami. —Me estrecha la mano en un agradable gesto y me acomodo un poco el cabello por la brisa suave que corre—. Bienvenida a nuestra ciudad, señorita Thompson. Espero que su estadía aquí le sea agradable.

A continuación saludo a su esposa quien me dice palabras más o menos similares, en un peculiar acento irlandés, mientras Marco y Aiden le tienden

la mano al señor Soheve.

Luego me toman por sorpresa un montón de micrófonos y flashes demasiado cerca. Uno de los guardaespaldas empuja a los periodistas tratando de abrir una brecha entre nosotros. Algunos cadetes instalan barandillas para que podamos pasar y ando con custodia por una pasarela teniendo la sensación de que en cualquier momento alguien querrá matarme. La puerta se arremolina de las chicas gritando, cuyas voces se mezclan con las de los periodistas.

—¡Aiden te amo...!

—¿Cómo fue que llegó a representar la marca Younger?

—¡Marco, dame una oportunidad...!

—¿Cuál fue su primera experiencia como Sugar Baby?

—¡Tania, quiero ser como tú...!

—¿Acepta el sexo en el contrato con sus clientes?

De pronto miro directamente al periodista que me dijo aquello último y me detengo.

Aiden y Marco lo hacen también.

Me quedo mirando al periodista al otro lado de la barandilla. Es un chico de unos veinticinco años con campera de cuero y un grabador en la mano.

Puedo percibir la atención a nuestro alrededor cuando decido acercarme al imbécil que me preguntó eso, e inclina su grabadora, asombrado de que lo haya elegido para responderle y lo hago de manera tajante:

—¡No te importa con quién decido coger. Pendejo!

Por algún motivo, esto me hace sentir un poco más... aliviada.

Miro de arriba abajo al chico irrespetuoso y sigo andando, con una sonrisa lobuna en el rostro.

“No te importa con quién decido coger. Pendejo.”

Esas fueron las únicas palabras que dio la nueva cara de Younger, el novedoso producto de Raven Tecnología de Punta para realizar acuerdos comerciales que permiten encontrar pareja.

Pero fue la actitud de Tania Thompson, quien dio que hablar a partir de su única declaración a un periodista de nuestro sitio web. ¿Será que le molesta que le pregunten si tiene sexo con sus clientes? ¿Habría sido eso un sí?

—Ay, cielos —murmuro sujetándome la cabeza, observando la primera parte de una nota que se aparece en mi inicio de Facebook.

Estoy acostada en la cama enorme del Hilton Miami Downtown, pasando las noticias, extremadamente asombrada.

Aún no caigo que tengo una enorme pieza lujosa en un hotel que más que cinco estrellas, se ha ganado todo el firmamento y los astros. Si creía que había conocido el lujo, definitivamente me equivocaba. ¡Y Marco dice que hay lugares aún mejores que este!

Puedo dar hasta cinco vueltas en este colchón y no caerme. Además, tengo una enorme pantalla frente a mí, puedo rentar una porno o entrar a Netflix. También hay un bonito juego de sillones color rojo intenso frente a la cama de cobijas sedosas blancas.

No puedo evitar disfrutar esto sin a la vez sentirme una pizca culpable.

Acto seguido se me ocurre colocar mi nombre en el buscador de noticias de Google.

Y una catarata de novedades se dispara ante mis ojos.

“YOUNGER” EL NUEVO FENÓMENO WEB

CONOCE A TANIA THOMPSON, EL ROSTRO DE “YOUNGER”

“AITAMA” EL TRIO QUE REVOLUCIONARÁ INTERNET

“YOUNGER” Y EL NEGOCIO SECRETO DE LAS CITAS

A PARTIR DE MAÑANA PODRÁ DESCARGARSE “YOUNGER”

Hay más, pero me interesan fundamentalmente la segunda y la tercera. ¿Qué es eso de “AITAMA”? Por todos los cielos, lo único que falta es que la prensa nos catalogue de un trío. Dos millonarios y una pobre chica que vive en los suburbios de los Estados Unidos.

Al primer sitio web que entro, los pocos segundos que demora en cargar se me hacen eternos, dando vueltas las ideas en mi cabeza de lo que ha de decir ahí. Me harán quedar como una zorra, como una puta pagada de estos dos, como una abusona del dinero de ambos hombres millonarios. No sé por qué, pero eso es lo que espero que ahí diga, ¿cómo es posible que estoy esperando a que una página de Internet me diga quién se supone que soy?

Hasta que carga.

Y bajo rápidamente el cursor, leyendo a una velocidad inaudita y saltándome las partes donde explica de qué se trata Younger, quién es Marco, quién es Aiden, cosa que se supone que ya sé.

Hasta llegar al final, donde explica quién soy yo.

Para los que seguramente se estarán preguntando quién es Tania Thompson, se trata de una visionaria que debutó de la mano de Raven Tecnología de Punta siendo la primera usuaria *beta tester* de la aplicación, conociendo de este modo a sus dos creadores. Así es como Thompson da un salto al mundo empresarial, socia fundadora de una aplicación que promete revolucionar el ámbito de las citas y con un hombre multimillonario, joven y apuesto a cada lado.

Si les interesa poder acceder a esta *app* y seguir los pasos de esta grandiosa *influencer* de veintiún años, podrán acceder a partir de mañana. A las cinco de la tarde será la firma e inmediatamente estará disponible en tiendas de servicios de software gratuitos, con un lanzamiento mundial del que se esperan medio millón de descargas en sólo sus primeros días en el mercado.

Los publicistas ya están cerrando contrato con los tres miembros fundadores de Younger y la empresa de tecnología Raven, ya se encuentra al trabajo de sus primeros inversores.

Al parecer, la triada de estos tres jóvenes, dos megaempresarios y una hábil chica para las redes sociales, ha sido el último boom en las noticias y el comienzo de la visibilización de una popular relación poliamorosa.

¡Ay, carajo...!

Ahora no sólo soy una zorra, también empresaria, *influencer*, el rostro de una marca prestigiosa y llevo la bandera de los derechos para las relaciones poliamorosas.

De pronto interrumpe mis pensamientos una campanada. Y otra. Y otra. Es el teléfono de la habitación.

Me acerco a él con un poco de miedo y finalmente llego, levantando el tubo:

—Ho... ¿Hola? —pregunto, con un poco de temor de que sea un periodista, una fan enfermiza de Aiden o de Marco, una amenaza de bomba, una extorsión, mi mamá para retarme y exigirme volver a casa, papá para pedirme dinero prestado... Aunque las ideas se vienen abajo al caer en la cuenta de que el servicio de teléfono de este lugar es un circuito cerrado, nadie de afuera puede acceder a la línea.

—Señorita Thompson —contesta una chica—. Mi nombre es Lucy, pertenezco a la gerencia del hotel.

Santo cielo, ¡van a echarme! ¿Se dieron cuenta de que no tengo dinero? ¿De que todo esto es una farsa? ¿De que nada de lo que está pasando me lo merezco, ni soy una *influencer*, ni tengo habilidades de empresaria?

—Sí, Lucy, hola —le digo con un poco de prisa.

—¿Cómo está? Me comunicaba para darle la bienvenida al hotel ya que no pude hacerlo personalmente. Quisiera que se encuentre cómoda y recuerde que cuenta con servicio a la habitación, spa, sesiones de masoterapia hasta tres veces por día y piscina en la terraza.

—¿Q... qué?—suelto con una risa tonta.

—Si quiere le puedo reiterar los servicios disponibles. Discúlpeme por haber hablado rápido.

—No, no —le suelto, aún absorta por lo que está sucediendo. Me doy un segundo para procesarlo todo y finalmente me animo a preguntarle—. ¿Podría pedir un masoterapista a la habitación?

—Claro, señorita Thompson. ¿Hombre o mujer?

—Ho...hombre —le pido—. Y dirás que soy un poco osada pero el más atractivo que encuentren, ¿sí?

Me siento estúpida por haber dicho eso, aunque el tono relajado de ella me hace sentir cómoda:

—Por supuesto. Se lo enviaremos en quince minutos. ¿Quiere en el balcón o en la habitación?

—Ba... balcón. —Observo por el ventanal el delicioso día que hace afuera.

—Perfecto. ¿Se le ofrece algo más?

No sé dónde mierda me estoy metiendo, pero si el precio es estar metida en este lugar y ser tratada como una superestrella a costa “sufrir” cierta fama, estoy lista para torturarme.

Y recibir un estupendo masaje con una maravillosa vista a la ciudad de Miami. ¿Qué podría salir mal?

Primera nota.

Una chica me espolvorea una mirada en el rostro, mientras otra me retoca el brillo de labios, al tiempo que se pasea un montón de gente moviendo cámaras, dando órdenes y lanzando flashes.

—¡Teléfono para la señorita Thompson! —grita una chica desde el interior del set. Una de las maquilladoras contesta:

—Luego de que termine de maquillarla, por favor.

—Órdenes de Aiden Raven: ella debe contestar esta llamada antes de salir al aire.

Ente espolvoreos, pestañeos y luces apenas discierno lo que sucede a mi alrededor.

—Pero arruinará mi trabajo detenerme ahora —se sigue excusando la maquilladora. Quisiera decirle que no se preocupe ya que no tengo arreglo, sin embargo se me ocurre otra alternativa:

—Ponlo en altavoz —le pido.

Además, no puedo salir con medio rostro sin pintar. ¡Están a punto de entrevistarme para un noticiario de la CNN3!

—Bien —señala la asistente.

—Gracias —susurra la maquilladora.

Y una vez que está en altavoz, digo:

—¿Quién habla?

—¡Hey, perra suertuda!

Santo cielo, ¡es Ángel!

—Mejor. —Me vuelvo a la asistente del set—. Quita el altavoz y tráeme un manos libres, ¿sí?

—Espérate un momento, Ángel —le pido en una exclamación, tratando de silenciarla.

—¡Por supuesto, mi bígama favorita!

¿Es en serio?

La maquilladora se traga una risita y de inmediato siento que me colocan

en los oídos un par de auriculares.

—Ahora sí —le digo—, aunque no puedo hablar demasiado porque estoy a punto de salir...adivina dónde.

—Por la CNN3, querida. Yo te conseguí esa nota.

—¿Qué? ¡¿Tú estabas al tanto de todo?!

—Por supuesto que sí, Diosa del Amor Polígamo.

—No me llames así, aun no me he casado con nadie.

—Pero este mundo ocasionará un movimiento a favor de los derechos y de parejas en pluralidades.

—¿A qué te refieres?

—Ay, linda, lo que tienes de joven, lo tienes de inexperta. Younger es el ícono de las relaciones pagadas, mientras que tú eres la Eros del *Poliamor*. Estás impulsando recientes movimientos a favor de tríos formales y otras relaciones modernas. Si fundaran una iglesia, pintarían tu rostro en la puerta.

—¡Salimos en dos minutos!

Esas últimas palabras provinieron de la chica del set e inmediatamente la maquilladora, quien parece haberse mantenido muy atenta a la situación, deja de chismosear y apresura su trabajo. Sólo espero que me deje bien en cuanto pueda tener mis ojos abiertos durante veinte segundos seguidos.

—Luego te explico lo que sucede más allá de tu burbuja —comenta—, de momento te indico que descargues algunas redes sociales a tu celular y te pongas al día con las publicaciones. Has despertado un público enorme que quiere seguirte minuto a minuto. ¿No te das cuenta lo asombroso que es eso? Ya eres una empresaria y estás en camino a ser una estrella con todas las letras.

—¿Por qué insisten con eso de ser “empresaria” e “influencer”? Me parece un poco ridículo tener que compartir lo que hago a cada momento.

—Bienvenida al mundo de la fama, cielo. Tu nombre se ha convertido en una empresa. Y tienes que saberlo explotar mientras te dure estar en la cima.

—Creo que estar en la cima no es precisamente el mismo concepto que tú tienes, comparado al mío.

—¿Ah, sí? ¿Acaso no es importante para ti el hecho de estar acostándote con los dos hombres más sexys de América?

—¡No!

—¡Un minuto!

—¿Tania Thompson?

La voz se me hace conocida y abro los ojos para notar que tengo a la reportera cerca. Ella se percata de que estoy al teléfono y me señala el panel y el lugar que aguardan para mí.

—Te espero allá —murmura y se marcha con todo su esplendor formal y el cabello liso, cortado en regla hasta la altura de los hombros. Sus pómulos son tan altos y afilados que sólo podría obtenerse algo así luego de unas cuantas cirugías.

Asiento y le dedico una sonrisa mientras un hombre me obliga a ponerme de pie y la maquilladora me suelta. Noto mi rostro en el espejo y me quedo asombrada. Nunca vi mis ojos tan brillantes y mi piel tan lisa. Parezco el rostro de un bebé mezclado con el de una mujer de infarto con exceso de rubor.

—Ángel, debo cortar.

—Dime, querida. Dime qué es importante para ti si no es vender tu cuerpo—me sigue provocando.

—No sé qué ocurre contigo, pero importante para mí es generar por mis propios medios lo que necesito para vivir, para comer, no depender de ningún hombre y empezar a estudiar la carrera de mis sueños.

—¡Bravo, *chérie*! —aúlla al otro lado con una seguidilla de aplausos—. ¡Eso es lo que el mundo quiere de ti! Estás lista para salir al campo de ataque. Ahora ve y muéstrale que eres una chica tierna y triunfadora.

—¡Treinta segundos!

El hombre que antes me obligó a ponerme de pie me coloca un micrófono prendido a la ropa mientras la asistente del set me arrastra hasta la silla en el panel.

—¡Diez!

—Recuerda que llevas el micrófono puesto —me dice ella, una vez que el sujeto ha terminado.

Entonces me encuentro con dos increíbles periodistas a quienes solo he visto en televisión, en revistas y en mi inicio de Facebook.

—Bienvenida, Tania Thompson —me dice el periodista de espectáculos, cuando un cartel se ilumina al frente y chilla en rojo: “AIRE”.

—Muchos de ustedes lo pedían y ya lo adelantamos al iniciar el programa —dice Christine, la reportera que me crucé anteriormente. Ya ha dado una introducción, han pasado los títulos más importantes, y ahora que está a punto de presentarme, los flashes y las cámaras me ocasionan una sensación similar al vértigo, asaltándome algunas preguntas desde la voz de mi conciencia: *¿qué es esto? ¿Qué hago aquí? ¿No debería salir corriendo?*

—Así es, Chris —le responde el periodista con el que comparte panel—. En estos instantes tenemos con nosotros a la empresaria más joven y visionaria de la época. La Revista Forbes la ha catalogado como “Una Sensación Revolucionaria” mientras que The New Yorker ha dicho “Tania Thompson es una chica sin miedo, que se anima a declarar lo que le gusta, la manera en que amasa su propia fortuna y hará movilizar cientos de miles de personas con un solo chistar de dedos”.

¿A qué se refiere con todo eso?

De pronto la voz de Ángel resuena en mi cabeza: “¡Descarga redes sociales, Tania!”

—Ella tiene sólo veintiún años —añade Christine—, empezó en una aplicación de citas de pago, ahora postula a ser *beta tester* de Younger y es el rostro que la empresa ha elegido, siendo dada a conocer por Raven Tecnología de Punta, quienes están apadrinando su impecable carrera. Tania, Bienvenida.

Miro en la pantalla que está al frente y mi rostro aparece en primer plano. Trago saliva y mi cabeza me repite una y otra vez *no quedes como estúpida, no quedes como estúpida*.

—Yo...¡hola! —le suelto, con la voz más aguda que podría haber emitido.

—Es un gusto tenerte —me dice Chris—, quisiera que sepas en primer lugar que para nosotros es un honor tenerte compartiendo panel en nuestro noticiario y por habernos elegido como el primer medio para entrevistarte oficialmente.

¿Yo los...elegí?

Oh, Ángel.

—Claro, de nada —contesto.

—Tania, me gustaría poder conversar contigo de mujer a mujer. —¡Ay, carajo!

—Creo que en esta parte debo mantenerme a un lado —bromea el sujeto.

—Tus opiniones también son importantes —le dice ella y vuelve a mí—. El asunto es que me tiene altamente sorprendida. Ayer me enteré de que existías y desde el primer momento me dije “quiero a esa chica en mi programa”. Ponerme al tanto de tu historia, del lugar donde vives, de dónde vienes y nunca haber negado tus raíces. —¿Debería haberlo hecho?—. ¡Es extraordinario! Además, la velocidad a la que pudiste cambiar tu forma de vivir gracias a haberte animado a decir “okey, soy mujer y si los hombres pueden salir con cuantas chicas se le antojen, yo también puedo hacerlo”, y además, ¡cobrando un montón de dinero! No haberlo escondido, nunca te avergonzaste de nada y ahora serás socia fundadora de una aplicación que podría cambiar tantas cosas en nuestro modo de pensar, nuestro modo de vivir...tienes un coraje que pocas veces he visto.

¡Guau, qué fabulosa soy! Te aseguro, querida Christine, que de haberme conocido hace tres días me hubieses dado vuelta la cara.

Un momento, ¿qué dijo sobre mi familia?

—Yo —murmuro, tratando de responder en el orden que ella me habló. “Tierna y triunfadora, tierna y triunfadora”—, siempre tuve claro que en esta vida nadie te regala nada y que el único refugio que existe es la familia. Mis padres siempre me enseñaron que ser mujer nunca es un límite para lograr lo que te mereces. Afortunadamente vivimos en un momento y en una sociedad donde tenemos otro lugar, puedes influir de distintos ámbitos y seguimos luchando para hacer valer nuestros derechos. Por ello es que nunca me di por vencida e intenté de muchas maneras hasta que...

—¿Siempre fueron las mujeres de la familia quienes tomaron las riendas de la casa? —se mete Christine.

¿Qué? Yo no dije eso. Pero en parte...es cierto. ¡El asunto es que no me apetece dejar en ridículo a mi padre!

—Bueno, en parte —murmuro—, pero amo a mi papá...

—¿A qué se dedica tu padre?

—Él está sin trabajo, pero...

—¿Hace cuánto?

—No lo sé, unos años...

—¿Tu madre es quien trabaja duro?

—Sí, pero él se encarga de...

—¿De holgazanear mientras tu madre se sacrifica más de doce horas por día para que tú y tus pequeños hermanitos tengan algo que comer?

—Sí, digo, sí pero no así, ella trabaja duro, es cierto...

—¿Ves por qué te admiro, Tania? Tienes un gran ejemplo de mujer en casa —dice ella y vuelve a la cámara. Intento meterme pero mientras ella habla directamente al frente, discierno que mi micrófono está apagado—. Así es cómo nuevamente tenemos un ícono que nos representa. Tania, te cuento que estoy tan empatizada con el hecho de que no reniegues de dónde vienes ni todo por lo que has luchado, que tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? —murmuro con indignación. Resulta que ahora sí tengo voz y voto para decirle lo que ella quiere hacerme hablar.

—Sí, linda. Tus padres están escuchando esta nota y están en el aire ahora mismo.

Debo admitir que siempre creí que la gente del mundo de la moda y en general, de la fama, es gente malvada.

Sin embargo, ahora caigo en la cuenta de que me había quedado corta.

Son unas arpías malnacidas. Que se meten en tu vida como si pudieren registrar cada hecho en tu historia.

Ellos querían una historia trágica y dramática, es justamente lo que ahora les estoy dando.

Sin consentir a ello.

—¿Ma...má? —murmuro, cuando noto en la pantalla que de pronto se divide en dos. Nosotros quedamos a un lado del segmento mientras que al otro, noto a mis padres que están sentados en el viejo sillón de la sala con auriculares puestos. Papá los tiene en la mano y observa a un costado con los ojos brillantes en lágrimas—. Papá...

—Señor y señora Thompson —los saluda Christine—. Es un honor para mí poder haber logrado el contacto con ustedes. Me interesa transmitirles que han criado a una hija maravillosa con un enorme ejemplo a seguir: el de su madre.

—No es necesario que sea tan gentil, señorita Chritine —le dice mamá, con una falsa sonrisa en los labios.

En verdad, zorra: no es necesario que seas tan gentil.

—Quisiera saber cómo les impactó la noticia al saber que su hija estaba ejerciendo como Sugar Baby —les pregunta y el corazón en mi pecho se ensancha, se infla, es como si de pronto se hubiese cargado de sangre hasta casi reventar en mi interior.

Lo siento, lo siento, ¡lo siento! No quería que se enterasen de esta manera.

—Créame señorita que aún es algo que me cuesta entender —dice ella—. ¡Es como si me hubiese enterado hace quince minutos!

Desde el sarcasmo ella sigue la corriente. Pero estoy segura de que esto me traerá problemas graves luego.

—Vaya. Veo que aún el asunto la tiene conmovida —le contesta Christine.

—Sobre todo cuando crees que tienes una hija brillante que luego aparece con este tipo de sorpresas. Y hablando de esa manera sobre su propia familia... —murmura ella al borde del llanto.

—Han hecho un gran trabajo —interviene el compañero de Christine. Oh, ¿estabas ahí?—. Tienen una hija rica, empresaria y audaz con sólo veintiún años. ¿Cómo pudo haber logrado tanto en tan poco tiempo?

—Es la misma duda que nosotros tenemos —interviene mamá.

Pero es papá quien ahora toma la delantera:

—Yo crié a esa niña, le preparé la comida todos los días que fue a la escuela, le trencé el cabello y le enseñé a andar en bicicleta. De pronto uno la ve en las noticias con tanto...maquillaje y aires de grandiosidad...

—Señor, está queriendo decir —se mete Christine—, que por ser mujer, su hija no puede ser una persona enorme y grandiosa.

¡Basta, Christine!

—Sólo digo que he realizado muchos sacrificios...

—Disculpe, señor Thompson, pero quisiera saber a qué se dedica —le sigue la arpía. Quisiera saltarle en los ojos y obligarla a callar, sin embargo encuentro un rostro amigable al otro lado de las cámaras. Es Marco. Me indica con un gesto de sus manos que mantenga la tranquilidad. Es el único aquí al tanto de que no soy una persona tan terrible ni tan “ejemplar”, el único que alcanza a percibir que me falta el aire y estoy empezando a desesperarme.

—Sabe una cosa —contesta papá, con ira—, usted me está haciendo sentir como un inútil.

—Señor Thompson, dígame a qué se dedica. ¿Acaso le sigue trenzando el pelo a su hija y enseñándole a andar en bicicleta? ¿Estuvo más de veinte años haciendo eso? ¿Qué se supone que hace para sobrevivir más que regodearse de lo poco o mucho que gana su esposa?

—Definitivamente esto...

Papá se aleja del micrófono y se arranca el auricular. Puedo escuchar que grita “¡váyanse de mi casa!”.

—Cariño, por favor —interviene mamá.

—Señora Thompson —salta Christine—, ¿siempre fue así de violento su marido?

¡¿Qué?! ¡Papá nunca fue una persona violenta!

Quiero ponerme de pie y gritarlo, pero Marco me sigue reteniendo al otro lado. Si no fuera que es mi jefe, ya le habría desobedecido hace rato.

—¡Cariño, por favor! —dice mamá, poniéndose de pie y se corta la conexión al móvil que está en mi casa.

Nuestro segmento de la pantalla cubre todo el recuadro y cuando Christine se vuelve a mí, estoy con las manos en el rostro llorando a moco tendido. Ella me llena de agua la copa y me dice en su despreciable tono de falsa calidez:

—Y así, señores, es contra lo que debemos pelear día tras día. Personas como el señor Thompson me toca enfrentar en la cotidianeidad, pero por suerte surgen otras como Tania, quien está aquí para reivindicar muchos parámetros que tristemente se han instalado en cuanto “normales”. Vamos a comerciales. Tania —se vuelve a mí—, gracias por haber venido.

¿Gracias? ¿Debo decir algo al respecto? Sólo estoy ahogada con mi propia angustia, sin poder contestar.

—Créeme que pasará pronto.

—Olvídate de tu padre.

—¡Despejen el set!

—Gracias por venir, Talia.

—Soy Tania...

—¡Salimos al aire en tres minutos!

—Caray, ven conmigo.

Todo sucede a mí alrededor de manera vertiginosa y me siento perpleja, sin poder decir una sola palabra capaz de tener coherencia.

La gente del set prácticamente me arrastra fuera, donde Marco me recibe y, cruzando una mano por mi cintura, me conduce hasta un lugar seguro apartado de cámaras y de cualquier perra llamada Christine o reporteros de su estilo.

Mamá, papá... Lo saben. Saben el cuento que se ha vendido a todo el mundo. Y es que no me animé a hablarlo directamente antes con ellos, se han tenido que enterar porque un grupo de periodistas amarillistas los tomaron de improviso. Si tan solo les hubiese advertido lo que en verdad estaba sucediendo...

—Marco —murmuro su nombre con la poca voz que me queda.

—Ten —me dice él, sirviéndome un vaso con agua de un vertedor lateral. A su vez, me conduce a una silla al lado—. Tranquilízate. Ya pasó.

—¿Por qué...hicieron eso?

—Lo hiciste bien, preciosa. Estuviste estupenda.

—¿Qué? ¡Dejé a mi padre como un idiota! ¡Y a mamá también! ¿Cómo crees que van a mirarme de ahora en más?

—Tania, nadie ha dicho ninguna mentira.

Sus palabras son como un destornillador que intenta mover engranajes en mi cabeza, provocando un movimiento gradual, aunque también, dejándome al borde del colapso.

—Yo sí —le confieso y me vuelvo a sus ojos azules. Él está de cuclillas

frente a mí en posición de redención.

—¿A qué te refieres?

—Yo... vivo con mis padres.

—Nena, si necesitas un lugar donde vivir, puedes contar conmigo siempre. Además, con el dinero que vas a ganar luego de esto, no volverás a necesitar de su amparo, podrías ayudarle a tu madre...

—No, Marco —lo intento detener y explicarme mejor—. El punto no es de qué voy a vivir ahora sino que no los quiero perder a ellos. Los he decepcionado y me he expuesto públicamente sin medir las consecuencias. No sé si voy a poder seguir con esto...

—¿Qué? Tania, ¿acaso tu padre te protegió durante esa entrevista?

—¿Por qué iba a hacerlo si era a él a quien estaban atacando? Después de todo, esta gente quiere este tipo de dramas y estupideces al aire, viven de arruinarles la vida a los demás.

—Tania, escúchame.—Marco intenta hacerme entrar en razón—: tu padre, ¿intentó hablar contigo?

—¡No! ¡Estuvo ensañado con Christine todo el tiempo!

—Christine lo hacía para defenderte a ti.

—¡Ellos iniciaron la pelea! ¡Yo no quería a nadie que me defendiera!

—Preciosa, relájate. —Pone sus manos sobre mis hombros y me acuna el rostro contra su pecho mientras me dejo llorar.

Pero no puedo hacerlo.

No aquí, en este sitio, lleno de cámaras y gente que, mientras estás al otro lado del set, no le interesas en absoluto.

—¿Dónde...? —Me aparto de Marco para mirarle a los ojos por encima del ardor en mis facciones—. ¿Dónde está Aiden?

—Cerrando negociaciones para Younger. Adivina quién es la persona que más ha crecido en Instagram en las últimas horas.

Emito una temblorosa sonrisa.

—Con seguridad que yo no —admito—, ni siquiera tengo instalada la aplicación en el celular. Apenas hoy me lo advirtió Ángel.

—Pues, hazlo pronto porque lo eres —me sonrío de modo genuino—, lo cual te ha hecho entrar en el radar de grandes marcas y empresas. ¿Por qué no me habías dicho que te gustaba pintar en tu tiempo libre?

Algo en mi interior arde y me empiezo a devanar los sesos. ¿Cómo se supone que lo sabe? ¿Es que ha entrado a mi habitación y ha encontrado mis

viejas pinturas? De hecho, eso es algo que no he podido sostener con regularidad ya que los materiales para pintar son caros.

Marco saca un enorme Smartphone y me enseña dos viejas fotos que subí a mi cuenta de Instagram el dos de marzo y el siete de abril pasados. Creo que de las últimas ocasiones en que le di actividad a mi usuario.

Una de las pinturas es una silueta desnuda en medio de un fondo oscuro. La persona que tenía en mente, no alcanza a distinguirse si es hombre o mujer. Se trata de un ser andrógino devorándose una rosa color rojo intenso, que sobresale de toda la silueta.

—Esto es precioso —me dice él—, quiero comprarte ese cuadro.

—Definitivamente estás loco —decreto.

—Lo quiero. Es en serio. Tienes muchísimo talento para que sea sólo “un pasatiempo”.

—De hecho, siempre quise que fuese más que un simple pasatiempo...

Entonces veo algo que me impacta.

Si dejé de usar Instagram era por la poca influencia de gente que había en mis *feeds*, pocos me gusta, pocos seguidores...

En cambio ahora, veo desde el celular de Marco que esa foto que hace unos meses apenas acumulaba unos seis corazones, ahora tiene más de cincuenta mil. ¡Cincuenta mil!

Si cada uno de ellos pusiera un dólar para pagar la pintura, y eso ocurriera con todas mis pinturas...

—Puedo costear tus clases —señala él—, tu carrera universitaria. ¿No decía tu perfil de Sugar Baby que querías ser artista plástica?

—Es probable —murmuro.

—Pues, déjame ser tu mejor comprador, porque no dejaré que tus preciosos cuadros caigan en manos de cualquier persona.

—Aguarda un momento —le digo.

Y arranco su propio celular de sus manos.

—¿Qué sucede?—me pregunta.

Y entro nuevamente a mi cuenta.

Donde me encuentro con que tengo más de medio millón de seguidores.

¡Medio millón en solo unas horas...!

—¡Ay, mierda! —digo, casi espantada. ¡Es un número muy alto... para tratarse de mí!

—¿Qué sucede? —me pregunta él, riéndose.

—¿De dónde salieron todos esos usuarios?!

Él observa lo que yo busqué, se guarda el celular y me dedica una sonrisa.

—Es lo que merece la recién proclamada por Vogue, “Tania Thompson: La Diosa del Amor”.

Quisiera ser eterna y vivir para siempre.

Quisiera poder venir a cenar sushi a lugares como en el que estamos ahora mismo sin tener que preocuparme por la cuenta.

Saber que tengo a dos hombres hermosos que me cuidan, me miman y se aseguran de que pueda llevar un buen pasar.

Claro, si tan solo no fuese su juguete sexual y su ícono personal para las cámaras. La situación tiene un reverso del que todos evitamos hablar, ese interés de marketing que les está dando un buen porcentaje de mis regalías.

Resulta que para final de viaje, dando algunas notas, fotos y siendo el rostro de algunas marcas, podré casi duplicar la cifra que Aiden y Marco me ofrecieron para venir hasta acá.

¡Y el trato exquisito que he tenido! Las grandes empresas de la moda y los grupos de medios han tomado mi nombre.

Hace una hora hice algo que todo el mundo esperaba: subí una foto. Es sólo mi mano con la de Aiden y la de Marco, llevando el epígrafe debajo de “lo que más importa es el amor”, lo cual hizo reventar mi perfil de comentarios tales como “tienes razón, ¡eres mi modelo a seguir!” “¡enséñame a ser como tú!” “son tan hermosos <3”.

Sé que soy una perra mentirosa, pero me siento bien. Definitivamente no me lo esperaba.

Aun así, ¿qué otra cosa me esperaba de todo lo que ha venido sucediendo? No debería sorprenderme.

—¿Luego de esto, se termina el día? —les pregunto, mientras baño un poco de salmón en salsa de soya.

Marco murmura:

—Yo creo. Has tenido un día duro, belleza. Si te quedan energías para algo más, podrías dejarlas para mañana...

—De hecho —interviene Aiden—, yo he podido estar poco a tu lado, Tania, por ello es que tenía preparada una sorpresa para los dos. Una noche caliente.

Sus palabras hacen que salten chispas de furia en la mesa, sin embargo, intervengo antes de que la cosa explote. Ha excluido explícitamente a Marco, lo cual contradice todos los contratos.

—Aiden —le digo—, esto no va a funcionar si no entiendes que en esta relación somos tres.

Él pone los ojos en blanco y finalmente se retracta de una manera inesperada:

—Caray, Tania, bien. ¡Santo cielo...! —Se aclara la garganta, marcándose los músculos de su mandíbula—. Tania, Marco: les pido que luego vamos al hotel, juntos. Quiero cogermé a los dos.

¡Madre santa! ¡Que casi me caigo de la silla!

Y me pilla tan de sorpresa que algo dentro de mí se enciende y me humedece de modo absolutamente inesperado.

Miro a Marco y parece que está a punto de saltar de la silla y sacudirle la cara a Aiden de un puñetazo, no obstante me veo obligada a intervenir: Coloco una mano sobre la de Marco, encima de la mesa y hago lo propio con Aiden. Les dedico una cálida sonrisa a cada uno y acoto:

—Me alegra tenerlos a ambos.

Puedo parecer un poco egoísta, un poco ambiciosa o lo que se le quiera decir, pero el punto es que esto no creo que sea para siempre. Y les estoy comenzando a tomar cariño, más ahora que están a mi lado cuando mi propia familia me ha dado la espalda por una decisión que no pueden comprender.

Los quiero.

Los quiero para mí.

A los dos.

Aun cuando no sepa del todo bien hasta cuándo les seguiré dando la espalda a los verdaderos problemas que mi situación acarrea...

Santo cielo.

—Cálmate. Cálmate de una vez —le digo a mi reflejo borroso en el espejo del baño del hotel. Mi respiración va a mil y de cierta manera me pone feliz saber que cada uno tiene su propia habitación. Algo de privacidad no viene mal.

Sobre todo cuando tengo cita en el *jacuzzi*, estoy llegando tarde y mis dos pretendientes librarán una lucha descarriada con tal de ganarse mi confianza... sexual.

—Todo va a salir bien —le digo a la Tania que yace recién salida de la ducha y empieza a aparecer en el cristal desempañándose.

Estoy envuelta en una bata y me siento exaltada. La última vez que tuve

una experiencia de este estilo no pude controlarme, el sentimiento de remordimiento se fundió en un caldero con mi excitación y estuve a punto de ceder a tener relaciones sexuales con dos hombres (¿a la vez?) en pleno evento público, en el baño de una casa rica llena de gente poderosa y adinerada.

Ahora no sé a qué nos puede conducir. Sólo concluyo que ser Sugar Baby definitivamente es un negocio rentable.

Estamos en un hotel, tenemos privacidad, respeto a nuestra intimidad y seguridad en todas partes.

Pero aun así yace en un rincón de mi cabeza una vocecita diciéndome que soy una golosa y estoy haciendo las cosas mal.

Finalmente suspiro y le doy ánimos a mi reflejo. Vuelvo a la puerta, giro la manija y abro... casi saltando del susto culpa del imbécil de Marco que está desnudo contra el umbral, a la espera de que me aparezca.

—¿Qué carajos te pasa?—le suelto—. ¿Cómo entraste aquí?

Oh, por favor, ¡es Marco! Puede hacer lo que se le antoja, maldito millonario sexy.

Él cambia el peso de una pierna a la otra. Tiene el torso al aire salvo por una toalla blanca sobre un hombro.

Permanece en bóxers lo cual me da la pauta de que no completamente puede vérselo todo.

Alguien ya está listo para el *jacuzzi*.

—No tienes que hacerlo, en verdad —me advierte.

—Ya basta —murmuro, un poco cansada de sus temores. Suficiente tengo con los míos—. Tenemos que hacerlo y punto.

—No, no tenemos. ¿En verdad es lo que quieres?—Avanza y me acorrala contra una de las paredes de la habitación. Está tan cerca que puedo percibir su delicioso aliento mentolado—. ¿En verdad estás dispuesta a meterte con ese idiota? Vamos, Tania. Quieres estar conmigo, admítelo.

Admito que si un adonis como él se me tira encima desnudo y me habla tan cerquita del oído, me eriza la piel y me vuelve frágil como gelatina. Sin embargo, estoy aprendiendo a sobrellevar las tentaciones.

—Ya he dicho lo que quiero. —Coloco mi dedo índice derecho en la línea que separa sus pectorales macizos y lo obligo a retroceder—. Y te recuerdo que fuiste uno de los que empezó todo esto.

—Armar la sociedad fue una puta idea de Aiden.

—Idea a la que tú consentiste.

—¡Sólo quería estar cerca de ti! Y ahora que lo estoy, te propongo que nos larguemos. No es necesario que debas...

—¡Tú no puedes decirme lo que quiero hacer! —le suelto con una risa irónica, busco una toalla y le coloco una mano en su cintura—. Vamos, Marco. Sólo es Aiden. Nos va a coger bien.

—Oh, mierda, olvida que sucederá eso.

Esta vez le dedico una sonrisa genuina y le aprieto un glúteo por encima de la tela de ese delicioso bóxer.

Mientras lo arrastro hasta el otro lado de la puerta de mi habitación.

Es como darle un consejo a un amigo gay al que llevas tiempo queriéndotelo montar, y finalmente se dará la oportunidad.

¿Quién dejaría pasar algo así? Yo no, ¡por supuesto!

Así es como permito que esta noche, la fiera hambrienta de mi interior tome las riendas de mi cordura.

¡Que comience el descontrol!

—¿Alguna vez estuviste con dos chicos?

Aiden dispara su pregunta mientras me deslizo en el interior del *jacuzzi*. Me toma tan por sorpresa que lo único que escapa de mi boca es un débil “n... no”.

Marco ingresa a mi izquierda, ambos enfrentándonos al rubio.

Nunca antes había estado en un *jacuzzi*, por lo que debo admitir que el agua cálida y burbujeante se me presenta al comienzo un tanto incómoda. Ni hablar ante el hecho de que estoy en ropa interior, compartiendo el espacio con otros dos hombres que lo único que llevan puesto son unos bóxers. Y dudo que se deba a que no tengan trajes de baño. Cuando llegué, Aiden ya estaba dentro del agua, sin embargo una de mis miradas pícaras se ha encargado de corroborar que *eso* no anda suelto.

El espacio del hotel donde estamos es un patio interno que refleja el agua azulada en la mortecina oscuridad nocturna.

—¿Imaginaste alguna vez que estarías con dos hombres a la vez? —insiste.

Me lo pienso un poco mientras sopeso las burbujas reventando en la superficie, con las yemas de los dedos.

—¿Te refieres a fantasear con dos? —le pregunto—. ¿O a pensar que efectivamente en algún momento podría llegar a verme en una situación como ésta?

—Ambas.

—Mmm. Sí y no. ¿Y tú?

Definitivamente la última parte no se la esperaba. Lo corroboro en su sonrisa y en su ceja levantada.

—Entre nosotros dos, soy yo quien hace las preguntas —sentencia.

—Bien —me vuelvo a Marco—, ¿alguna vez pensaste en estar o estuviste en efecto con algún chico?

Ya sé la respuesta.

Y lo corroboro al notar que los músculos de sus hombros y su cuello se

tensan de manera repentina.

—Por supuesto que no —y confronta directamente a Aiden—: Sería bueno que tú nos puedas responder a esa inquietud. Después de todo, ha sido tu pregunta.

El rubio conserva el gesto enigmático y demora un instante en responder. Momento que me distraigo observando la división entre sus pectorales salpicados de agua y las burbujas estallando por debajo de la altura de sus pezones rosados. Finalmente declara:

—La respuesta a eso no sería muy definitiva. He participado de orgías, algunas donde he sido el único hombre, pero también de otras... ya saben... bisexuales. Aun así, considerando esos espacios, jamás tuve contacto directo con hombres, a excepción de una vez, en la universidad. Durante un estúpido juego me la chupó uno.

—Entonces la respuesta a eso es que sí —lo provoca Marco. Como si el hecho de haber estado con otro hombre lo hiciese menos varonil, lo cual no lo creo en absoluto.

—Es probable.

—¿Y te gustó? —lo pincho aún más.

—Esa pregunta me parece innecesaria. Todo lo que tiene que ver con el sexo me parece digno de ser explorado. Siempre que todas las partes intervinientes puedan dar su consentimiento a ello.

—Claro —suma Marco—, si me dices ahora que te cogiste a un perro, te corto las pelotas.

—No, pero me gustaría tenerte a ti a cuatro patas y meneando la cola, olfateándome y lamiéndome los pies.

¡Ay, carajo!

La situación provoca que algo en mi entrepierna se encienda al modo de una leve descarga eléctrica.

—No entiendo cómo puedes hacer para bromear con esas idioteces —se defiende Marco.

—Hablo muy en serio —añade Aiden y extiende su pie para rozar el de Marco. Éste lo quita de inmediato apenas se rozan bajo el agua—. Tranquilo, hombre. Es agradable. —Y vuelve su pie al mío derecho, acariciándome el empeine y haciéndome vibrar por dentro—. ¿No es así, Tania?

—Yo —me aclaro la garganta—, creo que sí. Creo que se siente de manera agradable.

Se siente como si me encendieran un cartucho de dinamita y me pusieran al borde de estallar.

—A todos nos gusta que nos acaricien —Aiden se acerca un poco más a mí, pegando más sus piernas hasta que se incorpora a mi derecha, dejándome al medio entre ambos y cruza un brazo por detrás de mis hombros. Percibo repentinamente su tacto acariciándome tras la oreja, lo cual me arranca un jadeo—. Me sorprende lo rápido que has aprendido de esto. De permitirte este disfrute, de sentir todo tal como es y cómo debería ser: placentero.

Acto seguido su boca encuentra la mía. Me besa de manera imprevista, con la boca abierta. Me sacio de su aliento fresco, de su lengua deliciosa, su mentón raspo con una barba muy incipiente, de no más de dos días.

Aiden pega su axila y su pectoral lateral contra mi costado y debo hacer un esfuerzo sobrehumano por evitar subirmele encima. Hasta que su boca se separa, dejándome ávida de más.

Acto seguido Marco se vuelve desde mi izquierda, obligándome a impactar mi boca con la suya, con un leve sabor a cigarrillos mentolados mezclado con lo salado del agua del *jacuzzi* y la piel de sus labios.

Notando de pronto que me falta el aire y debo despegarme de él para poder respirar. Carajo.

Estamos muy juntos.

Quizá demasiado apretados.

Inhalo y exhalo profundamente, sintiendo que algo en mi interior me empuja a querer quedarme sin aliento ahora mismo.

No obstante, la fiera de mi Eros interna se arma de pasión y me conduce a tomar a Marco de su mentón.

Y atraerlo al de Aiden.

Al comienzo el primero se pone tenso, pero luego le doy un beso en la mejilla, recordándole que me gusta de esa manera y hacerlo no le quitará mérito a su maravillosa hombría.

Así es que cede.

Y lo junto a los labios de Aiden.

Marco recibe a Aiden con inseguridad y reticencia. Es evidente que le gusta dejarse llevar por el movimiento de los labios del rubio, aunque al principio le cuesta, decide finalmente abrir la boca y ambas lenguas se encuentran.

Tenerlos tan cerca me deja absorta.

Agolpo mi espalda contra la pared del *jacuzzi* y presiono las piernas ya que siento que me voy a deshacer por completo ahora mismo. De un impulso, llevo mi mano izquierda a mi entrepierna mientras veo la lengua de Aiden explorar la boca de Marco, quien lentamente va dejándose llevar por el monstruo.

Nunca me imaginé que ver a dos hombres así, delante de mí, me pondría tan caliente.

Hasta que introduzco un dedo y dejo escapar un gimoteo.

La situación hace que ambos se detengan y me miren de reojo. Marco hace descender sus ojos preciosos y los centra en el nacimiento de mis senos. Noto que se muerde el labio inferior, devorándome y empujándome a un placentero abismo de sexo.

De pronto el rubio se acerca a mí, atrapándome el labio inferior. Me capta con su boca, imantándome a él con irrefrenable concupiscencia. Y pronto se suma Marco al beso.

Si alguna vez te preguntaste cómo carajos se hace para besar a dos personas a la vez, es algo casi tan automático como cuando das tu primer beso.

Una experiencia que nunca antes viviste, que no tiene manual de instrucciones, sin embargo, una vez que empiezas, todo lo demás fluye por sí solo.

El deseo me capta con fuerza y me resulta difícil elegir a cuál de los dos, deseo con mayor intensidad.

Es como fundirme en ambos.

Y se pone aún mejor cuando los brazos de estos hombres se cruzan

alrededor de mi cintura.

Marco es el primero en separarse.

Para ir directo a mi cuello.

El roce, el impacto, es como si dos rocas colisionaran y produjeran chispas.

En medio del beso con Aiden, hay otra boca haciéndome ver luces en una de las zonas más sensibles de mi cuerpo.

Levanto ambas manos y las coloco alrededor de mis caderas sobre el *jacuzzi*. Si tuviese una soga ahora mismo, la mordería tan fuerte que al menos podría contener un orgasmo amenazante con aparecer en cualquier momento.

Los besos de Marco descienden hasta mis pechos, pero se detiene en su nacimiento, al borde de las burbujas del *jacuzzi*.

Acto seguido, Aiden se aparta y Marco toma la delantera al incorporarse delante de mí. El rubio millonario se ubica al otro extremo del *jacuzzi*, observando lascivo.

Marco me envuelve con sus inmensos brazos desde la cintura y me hace rodear su cintura con mis piernas. A continuación, lleva mis manos alrededor de sus hombros y me levanta, provocándome que me cierre alrededor de él como si fuese un abrojo o un imán.

El diablo me incorpora sobre el borde del *jacuzzi* y su boca se hunde en la curva de mi hombro mientras mis uñas se clavan en su espalda. Él, tan macizo, tan fuerte, empuja con todo su cuerpo contra el mío y debo aferrarme al de él, no obstante sé que no me dejaría caer. Y de hacerlo, creo que no me importaría ya que estoy extasiada en él.

Hasta que mis ojos se encuentran con los de Aiden. Tiene los brazos extendidos en los bordes a su alrededor, mientras contempla divertido y excitado la situación.

Así es que encuentro el miembro de Marco presionando contra mi entrepierna. Mi sexo húmedo y enloquecido ruega por más, clama por recibir a este hombre lleno de determinación.

Mis manos suben y se cierran en su cabello oscuro. Tiro de él, agolpándome más a su cintura.

Y lo veo venir.

Él se acomoda contra mi sexo, implorante por recibirlo. Siento su glándula acariciando mi interior hasta que se desliza como una roca en mi vagina, haciéndome ver estrellas de camino.

Ingresa primero un poco, dejándome desencajada del impacto. Asombrada por la sensación, cierro mis labios en su hombro izquierdo. Y miro a Aiden mientras se escapa de mi garganta un gemido gutural y enfermizo...

De repente lo siento más adentro.

Y más.

Ay, mierda.

Es enorme y grueso.

El dolor resulta inevitable, pero adictivo. Lo quiero completo dentro de mí; creo que si Aiden no me hubiese entrenado previamente en el hotel, no podría hacer esto. Ahora lo deseo con cada partícula de mi ser.

Y lo que más asombrada me tiene es que me está penetrando sin condón. Ahora toma sentido por qué Ángel era tan estricta con los anticonceptivos.

Marco se mueve entrando y saliendo lentamente para tratar de que encaje con mayor comodidad, o bien, con toda la comodidad que podría implicar estar cerrada alrededor de un hombre que es una bola de músculos, mientras su pene duro como roca ingresa caliente y suave, bajo el agua burbujeante de un lujoso *jacuzzi*.

—Nena, esto es fascinante —jadea él contra el lóbulo de mi oreja y me siento desfallecer contra su piel.

Y por fin, en sus movimientos, siento su pubis golpear contra el mío, su abdomen contra mi abdomen, sus pectorales contra mis pechos. Un grito escapa de mi boca y cierro los ojos. Marco me penetra con mayor ferocidad, entrando una y otra vez, empujándome a una lasciva locura por querer más de él.

La sensación se torna fascinante y el dolor pronto va cediendo hasta que una conocida sensación de estar ardiendo en satisfacción se va expandiendo en mi interior.

Quisiera que Marco acabe dentro de mí.

Pensé que nunca diría tal cosa, pero es lo que deseo ahora. Quiero que llene mi interior, que me haga suya en todos los sentidos.

Y que Aiden vea esto.

E inmediatamente, parece que el rubio voyeur lo nota. Ya que se acerca lentamente donde estamos, levantándose e incorporándose tras la espalda de Marco. Sus manos nos rodean a ambos y hace que una se acomode alrededor de mi cintura. El impacto me deja perdida en sus ojos claros y chispeantes.

Aunque lo más avasallador es notar que su otra mano está incorporada alrededor de Marco, en el extremo opuesto.

Santo cielo, estos hombres son el infierno vivo.

Y me desquicia aún más, cuando Aiden se agolpa contra la espalda de Marco, apoyando todo su cuerpo contra el de este último al tiempo que me penetra con fuerza. Debo apartar un poco las piernas para que él se ubique acortando todas las distancias entre los tres.

Acto seguido, su rostro se acerca al mío, por encima del hombro de Marco.

Y me muerde el labio inferior.

—Oh... —murmuro en un gimoteo.

No porque me duela sino porque no creo saber cuánto más sería capaz de soportar. La sensación es encantadora y demencial. Los deseo a ambos, con locura, de todas las maneras factibles.

Aiden nos presiona aún más, hasta que noto que se está masturbando con la fricción contra las nalgas de Marco.

Mi labio en la boca del rubio se vuelve gelatina al sentir que lo chupa y succiona.

Así es que no lo puedo soportar más.

Y me desplomo de placer en un estallido interno que me funde entre estos dos hombres lleno de fuego, de ansia.

Mientras tanto, Aiden desciende su mano y se masturba así contra las nalgas de Marco, en el mismo instante que este último me llena por completo dejándose ir en el interior de mi vagina...

¡Carajo!

Si ahora mismo fuese una estrella, creo que estallaría.

Pero por suerte no lo soy.

Por suerte, esto recién comienza.

Y si no he estallado aún, es porque todavía me queda mucho más por explorar.

Sumerjo mi cuerpo desnudo hasta el mentón bajo el agua burbujeante del *jacuzzi*.

Marco ha salido del agua y está en nalgas, de pie, tras de mí, por irse o en vías a hacer algo que no entiendo muy bien.

Yo sigo pegada contra la pared del *jacuzzi*, intentando recuperarme luego del polvo estelar en el que he quedado levitando.

Es como si estuviese suspendida en la atmósfera, parte inerte del universo, como si la carne se desprendiera de mi piel... nunca fui de creer en el alma, pero en este momento siento que ella o mi espíritu están siendo elevados a una dimensión infinita.

Una vez que logro discernir con algo más de nitidez lo que sucede a mi alrededor, noto que Aiden yace al otro extremo del *jacuzzi* con los brazos alrededor de las paredes mientras fuma un grueso habano.

Él y su constante toque voyeur.

Una copa se aparece frente a mi rostro. Tiene un líquido burbujeante y cristalino. Huele delicioso, aunque un poco ácido a mi nariz, con cierto toque que aparenta ser frutal.

—¿Alcohol? —murmuro y observo que es Marco quien me lo está sirviendo. Es probable que lo hayan pedido mientras yo estaba en estado grogui, que en cierto momento lo hayan filtrado al interior de este espacio.

—*Champagne* —señala Marco.

—De la mejor —añade Aiden y recibe la copa que Marco le extiende mientras rodea el *jacuzzi* desde afuera. Distingo que se ha puesto unos lindos bóxers negros que le marcan muy bien la paquetería.

—Por cierto —dice Marco antes de terminar de entregarle la copa—, no vuelvas a hacer eso.

—¿El qué? —Aiden levanta una ceja.

—Ya sabes —añade y por algún motivo, hay un demonio con cola y tridente que ansía escucharlo de su boca.

—Dime. La verdad no sé a qué te refieres.

—Masturbaste con mis nalgas. No me pareció gracioso.

Aiden suelta una risita macabra y la acompaña de un pequeño gritito al dar un trago al *champagne* como si se tratase de jugo. No tengo recuerdo de haber bebido algo tan caro en mi vida ni tan fuerte.

Ellos me miran a la vez.

—Lo siento —me disculpo luego una tosecita.

Marco le entrega finalmente la copa y va por otra.

Regresa a mi lado en el *jacuzzi*, sentándose en la orilla, aunque se limita a no meterse. Parece haber quedado horrorizado por aquello que le ha resultado placentero.

Exactamente lo mismo que me sucede a mí, así que en parte entiendo de qué se ha de tratar su conmoción interior.

—Fue por accidente. —Aiden sigue la conversación y la sonrisa pintada en su lindo rostro evidencia que se trató de mucho más que eso.

—No seas idiota.

—Te digo que fue un accidente. ¿Me perdonas?

—Olvídalo.

—Si le doy una chupadita a tus lindas nalguitas, ¿me perdonas?

¡Qué!

¡Carajo!

¡Dios santo!

Es como si una ola de llamas me subiera desde mil pies bajo tierra y me sumergiese, colocándome al borde de la locura.

Parece que Marco también es invadido por esa sensación tan extraña y a la vez exquisita, puesto que lo noto enrojecer como un tomate. Su reacción termina arrojándole el contenido de su copa de *champagne* al demonio rubio.

Lo cual me ocasiona ganas de querer acercarme a él y lamerle.

Pero no lo hago.

Sólo sigo tiesa, riendo a lo loco.

—No lo encuentro gracioso —me recrimina Marco—, siento que...no me están tomando en serio.

—Es difícil tomarte en serio —admite Aiden—, cuando tienes unas nalgas tan grandes, redondas y rosadas. ¿Me dejas darte un lametazo?

Se acerca para intimidarlo y Marco se pone de pie de inmediato, alejándose de él como si fuese el pecado materializado.

De hecho, lo es.

Y me fascina.

El movimiento de Aiden en el *jacuzzi* provoca que se acomode a mi lado. Se acerca a mi boca y deposita un casto beso sobre mis labios.

—¿Verdad que también te gustaría darle una probadita? —me pregunta.

¡Ay, carajo!

¿Una probadita?

¿Al culo lindo de Marco?

Pues, no lo sé.

Jamás me lo imaginé.

¡Carajo y más carajo!

—No es necesario que respondas a eso —dice Marco y observo de reojo que se está volviendo a llenar la copa de *champagne*.

—Cuando quieras decirlo ya lo tendrás en tu boca. —Aiden me da un mordisco en el lóbulo de la oreja y amplía a continuación el espacio entre nosotros—. Eso sí, luego me convidas.

—Ya cierra la boca —expone Marco y esta vez noto un deje agresivo en su voz que busco romper.

—¿Y si brindamos? —propongo.

—¿Motivo del brindis? —pregunta Marco.

—Brindemos por el primer trío de Tania —propone Aiden y me guiña un ojo.

Luego me muerdo el labio inferior ya que pienso en que el motivo del brindis podría ser a que se debe el mejor polvo de mi vida.

Tampoco es que haya sido para tanto, pero eso, de alguna manera me entusiasma. O será el hecho de que estoy desnuda frente a dos hombres que están de infarto luego de haberlos tenido absolutamente para mí.

—Dilo —me obliga Aiden—, di eso que piensas, chica sucia. Quiero conocer tus pensamientos corrompidos. Mira que me costó lograrlo.

No sé si tanto...

—Se me ocurren muchas cosas —suspiro y levanto la copa. Aiden y Marco acercan la suya a la mía—, pero creo que se engloba en un motivo único y es que... somos tres.

—Vaya —murmura Aiden—. Me parece un buen motivo para brindar. ¿Qué opinas *Señor Nalgas Potencialmente Deliciosas*?

—¡Cierra el pico, Aiden!

—Perdón, sólo decía. —De alguna manera, esos chispazos entre ambos

me provocan una mezcla de excitación y gracia.

—Brindo porque somos tres —insisto.

—También brindo por ese bendito número —Aiden sonrío.

Marco finalmente suspira y hace que todas nuestras copas colisionen a la vez cuando lo admite.

—Porque somos tres.

Y el choque del líquido burbujeante representa justo lo que somos cada uno de nosotros juntos: húmedos, fuertes y vibrantes.

Además, que por mi parte...se está llenando de billetes verdes mi cuenta bancaria.

Mamá, ¡no me reproches luego!

Me cuesta salir del mundo de mis sueños, ya que percibo un sonido lejano y lo interpreto como el ruido del celular al bramar.

Doy una vuelta en la suave cama y no me caigo. Luego doy otra. Me fundo en el aroma delicioso de las sábanas limpias, entrando en razón, captando que estoy en el hotel más lindo de mi vida y anoche he tenido una de las veladas más exquisitas.

El único inconveniente es que en medio de un recuerdo que intenta ser placentero, está el ruido del celular tronando en la mesita contigua a la cama.

Me arrastro a duras penas y atiendo sin siquiera fijarme quién me está llamado.

—Quéeeee —mi voz parece haberse quedado anclada a la “e” de modo pastoso y mostrándome demasiado en evidencia.

—Hola, mi bebé azucarado.

¡Ay, carajo!

Las palabras de Aiden me encienden como pólvora y me siento de inmediato en la cama.

—Por todos los cielos —musito—, ¿sucede algo?

—No sabes cuánto lamento irrumpir en la vida onírica de mi preciosa chica, pero sucede que son las nueve y en menos de una hora debemos estar en una conferencia de prensa. El público pide conocerte.

—*Conocernos*, supongo. Estaremos los tres ahí, después de todo. O eso espero, no sé qué tendría para decir yo sola ahí.

—Sobre todo, luego de que hayamos estrenado el título de Tres anoche... El problema es que no se dio como esperaba.

—¿A qué te refieres?

Noto un deje de desdén en su voz.

—Aguarda un momento.

Escucho un sonido de tazas y sillas. Voces de fondo, pasos, creo que está saliendo de algún lugar.

—Ahora sí —murmura.

—¿Dónde estás?

—Abajo. En el restaurante. Tienes una mesa enorme de desayuno americano para que tomes lo que quieras a tu gusto. Te queda aún media hora para ello, porque luego tendremos que irnos.

—Bien, pero antes dime a qué te referías con eso de “estrenar el título” anexado a un “no como esperabas”.

—¿A ti qué te pareció?

¿No sería traicionar la confianza de Marco el hecho de que ahora seamos tres, pero estemos dos solamente debatiendo sobre nuestro actual índice de satisfacción sexual?

—Me pareció...bien —la garganta parece cerrarse atorada en la base de mi cuello, con la finalidad de retener algunas palabras intrusas intentando escapar.

—¿Sólo bien?

Suspiro.

—La mejor experiencia...sexual de mi vida —admito por fin.

—Me alegra oír eso, nena, pero mejor que pienses que vendrán otras muchísimo mejores.

Es precisamente lo que pensaba luego del evento en el *jacuzzi* y de camino a mi habitación, antes de caer noqueada por el sueño.

—¿A qué te refieres con eso?

Me llevo dos dedos a los labios y me muerdo la punta de las uñas, consciente de que me estoy arruinando la manicura francesa, aunque hago eso para no morder la almohada.

—Me refiero a que anoche tuve que conformarme con una paja con la linda cola de Marco. Pero quiero cogerte a ti, Tania. Como lo hicimos hace unas noches atrás. Quiero escucharte gritar de placer, penetrarte, jugar con tu sexo delicioso y succionar tus senos, presionarlos contra mi pene, mi boca, con todo mi cuerpo.

Ahora mismo preciso tirarme a la cama y empezar a masturbarme con tres dedos a la vez, pero no puedo, él parece estar enojado lo cual implica que es necesario un esfuerzo de mi parte por poder mantener la cordura.

Si él me dice estas cosas no es con la intención de calentarme, aunque sea el efecto que me está causando...

Y pensándolo bien, es posible que todo lo que respecta a la vida de Aiden, implique que me encienda como un lanzallamas.

—No entiendo —murmuro como quien no quiere la cosa—, no entiendo de qué manera Marco puede tener lugar en eso, entonces.

—Tania, cuando digo que quiero cogerte de todas las maneras posibles a ti, implica que también me lo quiero coger de todas las maneras posibles a Marco.

Escucharle decir eso me deja completamente...extasiada. Mis manos ya están ejerciendo presión en mi entrepierna, pese a todas las advertencias de que esto no es una situación sexual.

Es el hecho de saber que Aiden me desea a mí, quiere que sea su chica, he tenido relaciones sexuales con él de manera desenfrenada, asombrosa, pese a que tenga razón en que anoche no tuvo mucha participación y es que este tipo de experiencias son completamente nuevas para mí.

Siempre supe que existían y existen las personas bisexuales, el punto es que no me había tocado quedarme colgada con algún chico que diese con esas características.

Y ahora me cruzo con uno que está intentando flexibilizar a otro.

Lo más extraño es que no sé qué se supone que soy yo, acostándome con dos hombres al mismo tiempo y quedando exprimida como un pomelo jugoso al verlos interactuar en la intimidad.

—Aiden —murmuro—, el problema es que no sé si Marco sea también bisexual. Lo de anoche fue algo atípico, él estaba conmigo y tú participabas mientras él me penetraba a mí. No sabes cuánto me hubiese gustado que también tú y él...

Me callo la boca de pronto al darme cuenta de lo que estoy diciendo, al escucharme a mí misma.

Aunque le dé una y mil vueltas, no termino de reparar en qué carajos se supone que debería decir con tal de no quedar como una inepta o como una zorra.

—Aguarda —me devuelve Aiden—, ¿cómo es eso de que “también sea bisexual”? ¿A qué te refieres con eso?

—¿No eres bisexual?

Aiden suelta una carcajada al otro lado de la línea.

—Claro que no, hermosa. No soy bisexual en absoluto.

—¿En... tonces?

—Tú tampoco lo eres. Nadie lo es, de hecho.

Las palabras de Aiden me resultan en cierta manera confusas y extrañas,

no cuadran en los esquemas que mi cabeza ha armado en todos mis años de existencia.

—Creo que no te sigo —mis palabras salen como una disculpa.

—Tania, todos los humanos somos seres sexuados, por ende, sexuales. Algunos intentan darle etiquetas a eso como “hetero, homo, bi, pan, asexual” o demás. Pero siempre habrá algo que las palabras no alcancen a rotular en nosotros y es que esa fuerza interior está presente en el cuerpo, haciéndonos vibrar desde muy adentro en cualquier instante, y ello no importa según las circunstancias o el objeto de deseo que tengamos en frente. Somos seres sexuales, nacemos del sexo, nacemos para el sexo y aunque se intente darle una forma, un orden a la sexualidad, ella siempre será eso que corra por fuera de la norma.

—Pero Aiden, no hay rótulo que pueda nombrar lo que tenemos nosotros tres.

—No hay rótulo socialmente aceptado, pero el título que hoy es “tres” puede algún día ser “cuatro” o por qué no “uno”. Cada quien hace con esa fuerza interior lo que puede y no por ello hay que temer. Me gusta que te vuelvas loca cuando juego contigo, pero también me gusta que Marco te haga sentir así y me encantaría montarme desenfrenadamente a Marco, del mismo modo que junto a él, hacerte el amor a ti. ¿Lo entiendes ahora?

—Aiden...Eso es... Como sacarle cualquier límite a la vida. ¿Qué sucede con la fidelidad, con las estructuras y con lo que el mundo considera como aceptado?

—Opino que las personas no aceptan aquello que temen de sí mismas. Y el temor se infringe por presiones sociales. Si ese entorno no hubiese creado cierto temor, no existiría el nefasto límite que le pone un freno al deseo.

—No sé si hacerle caso al deseo fuese algo que siempre pueda estar bien...

En mi caso, produjo que haya perdido a mi familia. Se enteraron de tantas cosas, le di estado público a una vida que apenas planeaba llevar y ¡por un tiempo demasiado limitado!

—Tania —insiste Aiden con su voz más gruesa—, no tengas miedo a lo que desees. Eso está ahí y si lo contienen, va a estallar. Ahora ponte algo de ropa aunque me guste verte sin ella, y ven a desayunar pronto. Ve linda, te espero. *Los espero.*

La conferencia de prensa resulta alguno mucho más asombroso de lo que pensaba. La invitación es a las diez de la mañana, aunque a esa hora hay una banda de *soul* y un agasajo a los invitados y reporteros. La conversación decisiva arranca a las once, para cerrar con un almuerzo al mediodía.

Por la noche, pasadas las siete, habrá fiesta. Todo esto en la terraza de Raven Tecnología de Punta Sede Miami.

Cuando tienes mucho dinero, puedes invertir en un edificio donde se llevan a cabo todos los procesos competentes, sin embargo, cuando tienes muchísimo dinero, puedes ponerte una sede cada doscientos cincuenta kilómetros cuadrados, mientras planeas un modo de seguir haciendo crecer esa fortuna.

Nuestra llegada implica fotos, preguntas, gritos, insultos, alaridos, carteles... hasta que cruzamos la puerta del edificio de Raven en Miami y entramos finalmente.

Ángel ha elegido mi atuendo para hoy: “Se trata de un almuerzo y un agasajo, pero no olvides que es también la parte en que se presentará formalmente al público la marca web para ricos más esperada de estos últimos tiempos, así que debes llevar algo que te muestre como un ícono de las Sugar Babies y como Diosa del Poliamor”.

Típico de Ángel. Ella no puede decirme “ponte este vestido y ya” sino que cada vez, desea armar una enorme argumentación sobre los motivos por los cuales debo ser siempre magnífica. O parecer.

—Estás hermosa —me dice Marco al entrar y deposita un suave beso en mi frente que, de cierta manera, me hace sentir alojada en alguna parte de su corazón. Aunque luego Aiden me presiona la cintura con suavidad y me dirige una de sus sonrisas tiernas que logra humanizar cada parte de mí que se siente como un robot en nombre del Romance Poliamoroso.

Lo quiera o no, me he convertido en la diosa del poliamor y en toda una influencer, por culpa de una aplicación que me encontró con dos hombres millonarios y ambiciosos.

Finalmente, Ángel opta porque mi atuendo sea un *outfit* de ejecutiva relajada, lo cual tiene su equivalencia en disfrazarme de colegiala: falda tableada color gris oscuro que apenas me baja los muslos, camisa blanca de algodón ceñida al torso y un moño negro que cierra en mi cuello, con dos listones finos cayendo suavemente. Más abajo, bragas finas que no se ven a excepción de que me abra de piernas exageradamente, medias negras hasta las rodillas y zapatos negros con taco.

Marco lleva puesta una camisa azul marino con tirantes y pantalón beige de gabardina con zapatos deportivos. Está rasurado al ras y esto marca su sonrisa con un atractivo más inocente y juvenil.

Aiden, por su parte, viste un saco blanco, pantalón y zapatos del mismo color y una remera lisa cuello en V con una flor roja en el bolsillo superior.

Avanzamos hasta quedar al frente de una mesa principal mientras algunas personas se acercan a nosotros.

Aún no se deja pasar a la prensa, están en una antesala aquellos que fueron formalmente invitados mientras que otros se agolpan contra las puertas de vidrio.

Aiden es llamado por un grupo de hombres que distribuyen detalles de la organización y Marco es convocado por unos tipos trajeados de aquellos, lo suficientemente magnos, como para hacerme sentir el juguete, la que nada tiene que ver aquí.

Un mozo se acerca con copas y le tomo una.

Sin embargo, mi mirada se cruza con la de un hombre que está también con una copa, tan solitario como yo.

Me mira de reojo y apenas nota que he reparado en su actitud sospechosa; acto seguido observa hacia otra parte hasta desaparecer tras una pared que no sé hacia dónde conduce.

Yo me quedo pasmada, pensando en su aspecto: pantalón de gamuza, camisa normal blanca y un celular enorme en su mano izquierda, con un auricular puesto en el oído derecho.

Sin embargo, desaparece tan pronto como me ve.

¿Qué acaba de suceder aquí?

Me dirijo hacia el sitio por el cual desapareció el extraño.

El otro lado de la pared conduce a una escalera de caracol. La tomo y comienzo a subir, con cuidado de que los tacones no me jueguen una mala pasada. Intento apresurar el paso en cuanto percibo que me estoy acercando al ruido de su calzado golpeando baldosas a cierta distancia.

¿Por qué se supone que huye? ¿Por qué me acaba de parecer sospechoso? Es costumbre mía la de quedarme mirando de mala manera a la gente, pero ¿él? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Ando un poco más rápido y busco mi móvil en un bolsillo interno en la falda tableada. Artes de la moda para que no haga falta llevar cartera. Marco al teléfono de Aiden, el primero que me aparece por orden alfabético y llamo.

No responde.

Sigo andando, sin encontrar por dónde se supone que el sospechoso acaba de desaparecer.

Así que me quedo quieta.

Nada se oye.

Pero sé que está por aquí.

Hasta hace un momento, sus pasos se percibían cercanos. Luego no más. Tarde o temprano tendrá que moverse. Y mi parte más instintiva me obliga a permanecer aquí, aunque sea consciente de lo más sensato sería salir corriendo a pedir auxilio.

De todas formas, últimamente no me caracterizo por seguir mi parte más racional, lo hice durante más de veinte años de mi vida y, no fue sino hasta ahora que me he empezado a liberar un poco más y a decidir por mí misma.

Por ello es que opto la opción de jugarme esta carta y permanecer.

—¡Oye! —grito—. ¿Qué haces tú aquí? ¡Aún no ha entrado la prensa!

Nada.

Sin respuesta.

Se me cierra la garganta y me siento aún más en peligro. Observo que en cada esquina de las escaleras hay cámaras tomando todo. ¿Por qué no han

enviado a alguien de seguridad?

—¡Hey! ¿Y si conversamos un poco? Me interesa saber de ti.

Sigue sin darme respuesta.

Hasta que todo sucede muy rápido... Comienza cuando escucho el ruido de una puerta abrirse, dos pisos por encima del que yo estoy.

Avanzo todo lo rápido que puedo mientras marco el teléfono de Marco, no obstante, ingresa una bendita llamada de Aiden.

—Tania, vi tu llamado. ¿Estás bien? —se oye preocupado—. Desapareciste de repente, no queda mucho para recibir a la prensa y para dar inicio a la conferencia, ¿dónde...?

—Aiden, sucede algo.

—¿Qué? ¿Por qué estás agitada?

—Vi a alguien al pie de la escalera de caracol que hay en la esquina del salón principal.

—Tania, muchas personas vendrán.

—Manda a seguridad al quinto piso.

—¿Quinto? Tania, qué rayos está sucediendo, no deberías estar en ese piso —suelta un resoplido—. El pie de esas escaleras es un punto ciego para las cámaras, hay una que capta a quien baja y otra que capta a quien sube, pero la pared obstruye el pie. ¿Qué está sucediendo?

No sé qué decirle precisamente, el asunto es que el tipo ha venido muy decidido hasta acá y si le molestó que lo viese, fue porque tenía conocimiento crucial para saber que él estaba metiéndose en este sitio.

Hasta que llego a la puerta del quinto piso.

Y hay un cartel que me detiene de improviso.

**PROHIBIDO PASAR
SOLO PERSONAL AUTORIZADO Y CAPACITADO
RIESGO ALTO**

—Aiden —murmuro—, ¿qué se supone que hay en el quinto piso de lado del ala este?

—Sal de ahí, Tania.

—El tipo se... acaba de meter...

Y pronto dos sonidos rápidos me dejan consternada. ¡Como si disparasen dos misiles escuchados a lo lejos!

Mi piel se crispa y sé que debo tomar otro tipo de precauciones, sé que una parte de mí me sugiere que algo pasa más allá de lo que mi parte racional exige.

—¡Tania! —insiste Aiden—. ¡Sal ahora de ahí!

Acto seguido escucho pasos subiendo a la carrera y deduzco que Aiden ha enviado seguridad.

La puerta se abre con un código, no obstante, quien acaba de entrar lo ha dejado desbloqueado en su ingreso.

Me acerco y abro.

Encuentro computadoras, luces, un sistema de máquinas encendidas con un hombre sobre los teclados...

Y un chorro de sangre obstruyendo las pantallas.

Base de Información.

Son las palabras que escucho decir a Aiden entre medio de todo el sermón con enorme preocupación que destaca cuando me habla.

Por lo demás, nadie sabe qué está sucediendo, afuera el evento sigue con normalidad y a mí me han llevado en completo estado de shock a una habitación de “alta seguridad” como si estuviesen bombardeando la ciudad.

Marco yace a mi lado, sentado en un sillón de tres cuerpos. Ha rodeado mis hombros con su saco e insiste a Aiden para que le dé novedades.

¿Se cancela el evento? ¿El hombre murió? ¿El intruso escapó? ¿Qué había en ese lugar que hacía imprescindible tener que entrar? ¿Los reporteros saben algo? ¿Qué sucederá luego? ¿Qué pasará con Younger si hoy no se presenta la marca formalmente?

¿Perderá público? Hay quienes ya han hecho sus inversiones millonarias en la App, Santo cielo, ¡yo soy el rostro de este software! La imagen pública. Si el hecho se sabe, mi nombre quedará manchado con la sangre de un muerto.

—No puede estar sucediendo esto —murmuro, con la mirada perdida en la estantería con libros que hay frente al juego de *living*.

—Pase lo que pase ahora, no te verás afectada de ningún modo por lo que hizo ese hijo de puta. —Marco se ve cargado de ira y odio.

—¿Dices que no me veré afectada? ¡Alguien ha muerto con algo que tiene que ver conmigo! ¡Yo perseguí a ese hombre! ¡Yo decidí ser la que represente a esta marca! En este evento... Dios, con tanta prensa y tanta gente allá afuera.

Las lágrimas me saltan de los ojos.

Cuando decidí meterme en esto, pensé que mis padres no entendían por sus cabezas conservadoras y poco comprensivas ante mi desesperación.

Lo que ellos no saben ahora es que acabo de ver a un hombre muerto.

Y podría haberme matado a mí.

—No sé cómo podré explicárselo a mis padres.

—Tania, no tienes nada que ver con lo que está sucediendo. Lo prometo. Nadie tiene por qué enterarse... al menos hoy.

Lo miro con gesto de estar comprendiendo poco.

—¿Qué dices?

—No sé qué estará sucediendo allá afuera, pero Aiden tiene el evento bajo control. Todo anda con normalidad.

—¡Ha muerto un hombre, Marco! ¡¿Qué carajos dices de “normalidad” y “bajo control” cuando vi lo que vi?!

—Tania —intenta tranquilizarme con sus manos sobre mis hombros—, el muchacho ya está...muerto y ojalá hubiese estado a nuestro alcance poder hacer algo antes. Estoy de acuerdo en que es responsabilidad de la empresa e intentaremos responder de la manera que creamos más prudente con asuntos de compensaciones económicas y condolencias a la familia. Pero no ahora. Hay millones de dólares en juego esta noche, no sólo vendrá prensa, sino que eso luego se traducirá en inversores, seguidores, aún más dinero y en imagen pública. O bien, pérdidas millonarias. Eso sí te verá involucrada. Puede que no legalmente, eso lo podemos solucionar, no una vez que se difunda tu rostro y la gente te incrimine de haber asesinado a alguien.

—¿Por qué lo harían? ¿Qué hay más grande que una vida en riesgo?

—Lo que ha sucedido... no sabemos cómo puede impactar en el sistema de Younger... Las cámaras que tendrían que haber tomado el recorrido del intruso están alteradas reproduciendo otras escenas del evento, sin que levante sospecha de que él se ha metido aquí.

—Y si no entró para robar, ¿se supone que él pudo alterar el sistema de vigilancia electrónica? ¿Todo para matar al hombre de la Central de Información?

—Creemos que sí robó. Precisamente información de la Base. Pero lo que más tememos es que en lugar de robar, también nos haya dejado un pésimo regalo indeseado por completo.

—¿Un regalo? ¿Cómo qué?

—Como un virus en el sistema.

Siete millones de usuarios.

Son siete millones los usuarios potenciales usuarios que tienen a su alcance Younger.

Siete millones de datos posibles de acceder desde el lugar pertinente de información.

Transacciones que, si no se realizan con prudencia, ponen en riesgo la seguridad informática de tantísima gente.

Más importante que una vida, son las de una población inmensa de personas con las que Raven se hará aún más rico junto con su asociado, sin embargo, un pequeño o gran fallo, sería un riesgo demasiado alto para correr.

Mucha “tecnología punta” pero no pudieron evitar que un tipo les joda el sistema de cámaras y les robe lo imprescindible para poner a todo el mundo en estado paranoico.

De pronto parece que absolutamente todo pendiese de un hilo muy fino, al borde de cortarse y dejarnos caer a todos en el abismo.

—Marco—murmuro, con la voz aun temblando—. ¿Quién era ese hombre? El que murió.

Él da un largo suspiro y afirma su espalda contra el respaldar del sillón.

—Se llamaba Christophe r—me cuenta—, tenía veintiséis años y acababa de terminar su Ingeniería en Programación de Sistemas. Lo entrevistamos con Aiden para el cargo hace unas tres semanas, aproximadamente dos meses más tarde de que comenzáramos con las negociaciones para Younger. Hasta que apareciste y nos vinculaste de otra manera. Tanto el puesto de trabajo de Christopher como el de muchas otras personas trabajando para esta filial fueron posibles gracias a la sociedad que armamos. Los tres.

—¿Él tenía hijos? ¿Estaba en pareja?

—No que yo supiera. Fue investigado como cada una de nuestras personas y descubrió los métodos por los cuales teníamos acceso a su vida privada. Nos alertó de ello y su actitud vivaz nos terminó de convencer de que era el indicado para el puesto. Sin embargo, esa enorme inteligencia con

la que burló nuestro sistema no fue suficiente contra esta persona que entró.

—¿Vivía con sus padres?

Intento que su asesino no supla el recuerdo de Christopher.

—Con sus abuelos. Su madre es drogadicta y lleva diez años en una institución pública de tratamiento para crónicos y su padre es quien corrió toda la vida con los gastos de su crianza, aunque nunca vivió con él.

—¿Quién les dirá a esos familiares que él...?

Ni siquiera lo puedo pronunciar ahora que tengo una imagen de ese chico un poco más humana en mi cabeza.

Lamento haberlo conocido de esa manera, en esas condiciones.

Lamento que el primer cadáver que haya visto fuese en el evento más importante de mi vida.

—¿Alguien tendría motivos para matarlo? —le pregunto evidenciando un tembleque en mi garganta.

—Motivos puede que haya, pero no en contra de él sino en contra de la fortuna que maneja esta empresa.

—Entonces nadie puede saber lo sucedido para proteger el prestigio de...

Él parece captar mi voz desahuciada ya que es tajante en su respuesta a fin de reconstruir algo de mi interior quebrantado:

—Tania, la gente se muere todo el tiempo. Y más en un ámbito como el nuestro. Cuando hay tanto dinero en juego, la vida de cualquier persona parece no tener ningún sentido más que un precio. Los intereses se mueven en esa dirección: dinero.

—Eso es... horrible.

—Lo es. Pero al fin y al cabo nacimos solos, vivimos solos, morimos solos... en compañía voluble de otros. Pero solos al fin. Hasta nuestra familia, en algún momento, se marcha, y nosotros mismos... Eso nada lo puede remediar. Cuando alguien tiene que irse, desaparecer, morir, sucede y nada puede evitarlo, aunque se intenten todos los esfuerzos posibles.

—Yo no hice...

—Tú no sabías que él iba a hacer eso con Christopher. Ni siquiera tenías idea hacia dónde se dirigía.

Acto seguido el celular de Marco vibra y mis sentidos entran en estado de alerta. Contesta.

—¿Qué sucedió?... ¿Ahora?... Bien.

Cuelga y lo miro, expectante.

Saca un pañuelo de papel con el que me limpia el rímel corrido en los ojos y la humedad de las lágrimas.

—Tenemos que iniciar la conferencia de prensa. No podemos demorar más o levantaremos sospechas.

—¿Qué diremos sobre...?

—Nada, Tania. Nada. La muerte de Christopher se hará pasar como algo externo a la empresa, una tragedia que no nos compete. Aiden ya está en busca de alguien que reemplace su lugar.

—¿Y qué reemplazará su lugar de hijo, de nieto? ¿Les mentirán a sus familiares que seguramente lo esperan cada día?

De pronto pienso si alguno de mis hermanitos faltase un día para almorzar, si no llegase luego de la escuela, si algo raro pasara. Junto a toda mi familia nos desesperaríamos con tal de localizarlo y saber qué ha sucedido.

—Nada de lo que hagamos podrá devolverles a su hijo.

—¿Pero...?

—Pero podemos hacer las cosas más sencillas: un asalto. Un crimen callejero. Esta tarde se los pondrá en aviso una vez que podamos tener armado el plan conveniente para hacer creer que todo lo sucedido fue a expensas de la empresa, de la marca. Aun así, vamos a compensar económicamente a sus allegados. Lamento que tenga que ser así, pero debemos ir a dar esa conferencia y fingir que nada de esto ha sucedido. A veces, es necesaria cierta falsedad para sobrevivir.

Antes de pasar de nuevo al salón, me retoco el maquillaje. Converso en pensamientos con el reflejo que me devuelve el espejo, preguntándome a mí misma en qué momento me convertí en *esto*. Una zorra cara. Y la peor parte es que me gusta jugar con el peligro, caminar por el borde del deseo, poniendo en riesgo mis intereses prohibidos.

Termino dándome ánimos, en la medida que es posible, y salgo pensando en la promesa de Marco de que “todo estará bien” y nos reunimos con Aiden en la entrada lateral al salón.

—Se ven fabulosos —dice él. Hay un deje de angustia en su voz, pero lo maneja bien. Sólo espero que a mí no se me note.

—Quisiera sentirme así—musito.

—No hay motivo para que no nos podamos sentir fabulosos. Al menos hoy. —Marco cruza una mano por mi cintura, reposa un beso cálido en mi sien y me conduce hasta el salón.

La gente mira con atención mientras subimos unos pocos escalones que hay hasta un escenario no muy alto, donde yace una mesa vestida, tres asientos, copa, agua mineral fresca y un centro de mesa floral.

Muchas personas toman fotos e intento forzar una sonrisa leve, al imaginar que Ángel me estaría reprendiendo por ser tan mala alumna. No cabe ninguna duda que la peorcita.

El problema es que seguramente las otras no tuvieron que esconder algún muerto.

Un grupo de reporteros hay al frente tomando notas, haciendo grabaciones propias y preparando las conversaciones con nosotros tres.

Reconozco algunos medios locales, reporteros famosos del ámbito del espectáculo y empresarial. Pues, este evento es ese punto justo entre la farándula y la economía.

No creo que eso sea conveniente para nosotros, pero hay que avanzar e intentar mostrar la mejor parte de cada uno, como en Instagram. ¿Qué ocultas cuando sonrías?

—Buenos días. —Aiden toma la palabra frente al micrófono que tiene delante—. Quisiera agradecerles en primer lugar a todas las personas que se tomaron la molestia de venir hasta aquí. —¿incluso a los que vinieron con intención de matar a alguien? Que levante la mano el que está infiltrado—. La presencia de los medios es fundamental para hacer resonar esta nueva modalidad de vivir que proponemos con el lanzamiento de Younger. Con un récord de usuarios registrados en tiempo real desde el reciente lanzamiento de la aplicación, con los números que no hacen más que ascender, esperamos superar en los próximos veinte días los siete millones de usuarios. Alcanzado el objetivo, se hará un nuevo cálculo a fin de informar con actualidad acerca de las cifras.

» También, he de agradecer que puedo contar la presencia de dos maravillosas personas que están a mi lado, el valor de la compañía con pares de confianza inquebrantable, esa carta secreta de tener en quien confiar, supera cualquier precio. Ellos me acompañan mucho más allá del ámbito empresarial, no son simples socios, también son mis compañeros de vida y podrán conversar con todos ustedes a continuación.

Sólo sonrío levemente y asiento. Este tipo tiene una manera de ganarse la atención de otros de manera tan asombrosa que me asusta.

—Muchas gracias, Aiden. —Ahora es Marco quien toma la palabra. Yo no sé qué se supone que debo decir más que sonreír y asentir a todo, estando en medio de los dos—. De mi parte también es un placer y me llena de vida saber que puedo contar con los dos.

En esta oportunidad, que Marco prosigue con la conferencia, cuenta a todos cómo fue el proceso en que la empresa y el grupo de inversionistas que tiene consigo, logró hacer los nexos para tomar una iniciativa respecto de Raven Tecnología de Punta. Omite el fragmento en que Aiden empezó a mirar a Marco con ojos de tigre y continúa con la parte del relato en que detalla las negociaciones, los acuerdos, desacuerdos, establecimiento de fechas, puesta en marcha del plan y lanzamiento oficial de Younger.

De este modo, el rubio sigue comentando sobre el trabajo que Raven lleva a cabo para mantener el sistema informático que da soporte a que este negocio multimillonario se pueda sostener.

—Nuestro trío representa todo lo que Younger es: una empresa, una relación, un negocio, sexo, partes satisfechas e intercambio ocasional de sentimientos. Younger es la manera en que personas de edad pueden

emparejarse con otras personas mayores de dieciocho años, de manera legal pero no tan lícita a los ojos de la sociedad. Como un trío. Por ello, es que la aplicación intenta dar visibilidad a las voces del amor que se han visto reprimidas durante tanto tiempo, supliendo a partir de la tecnología, la imposibilidad de forjar una pareja en estas condiciones, producto de la sanción del entorno.

De este modo, Aiden vuelve a sorprenderme, dando una explicación que es un análisis informático y a la vez, social.

Se hace evidente que ambos son hombres muy bien estudiados, cultos y con un poder de convencimiento que deja a todos comiendo de su mano.

El asunto es que estoy quedando como una estúpida sin tener algo que decir o aportar más que “a mí no me pregunten, sólo soy la Sugar Baby”.

—Tania. —El rubio me mira—. Es muy importante que estés aquí dando forma a lo que tenemos y demostrando que cuando el amor impone sus reglas, todo lo demás deja de importar.

¿Yo he dicho eso?

¿No que hasta anoche se supone que debía darle rienda suelta a mi bestia interior y no sé qué con el sexo?

—Yo...Esto...Gracias —carraspeo, quedándome sin palabras. Petrificada, observando el lente, los ojos y los flashes enfocados hacia mí—. Bueno, la verdad que no sé qué estoy haciendo acá.

La gente empieza a reír de manera repentina.

¿A qué se ha debido eso?

—Es cierto —añado como si las palabras me las arrancasen desde la garganta hacia afuera—, yo sólo entré a una página de citas donde podría ganar dinero en un momento que lo necesitaba desesperadamente y ¡aparecí sentada acá, delante de ustedes!

Vuelven a reír de manera animada.

Creo que lo estoy haciendo bien.

Miro a Marco quien asiente en mi dirección con una sonrisa pegada al rostro.

—De hecho, así fue...Vengo de una familia muy pobre y seguramente ya lo saben. Han podido hablar con ellos, son personas que a lo largo de toda su vida se han esforzado mucho, aunque aun así no pude darles lo que necesitaban. Quise. En verdad que quise, pero no pude. Necesité mucho más que estudio para alcanzarlo y fue suerte. Un golpe de suerte que no me llegó

sino hasta que...

Me detengo de sopetón.

En un instante fugaz, lo veo pasar al final de todo el público. Está saliendo por la puerta principal.

El que mató a Christopher.

Y antes de irse, me dedica una sonrisa cargada de malicia.

—¡Mierda...!

La palabra escapa de mis labios y quedo atónita.

Algunos giran a mirar en la dirección donde me he quedado clavada observando, pero el tipo ya se ha ido.

—Nena, ¿estás bien? —Aiden se acerca a mí tocándome un brazo y me lo pregunta al oído, por fuera de los micrófonos.

Lo miro.

No puedo contarle.

No puedo decir una palabra.

Él ha estado aquí.

Ha permanecido en el interior del salón todo el tiempo...

Nunca se fue.

Sino hasta ahora.

—No importa lo que haya sucedido —dice Aiden—, luego nos ocuparemos de ello. Por el momento, el espectáculo debe continuar.

El primer reportero levanta la mano y resulta ser nada menos que de CNN3; logro distinguirlo por el logo en su camisa, estando lo suficientemente cerca para poder distinguirlo.

Vamos, dispara.

(No literalmente.)

—Buenos días, señores, señorita. En primer lugar, quisiera agradecerles por permitirme a mí y a mi equipo formar parte de esta ronda de prensa para la presentación de Younger, vuestra nueva aplicación de negocios y citas. — ¿Estoy incluida en la expresión de “vuestra nueva aplicación”?—. Mi pregunta tiene que ver con el nexa que esta novedosa plataforma encuentra con la relación tan particular y, en cierta manera, ejemplar, que sostienen sus creadores. ¿Parte de la experiencia personal? ¿Qué fue primero?

Sus adulaciones me resultan extrañas. No sé a quién de los tres estará dirigida su pregunta, pero soy yo quien tiene el micrófono y lo detesto a él junto a todo su equipo porque hicieron lo que hicieron con mi familia. Se metieron más allá de donde es debido, me ocasionaron graves inconvenientes y cualquier cosa que venga de él, será mal recibido por mi juicio singular.

Debido al silencio, el periodista intenta aclararse:

—El asunto de poder monetizarlo todo a partir de las aplicaciones, es algo que hace tiempo viene pudiendo atrapar algo que escapaba al mercado, en una época en que el mercado parece buscar condensarlo todo...

—Le solicito que sea concreto con su inquietud —interviene Aiden y una parte de mí lo agradece.

—Disculpe. Lo que quisiera saber es que, ante este plan de monetizar las citas y las relaciones, para que sean acuerdos económicos antes que relacionales, quisiera saber si esto no podría ocasionar una pérdida de lo que hasta el momento implicaba el arte de seducir, pactar una cita, provocar un encanto. ¿Cuánto afectará esto a lo más humano que nos queda para relacionarnos? ¿Parte de la experiencia personal?

Marco y Aiden cruzan una mirada, cada uno desde el extremo que les

corresponde en la mesa.

Marco toma la palabra:

—Agradezco que haya manifestado su inquietud. El asunto es que no soy muy devoto de las preguntas que encubren una crítica y menos aún si no encierran en verdad ninguna pregunta más que una afirmación que intenta ser avasallante.

—Aun así me parece que se puede responder. —Aiden siempre con su manera cortesana toma la iniciativa—. Toda negociación implica una relación y la mayoría de las relaciones personales ven afectado el asunto de la economía. Son cosas en las que hay que ponerse de acuerdo para una convivencia en paz. Esto, lo único que hace, es facilitar tales asuntos, mediando con contratos susceptibles de romperse; su función es pactar derechos y obligaciones para las partes, además de simplificar asuntos que las pasiones, cuando intervienen, es difícil hacerlas actuar con raciocinio. La plataforma permite que no sólo intervengan personas ricas, sino que antes de armar cualquier pareja, ellos ya puedan mediar acuerdo previo. Es como si antes de conocer una persona, ya hayan podido consensuar lo que cada uno espera.

Dos periodistas levantan la mano apenas Aiden pronuncia su última palabra.

El de CNN3 intenta hacer una nueva pregunta, aunque no tiene lugar y pasan a otro ubicado unas tres filas más atrás. Distingo que se trata de una reportera.

—Buenos días. Mi nombre es Jessica Howard y pertenezco a Cadena Noticias Día por Día y quisiera preguntar, sin ánimo de que parezca una crítica, si este sistema no implica un retroceso en que el hombre es quien se encarga del dinero y se atribuye el “mantener” a una mujer. Además de que ahora dicha mujer puede ser una chica joven, despojando todo el prejuicio que ello pueda aparentar.

Marco esboza una risita y se adelanta.

—Es asombroso que el tema insiste en pugnar por una crítica. El prejuicio es justamente lo que no pueden dejar de indicar cada vez que tratan este tema. Despojarse de las ideas previas suele ser una dificultad con la que cada uno de nosotros velamos la realidad, no obstante, es necesario dejar de lado un momento eso a fin de entender un poquito a los demás. Este sistema permite invertir esos roles enunciados, no encasilla a nadie en el papel de “tú

pagas, tú decides sobre mí”. Esto no se trata de una compraventa de personas, sino que quienes participan son lo suficientemente conscientes de poder dar su aceptación o no a formar parte del acuerdo, que es, ante todo, un acuerdo comercial, en el que las partes ven satisfecha una necesidad o un simple capricho, pudiendo consensuarlo previamente.

—Creo que la pregunta me involucra de modo directo —me aferro al micrófono que está en mi lugar, y en cuanto tomo la palabra, noto que tanto Aiden como Marco se tensan y los periodistas afilan los colmillos—. Considerar esto un retroceso es insultante, porque nos considera a las personas, independientemente del género, que decidimos participar del plan Sugar Baby, sujetos que carecemos completamente de decisión y no es así. Participamos con voz y voto, decidimos trabajar y trabajar de esta manera. Si en la transacción surge amor como es mi caso... con estos dos hombres, será un plus que habrá contemplado otros asuntos previamente.

De pronto reina un silencio sepulcral. Creo que los he espantado con eso del “amor”, si bien soy la diosa de ese rasgo, sigue siendo fuerte que alguien confiese en público que ama a dos personas a la vez.

Y lo más desquiciado es que ni siquiera sé si los amo. Me parece un poco precipitado, aunque se trata de la imagen que debo dar.

Acto seguido, unas seis manos se alzan una tras otra.

Aiden modera la mesa, tomando en el orden que antes querían preguntar otros periodistas.

—Buen día, señores. Muchas gracias por permitirme participar de este grato evento. Mi nombre es Joel Davidson de Radio Actualidad. Me preguntaba si, en este caso, las personas con poder, sean hombres o mujeres, podrían valerse de la desesperación de aquellas que necesitan dinero a fin de obtener ventajas.

—Ya lo expliqué antes: una parte necesita dinero, la otra necesita amor, sexo o simplemente compañía, así que pacta lo que busca vía chat y se celebra la contratación. Ambas necesidades acaban satisfechas. —Bendito seas Aiden.

—Y por “desesperación” —contribuyo—, no implica que perdamos el poder de decisión.

—Muchas gracias.

Siguiente pregunta. Ya ni siquiera oigo de dónde o quiénes son.

—¿De qué manera Younger obtiene ventajas económicas en este tipo de

“transacciones”?

Marco, el hombre de los negocios, responde:

—El contrato se celebra otorgando una parte mínima de lo recaudado para la web que permite hacer de intermediario.

Siguiente pregunta:

—¿Es posible que en la página se cometan crímenes aberrantes producto de una negociación con un desconocido?

Aiden, el hombre de los medios tecnológicos y del análisis social, es quien habla ahora:

—La página no permite correr los mismos riesgos que cualquier otra web de citas ya que en los permisos de confidencialidad y políticas de privacidad, la persona acepta que el soporte web permita acceder a la información personal del dispositivo desde el cual está ingresando y además, examinar datos legales, con una redirección a padrones internacionales donde se corrobora la existencia real de la información registrada. Es decir, que resulta más segura que cualquier otra página de citas creada hasta el momento, y las personas intervinientes están sujetas a políticas legales globales.

Siguiente pregunta:

—Mi inquietud está dirigida específicamente a Tania. —Es un chico joven quien habla. Pertenece a una revista de moda y consulta—: ¿Qué mensaje podrías dar a las personas que están actualmente en relaciones como la tuya y no son reconocidas como válidas para la sociedad? El asunto, si bien ha tomado su popularidad, aún no es reconocido legalmente ni respetado.

—Pues. —Mi cabeza de pronto imagina un mundo donde las parejas se cansan de tres o de cuatro, donde los niños tienen muchos padres y madres a la vez, todos ellos intentando llevar una vida armoniosa como si no fuese ya difícil de a dos, pero evidentemente, esto va mucho más allá del número. Imagino a mis hermanitos formando parte de una relación así. ¿Cómo sería mi reacción de saber que ellos, más grandes, eligen a otro hombre o a una mujer para vivir en relación? ¿Cómo serían saber si eligen a varios hombres, varias mujeres o de modalidades mixtas en todos los sentidos del género?—. Creo que...es una cuestión de amor. En el mundo nos falta más amor. Estamos aplastados por odio, por la guerra, por el silencio. Tenemos que animarnos a hacer lo que sentimos, a dar lugar a los arreglos que cada uno ha logrado con su vida, no me parece pertinente creer que por formar una relación tradicional, se debería tener más derechos que otros que sufren por la

manera de amar. Mientras todas las partes estén en condiciones legales y razonables de poder dar opinión fundada, lo demás es cuestión de sentir, de creer, de apostar al amor. Mi mensaje es que se animen a amar sin las restricciones que impone el prejuicio y seamos capaces de reconocer en cada uno, qué es lo que queremos para nuestra vida. Porque, como dice la popular frase... si no hay amor, que no haya nada.

Se cierra la conferencia de prensa con al menos ocho preguntas de manos levantadas que quedan sin contestar.

Debemos proceder al almuerzo, que resulta de un ágape superexclusivo. En el que Aiden, Marco y yo no participamos sino en una habitación externa. Se trata de un comedor con una mesa cuadrada al centro, sillas vestidas, velas, mozos, cocineros particulares. Nos llenan las copas de vino y corren las sillas al sentarnos. Tanto lujo me hace sentir completamente por fuera de los índices adecuados.

—No entiendo cómo se supone que podemos estarnos regocijando en el lujo cuando ha pasado lo que...

—Aguarda un momento, Tania. —Marco me detiene y se vuelve a los meseros quienes son enviados a la cocina hasta que el almuerzo esté listo. Seguramente lo está, pero el mensaje ha dejado en evidencia que queremos un momento a solas, cual nos es otorgado.

—Ahora sí —acceden.

Aiden se sienta a mi izquierda y se cruza de piernas, estirándose hacia atrás en la silla, mientras enciende un habano.

—Tania, tienes que relajarte —me pide, colocando una de sus manos sobre la mía encima de la mesa y mirándome directamente a los ojos con su mirada como el hielo—, no te dejaremos sola. Mientras estés con nosotros, serás nuestra prioridad. Estarás protegida. Aunque hayas tenido que encontrarte con ese mal nacido, no permitiremos que corras riesgo. Eso fue un error que ya estamos salvando.

—Pero, ¿cómo huyó? ¿Qué ha sucedido mientras me retuvieron en esa especie de búnker? ¿Por qué tienen un sector antibombas en el edificio?

—Tania, vivimos en una sociedad susceptible de ser foco de ataques en cualquier momento —añade Aiden—, y son necesarios ciertos protocolos a seguir para casos especiales, más aún en situaciones de alto riesgo como la que te tocó vivir hoy. Tienes que saber que la exposición pública despierta emociones en las personas que no tiene mucho que ver con uno. Es posible

que ahora mismo unas mil personas se estén masturbando mientras miran una foto tuya o un vídeo donde ríes y dices “sugar baby”.

—Cierta vez, una chica me tocó el pack mientras intentaba salir de comprar del supermercado.

—Nada que no estemos expuestos en cualquier momento —añade Aiden—, lo cual también implica que nos quieran perjudicar. El asunto es que algunas personas son sumamente inteligentes.

Y por ello, es posible que puedan alterar un sistema de cámaras con la última tecnología, irrumpir con el código de acceso a una sala exclusiva o esconderse sin que nadie tenga idea por dónde se ha filtrado.

—Escapó por un ventanal. Desbloqueó su traba y salió a la habitación contigua. Un dron captó mientras ingresaba al ventanal del baño contiguo, trepando como un andinista profesional. El inconveniente es que no se captaron muy buenos detalles para identificar de quién se trata. Es tan sigiloso y audaz como un gato. Lo que aún no entendemos cómo lo ha logrado, es que por cada habitación que pasaba, las cámaras se iban desbloqueando. El dron fue algo que no vio venir. Intervenimos con tres drones más que sobrevolaron el edificio, aunque no pudieron bajar demasiado por el amontonamiento de gente afuera.

—Yo... Yo lo vi salir —murmuro.

—Supuse que lo habías visto —añade Aiden—, cuando enmudeciste. Porque los drones no captaron ningún sujeto extraño. El punto es que tampoco durante la conferencia. El tiempo que estuvo dentro, encontró la manera de irrumpir en las cámaras que sobrevolaron el edificio y nos jodió a todos. Salió airoso, no podíamos detenerlo sin dejarnos expuestos a nosotros mismos.

—No se podía hacer nada en ese momento —murmura Marco—, si sólo hubiese podido atrapar a ese hijo de puta le reventaría la cara a puñetazo limpio.

Aiden deja su habano sobre la mesa y libera su otra mano. Con la derecha sostiene la mía y con la otra, sobrepasa la superficie y se levanta para llegar a Marco. Le indica que se acerque, éste lo hace con reticencia y coloca una mano encima de la suya.

—Tenemos que actuar con inteligencia. Ese tipo es audaz, pero ello no implica que debemos perder los estribos. Somos tres y seguiremos adelante con esto, ¿bien?

Trastabillo en mi respuesta, aunque tener su mano sobre la mía y a la vez ver que está tocando a Marco, algo mucho más fuerte que mi cordura se mete en mi habla:

—Haré lo que me pidan. Soy toda de ustedes.

Luego de una ducha relajante, me meto en la habitación y me dejo caer envuelta por la toalla sobre la cama, donde cierro los ojos y respiro en busca de tranquilidad.

Es instantánea la sensación de empezarme a sentir demasiado sola, siento que no puedo confiar verdaderamente en nadie y todo es un verdadero caos en mi vida. ¿Cómo pude llegar a esto?

Pienso en marcarle a Ángel, sé que no es estrictamente una amiga, pero su trabajo es aconsejarme debidamente.

Claro, si no trabajase para los hombres que me contrataron.

Mi familia tampoco es el mejor auxilio.

Son mis padres. Es probable que me reciban si llego con el corazón roto, pero no sería lo mismo. No más.

Puedo manejar esto; decidí hacerlo sola y seguiré haciéndolo así.

Ya se han hecho jugosos depósitos en mi cuenta bancaria, pero no lo suficiente. Continuaré con esto hasta el final.

Cierro los ojos y de pronto me fundo en la espesura del dormir.

Estoy atada.

Con las manos y piernas en una equis de madera, la boca cerrada por una bola de goma negra y un collar que me tiene sujeta a la estructura de atrás. Intento mirarme debajo y lo que alcanzo a notar es algo similar a ropa interior erótica, un arnés y atados a mis tobillos, tacones enormes de aguja.

La habitación es oscura. No discierno nada con claridad, por lo menos desde el lugar donde estoy.

Pero no sola.

Percibo pasos alrededor, de más de una persona.

Hasta que una mano femenina se aparece desde atrás.

No puedo moverme. Es una mano de chica, pálida y con las uñas largas pintadas de rojo, cuidadas de manera erótica al detalle. Me acarician la curva del hombro y exploran por mi pecho. Intento oponerme, pero no me puedo

mover. La mano se mete entre mis senos y me rasguña. La sensación se vuelve excitante, aunque estoy temblando. El miedo se mezcla con el erotismo, dejándome absorta porque una mano femenina me está excitando.

Hasta que aparece otra.

Muy similar a la primera, supongo que pertenece a la misma persona. Indaga en mi cintura y desciende hasta mi pubis. Acaricia el borde del tanga que llevo puesto y finalmente ingresa bajo la tela fina de la parte delantera. Traza movimientos circulares en mi vagina y, lentamente, abre mis labios menores encontrando mi clítoris...para acariciarlo con la punta de su uña. Lo mueve, lo mima, toca apenas y provoca que una sensación de sofoco me invada.

Hasta que aparece una tercera mano. Idéntica a las anteriores. Esta se mete por la parte de atrás de mi cintura y busca mis nalgas. Se cierra mientras siento la primera de las manos jugueteando con mis pezones, la segunda con mi clítoris y la tercera...acariciándome el ano. Ejerce presión y termino conmocionada con tantas sensaciones que me empujan a perder el control sobre mí misma.

El hecho de que sean manos de otras mujeres no tiene lugar en mi pensamiento. Esto me gusta, aunque asuste un poco, sentir las en mi cuerpo tiene sus implicaciones fascinantes.

Acto seguido una cuarta mano se aparece e ingresa su dedo pulgar en mi boca. Juega con mi lengua y chupo su dedo mientras me penetra con éste, ingresando y saliendo.

Luego, mi vagina y mi ano comienzan a ejercer presión. Las manos empiezan a penetrarme con fuerza, haciéndome ver estrellas en el proceso. Una quinta mano se aparece para encargarse de mi pezón izquierdo mientras la primera me hace ver luces de placer mientras juguetea con mi seno derecho.

Todas las manos me asaltan, se apoderan de mi cuerpo, me penetran, me producen placer.

Y me dejo llevar por ello.

Aunque se trate de mujeres.

Hasta que me siento a punto de acabar, de llegar al clímax de placer, cuando percibo unos golpes contra puertas y el sueño rápidamente me abandona, entregándome de nuevo al estado de vigilia.

Arrancándome de la excitante sensación...

Cuando abro los ojos, alguien llama a la puerta y mis manos están sobre mi cuerpo desnudo.

Soy yo de nuevo.

Solo dos manos.

Santo cielo...

Me...

Me estaba excitando con otras chicas y yo... Carajo, qué se supone que pasa conmigo. Nunca lo haría con mujeres.

Pero ese sueño me gustó en particular.

Acto seguido me levanto de la cama al escuchar que golpean nuevamente. Luego, la insistencia se termina y desbloquean la puerta para entrar.

Aiden y Marco se queda petrificados al verme desnuda sobre la cama, con la toalla a un costado e intento cubrirme en un acto reflejo.

—Di... disculpa —dice el morocho—, estábamos intentando llamar hace rato. Creíamos que te había...sucedido algo...

Acto seguido el rubio cierra la puerta tras de sí y se quita el saco blanco. Lo deja sobre un sillón al lado de la puerta y se quita la remera negra en cuello V.

—Aún no ha sucedido...pero está a punto de suceder.

Luego se viene sobre mí y lo recibo con ansia, dejando impactar su boca en la mía con voracidad.

Aiden me arroja de nuevo hacia atrás en la cama.

Arrojo al suelo la toalla mojada mientras recibo al rubio, quien me sujeta las muñecas con sus manos y me besa el cuello.

La situación me sumerge con intensidad en una nueva excitación, aún más fuerte que la de mi sueño.

Y mientras Aiden me lame el cuello, mordisquea y me produce sacudidas imposibles de soportar, observo a Marco quien permanece a un lado, observando, un poco sorprendido.

Cierro los ojos y percibo que se mueve. Giro el cuello hacia el lado opuesto mientras Aiden no deja ningún lugar de mi piel sensible sin explorar con su lengua deliciosa.

Intento espiar y capto que Marco también arroja su saco sobre una silla.

Aiden me empuja hacia atrás, dejando mi cabeza al borde del otro extremo de la cama mientras él se sube, atrapándome la orilla de las caderas con sus rodillas y apresándome las manos en cada lado.

Desde una perspectiva inversa, contemplo que Marco se desabotona los puños de su camisa y el cuello. Se acerca a mí, desabotonando también su pantalón. Se quita el cinturón y lo sostiene en una mano, mientras libera su prominente miembro viril para inclinarse y apoyarlo sobre mi rostro.

Con su pene me acaricia la frente, el ojo, la nariz y el glande reposa sobre mis labios.

Separo mi boca mientras Aiden succiona mis pezones. Marco ingresa su glande entre mis labios y lo recibo, aunque sólo la puntita desde esa perspectiva.

El morocho se deshace del pantalón y de su boxer, sin quitarse los zapatos y los calcetines. Abre su camisa mientras se incorpora a mi costado, afirmando una de las rodillas a un costado de mi hombro para poder cogerme la boca más adentro con su pene erecto y delicioso.

De hecho, la posición también me deja absorta, al notar que Marco se está acercando a Aiden...

Intento liberarme del enorme miembro de Marco para ver cómo provoca al rubio, quien se despegaba de mi cuerpo y atrae al primero a su boca.

Marco y Aiden se besan con ferocidad mientras me deleito con la felación. El morocho realiza movimientos pélvicos penetrándome la boca y lo recibo con frenesí.

El rubio besa a Marco con la boca abierta, rodeo uno de sus hombros y por cómo se marcan las venas en su brazo, noto que lo está presionando.

Marco también afirma sus manos sobre los hombros de Aiden como si intentase apartarlo y a la vez devorarlo.

Acto seguido el rubio se aparta, quitándose el pantalón y dejándolo en el suelo junto con sus zapatos. Queda en calzoncillos y calcetines cuando vuelve a acercarse a mí. Esta vez se coloca mis piernas sobre los hombros y se abre paso en mi vagina, para comerme desde abajo.

Me retuerzo en la cama al sentir su lengua atrapando mi clítoris y sus dientes mordisqueando mis labios menores mientras tengo el delicioso pene de Marco cogiéndome con ferocidad. Un hilo de saliva con presemen se me cae por el lado de la boca, humedeciendo el borde del colchón.

Hasta que la situación me empuja a querer más.

Aprovechando que Aiden me ha soltado las manos, me sujeto con estas de las nalgas de Marco, presionándolas con fuerza, clavando mis uñas cada vez que el rubio me hace estallar en el botón de placer.

El culo duro de Marco es asombroso. Jamás me había animado a tocar a un hombre con tanta ansia y animosidad. Menos aún el culo. Clavo mis uñas y lo atraigo aún más a mi boca, siendo que pese a que su glande me llega a la garganta, no logro terminar de meterme entero su miembro viril, pese a que lo esté recibiendo con la boca absolutamente abierta.

Lo empujo tanto sobre mí que Marco se inclina hacia adelante y queda a la altura de mi pubis, encontrándose así con el rubio ahí abajo.

Aiden se aparta de mí y besa a Marco en la boca. Al notar esto, me quito el pene del morocho y cierro mis piernas con fuerza alrededor de la espalda de Aiden.

Exploro con mi boca los testículos de Marco, metiéndomelos en la boca y succionando. Lamo y me deleito con su tacto mientras voy separando sus piernas y atrayéndolo más hacia adelante.

Hasta que mis labios tocan un punto sensible entre sus piernas, donde nacen sus nalgas lo cual provoca que suelte un gemido.

Con las uñas separo sus nalgas redondas y duras.

Aiden detiene el beso y observa con fuerza mientras Marco se deja caer sobre mis entrepiernas ansioso de placer y retorciéndose. Me fascina tomar ventaja, ser yo la que hace que estos tipos se retuerzan. Me fascina hacerlo enloquecer.

Y noto que he tocado un punto sensible cuando me animo finalmente a separarle las nalgas e introducir mi lengua entre ellas.

Realizo un movimiento circular que produce en Marco una curiosa excitación, como si se retorciera.

Siempre creí que hacer esto sería enfermizo, pero ahora me arrepiento. Verlo retorcerse así y enloquecer mientras se lo hago, provoca que me vuelva una adicta. Lo estoy penetrando con mi lengua mientras él gime de placer con la boca presionada a mi vagina, haciéndome vibrar como si se tratase de un circuito eléctrico prendiéndose fuego.

Acto seguido noto que el peso de Aiden se retira de mí y rodea la cama, para aparecer por el otro lado, detrás de Marco.

El rubio se agacha y me dice en un ronroneo:

—Carajo, hermosa, eres increíble.

Me da un beso en la frente y toma también el culo de Marco con sus manos, para entrar así entre sus nalgas y comérselo también. Yo me vuelvo sobre sus testículos y su pene para metérmelo en la boca, mientras él gime de placer contra mi clítoris, mordisqueando y succionando.

Una parte de mí me ruega acabar ahora, pero no estoy segura. Esto se pondrá aún mejor.

Veo la lengua de Aiden penetrar a Marco y debo presionar el abdomen para contenerme de acabar, sobre todo al sentir al morocho soltar un sufriente gemido de excitación.

De alguna manera, dejarlo imposibilitado, inhabilitado a continuar, me produce una excitación monumental. Puedo llevar la delantera en esto.

Así que me pongo de rodillas, apartándome de él y obligando a Marco a incorporarse de pie mientras Aiden lo pone a ver estrellas. Me dirijo hasta el cajón de la cómoda donde hay material profiláctico y saco un condón.

Abro el paquetito y me incorporo delante de Marco sujetándolo en parte para que no se deshaga delante de mí. Noto que está intentando no masturbarse, de lo contrario acabaría mientras Aiden se lo coge con la lengua y eso no lo hará, conociendo cómo es.

Así que le coloco un condón en el pene durísimo de Marco y me incorporo delante de él con las rodillas y las manos clavadas al colchón, levantando mi trasero y mi vagina, entregándome a él.

Marco me sujeta como si fuese una bestia salvaje, hambrienta. Se acomoda el condón y busca el punto exacto en mi vagina para cogerme desde atrás, inclinándome hacia arriba y levantándose.

Me muerdo el labio inferior cuando siento que entra en seco, duro, sin piedad dentro de mí.

Es hora de que demuestre su virilidad... aunque otro hombre lo esté llevando a una dimensión paralela de placer y excitación, lo cual es fascinante.

Y en cierta manera, a mí también, por permitirme la posibilidad de poder participar de tal ocasión imperiosa.

Acomodo mis manos sujetándome con fuerza, mientras Marco golpea su pubis contra mis nalgas, sujetándome por las caderas con fuerza. Me coge frenéticamente, despiadado, arrancándome gemidos de gloria y me permito gritar cada tanto, lo cual parece enloquecerlo aún más.

—Carajo —farfulla el morocho—. No... sé si... Demonios.

El estímulo en mi interior es lo único que hacía falta para saber que estoy al borde de alcanzar el clímax, lo cual parece notarlo Aiden quien se pone de pie y lo detiene a Marco.

—Hazlo tuyo—indica el rubio.

Miro hacia atrás mientras Marco se ubica delante de mí.

Y Aiden me gira hacia arriba con agresividad y experiencia. Me deja mirando el techo, cuando me toma de las caderas y, sin condón, me penetra. No tiene mucho sentido que se lo haya pasado antes a Marco si es que estoy tomando pastillas anticonceptivas, pero mi cabeza aún sostenía algo de racionalidad al intentar mantener los métodos tradicionales.

Hecho que ya no vale para Aiden.

Veo directamente al rubio con sus abdominales marcados sudados, las gotas de transpiración deslizándose por sus pectorales y las venas de los brazos marcadas mientras me sujeta con firmeza de las caderas y me penetra.

El hecho me produce una sacudida de adrenalina con cierto deje de dolor ya que el pene de Aiden es un poco más grande en tamaño que el de Marco, ambos igual de apetecibles.

Me sujeta y penetra sin piedad, ingresando en mi vagina con facilidad, aunque presione los músculos para retenerlo.

Marco se ubica detrás de mí, en mi cabeza y vuelve a penetrarme la boca con su pene.

Me ingresa el glande y succiono, cuando él evidencia una nueva sacudida de advertencia.

Aiden incrementa la velocidad, dejándome entre dolorida y extasiada.

Marco mueve la cintura contra mi boca, obligándome a comerme todo su miembro.

Hasta que finalmente lo siento y no lo puedo soportar más...

Un líquido lechoso y cálido se funde en mi boca. Rebase mis comisuras e intento no tragármelo, lo cual es inútil, pero no me molesta.

Permito que algo estalle dentro de mí, conduciéndome a las estrellas, fundiéndome en el universo entero cuando la humedad detona en mi entrepierna y Aiden también se corre en mi interior.

Una vez que termina, Marco cae en la cama a mi lado y acomoda su cabeza contra mi cadera, todavía vagando en una extraña dimensión.

Y quedo exactamente igual en cuanto Aiden se retira de mi interior, dejándome absorta en un mundo que me hace levitar.

Al tiempo también que Aiden cae de rodillas contra mis muslos y apoya su cabeza contra el extremo de mi cadera, contrario al que Marco está recostado.

Ha sido exquisito...

Lo es. Lo está siendo.

Y el hecho de poder permanecer con este hombre, hace las cosas aún más desquiciadas.

Estoy a punto de desvanecerme en la nada misma.

Por un instante.

Sólo por un instante, parece que nada tiene sentido, que las preocupaciones han desaparecido.

Descubro una parte de mí que no conocía antes. Una Tania despreocupada y feliz, evadiendo las ansiedades, sumida en el amor, en su versión más cruda y natural.

Hora de la fiesta.

Es alrededor de la piscina en la parte trasera del salón principal, una enorme estructura ovalada con *jacuzzi* a un costado nos inunda de luz azul y un clima playero, festivo.

Alrededor de la piscina yace un patio enorme con palmeras, césped, tumbonas y barras de tragos, meseros repartiendo aperitivos en bandejas y una agradable músicaailable, no muy estrambótica.

El entorno resulta asombroso, para quien anda con la conciencia limpia...

Me permite tomar atuendos cómodos (bajo la supervisión de Ángel, por supuesto) que no pensaba que me gustaría llevar.

Por primera vez en mi vida me siento cómoda, dentro de la vida y el mundo que toda la vida anhelé conseguir.

Sólo temo estar dejando de lado mi juicio crítico. Sólo debo...no pensar demasiado en cuánto está teniendo que cambiar mi vida para poder sostenerme en este mundo de ensueño.

Las condiciones han sido tajantes: perdí la confianza de mi familia, estoy permitiendo que dos hombres hagan a gusto con sus apetitos sexuales y debo guardar un secreto tan grande que podría enviarme a la cárcel en cualquier momento.

Ha muerto un hombre, santo cielo, ¡un hombre! Y no puedo decir una palabra de ello.

Hay un loco suelto que algo tiene que ver con todo esto y no sé si realmente estoy protegida. ¿Hasta qué punto debería confiar?

Como dije, sólo si no pienso demasiado en las cosas, puedo permitirme disfrutar del lujo. Dejando de lado asuntos que involucran mi dignidad, mi legalidad y mi futuro, me concentro en cosas banales.

Mi ropa, por ejemplo.

El *outfit* que tengo puesto esta vez es un pantalón *palazzo* hasta por encima de los tobillos color canela y con una abertura en mi pierna derecha que va desde mi muslo hasta el final del pantalón, en mi torso un top con

vuelos que llegan hasta mi abdomen y descubren mis hombros, sandalias bajas y, un pedido particular que hice para esta ocasión fue que los pantalones llevaran bolsillos. Originalmente no los tenía, pero las personas del hotel son encantadoras y mandaron a hacerlos. Imagino cuánto han de estar cobrando.

Ahora tengo donde llevar mi pequeña cartera con el celular. De necesitar algo más como elementos femeninos, lo puedo hacer buscando las cosas por mi habitación. Si quiero algo en este maldito hotel cinco mil estrellas, ¡sólo debo subir a mi habitación! Como una maldita ama, dueña de casa.

Una mano se cierne sobre mi cintura y mis sentidos se alertan como si se tratase de algún peligro inminente.

Observo a mi costado y me encuentro con Marco. Como decía, peligro inminente.

A continuación, el brazo de Marco se cierra sobre el mío derecho y me acerca a su cuerpo duro como una maza. Es hermoso, pero mis pensamientos de sexo se fusionan con la culpa, la duda y la desconfianza. Una combinación riesgosa.

—¿Estás bien, nena? —me pregunta al oído, y con sus labios acariciando la piel sensible de mi oreja es suficiente para alejar muchos de los fantasmas rondando mi mente.

—Claro —murmuro—. ¿Dónde se encuentra Aiden?

Traga saliva antes de responder.

—Se encuentra ahora mismo con el asunto de la sala de operaciones informáticas. No te preocupes, está llevándolo todo con prudencia.

¿Qué significa “con prudencia”?

Antes de emitir una nueva pregunta, percibo que algunas personas invitadas se van adhiriendo al complejo veraniego.

Muchos de ellos captan la atención de Marco con saludos al pasar, donde prefiero hacerme a un lado y no ser vista más como “la chica de”.

Hay un juego de tumbonas junto a la piscina, donde tomo asiento luego de que un mesero me alcance una copa con frutas frescas y alguna bebida alcohólica. Un minuto después, Marco me acompaña en la que está a mi lado y pide un mojito.

Tomamos asiento en dos de las tumbonas para contemplar el juego de luces que hay sobre el agua de la piscina y el azul reflejado a nuestro alrededor.

—Por fin terminando la jornada —afirma Marco, después de dar un trago a su bebida. Sus labios se humedecen en una fina línea rosácea.

—Una jornada encantadora y espeluznante. —Pincho una cereza con una cuchara alargada en mi vaso y me la meto a la boca. El sabor en conjunción con el alcohol es fabuloso, pero no lo suficiente como para dejar mi mente en remojo—. Estaba necesitando una de estas.

—Te sugeriría que bebas cuanto gustes, aunque con cierta moderación.

—¿Por qué? No tengo que conducir.

—No. Pero hay prensa esta noche... e inversores.

Inversores.

Putos inversores, empieza a hartarme un poco no poder vivir mi vida a gusto sin tener que pensar lo que dirán los medios o la gente que tiene suficiente capital como para poner su dinero en mí.

Después de todo... elegí meterme en esto. Aunque empiezo a sentirme usada y atada, no es precisamente la libertad que necesitaba.

Es insoportable tener que vivir agradando a los demás.

—¿Alguna vez has intentado dejar de pensar en lo que dirán los demás?
—mi voz sale con petulancia y agotamiento.

—Claro que sí. Y lo haré cuando mi chequera no dependa de ello.

—No todo en la vida es dinero, ¿lo sabías?

—Estás en lo cierto. Pero sin el dinero, no es posible la vida.

—Uf —suspiro.

Y lo más jodido de todo es que es cierto. De pronto pienso en mamá llegando agotada cada día de trabajar luego de haber estado haciéndolo por unos pocos pesos, pienso en papá llorando sobre la mesa contra el periódico lamentándose por no conseguir empleo, pienso en mis hermanos quejándose por no poder tener el material de estudio que tienen sus compañeros.

En gran parte, no quiero que esto se termine.

Necesito que no se termine.

Aunque mi familia no entienda que intento ayudarles, lo haré de todas maneras.

En su otra cara, la sexual, va siendo una experiencia asombrosa, con sus pros y sus contras. Estos últimos definitivamente fueron más que los primeros, por eso mismo es por lo que temo el regreso.

—¿Y qué planes hay para mañana? —murmuro.

—Tendrás la mañana libre. Al mediodía hay un almuerzo con

inversionistas al que será adecuado que puedas venir. Más tarde tienes una sesión de fotos para el tipo de la revista que te preguntó esta mañana...

—Sí —murmuro—, lo recuerdo.

—Serán unas fotos ágiles. Hoy la revista tiene una distribución mayormente *online*, aunque alcanza a un público inmenso con su agencia de modelos. Probablemente por la noche salgamos a cenar.

—Probablemente —murmuro, esperanzada de encontrar un ratito de poder llevar a cabo algo más...

Sin embargo, la conversación se ve interrumpida por un hombre trajeado que se aparece.

En verdad no lleva saco, sólo un pantalón de vestir negro, camisa blanca desprendida en el cuello y arremangado, mostrando un reloj dorado y exageradamente brillante. Ha de ser oro.

—¿Tania y Marco? —murmura.

El morocho parece no reconocerlo, sin embargo, piensa nuevamente, se pone de pie y extiende la mano del recién llegado.

—Hey, colega de negocios —murmura, estrechando en un abrazo a Marco. El recién llegado no es un fortachón, apenas mide unos centímetros más que yo, su piel es tostada, los ojos son un poco rasgados, tiene los labios rectos y los ojos negros como el carbón.

—Tania —dice Marco—, te presento a uno de los socios de la compañía de Aiden. A partir de mañana, posible asociado a la cadena de Younger.

¿Cadena? ¿Siguen pensando en multiplicar su fortuna?

El tipo me toma la mano derecha y la besa, en un extraño gesto de cotejo.

Me mira con sus ojos, tan oscuros como la boca de un lobo, mientras se presenta:

—Es un placer enorme para mí poder conocerla finalmente, señorita. Mi nombre es Jeill Nahej. He oído hablar muy bien de su trabajo.

—Ah. —Retiro la mano—, entonces Jeill. ¿Y tú eres...?

—Inversor, como bien dijo tu... pareja, o tu tercera parte. Aporto dinero a ciertas negociaciones, poseo una página web junto a unos amigos y una aplicación que recauda muy bien, además de estar lanzando a las propias estrellas de ese soporte

—¿Propias estrellas?

—Cada aplicación genera a sus ídolos. Tú eres marca registrada de Younger.

Marco se aclara la garganta.

—¿Quisieras comentarle de qué trata tu web? —interviene.

El interpelado sonríe con elocuencia y responde:

—Pues, porno.

Ah, ya.

—¿Entonces lanzas al mundo a estrellas del... porno? —murmuro.

—De distintos ámbitos, hacen cosas realmente extremas.

Parece ser que algo intenta Marco, aparentemente asustarme o tratar de mantenerme alerta de que este tipo es un tanto extraño. Pero sus planes se ven intervenidos en cuanto el ruido de un celular bramando interrumpe la tensa atmósfera.

—Oh, disculpen.

Marco es quien recibe una llamada y anuncia que hay inconvenientes con un envío de la fiesta, asuntos de ser “rector empresario”.

El punto que no me gusta es que deba dejarme a solas con Jeill, más aún si antes de irse advierte que “vuelve enseguida”.

—¿Te parece si tomamos asiento un momento? —me ofrece el sospechoso en cuanto quedamos a solas.

—No lo sé, es que tengo algunas cosas que coordinar yo también —miento.

—Vamos, Tania. Los dos sabemos que tú no haces absolutamente nada aquí más que sonreír para las cámaras y hablar “en nombre del amor”.

La manera en que acaba de hablarme me resulta agresiva, impactante y muy por fuera de lo adecuado. ¿A qué se ha debido eso?

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?—pongo los brazos en jarras y confronto a este imbécil.

—Lamento que tengamos que conversar en estos términos, pero seré sincero contigo. Y es que tu imagen es una de las más codiciadas en las últimas cuarenta y ocho horas, cuando lo más probable es que no hagas más que crecer. Será hasta que ese par de imbéciles se hayan hartado de usarte y te reciclarán como cualquier otra de las zorras que acostumbran a tener.

—¿Có... cómo acabas...de...llamarme?

Cada una de sus palabras me resulta una vil bofetada. Quisiera sacar las uñas y enterrárselas en las pelotas, pero el impacto me deja absolutamente consternada, dolida, sin terminarme de creer lo que insinúa.

—Linda, te has metido en un mundo donde es difícil entrar y donde necesitas más que talento para lo que lograste tan pronto. Un golpe de suerte y marketing, por supuesto. Pero más difícil que entrar en este mundo es mantenerte.

Jeill se incorpora una mano en la cintura y me muestra un revólver que trae en la cara interior del saco, lo cual me obliga a retroceder un paso llevándome una mano temblorosa al pecho.

—¿Quieres ahora que conversemos un rato? A solas. Tengo algo que proponerte.

Santo cielo, me hará daño. Mucho daño.

Por algún motivo siento que lo hará de todos modos, tanto si me alejo de como si no. ¡Cerdo asqueroso!, ¿qué rayos quieres?

Miro hacia atrás instintivamente en busca de ayuda, de quien sea, sobre todo de mis chicos protectores, quienes de pronto parecen no serlo tanto... ¿Es probable que me hayan empujado a la boca del lobo? ¿Por qué no están? ¿Por qué todos parecen potencialmente peligrosos?

—Mírame a mí, linda —me advierte—, no quiero que un gesto extraño de tu parte nos incomode las cosas.

Por la grandísima mierda, no puedo parar de temblar y hay un sujeto delante de mí. ¿Tendrá que ver con el asesino que entró hoy? Recuerdo el rostro de este último y no era para nada parecido al que tengo ahora mismo adelante. Este más bien parece un pervertido desesperado. Acto seguido busco en mis bolsillos y palpo el celular. Él mira lo que hago. Estoy perdida.

—Qué pena que debas dejar tu móvil ahora mismo junto a la tumbona.

Jeill me dedica una inmunda sonrisa falsa.

—Toma asiento distraídamente, conmigo a la vez.

Él lo hace, aunque cuando empieza a moverse, me observa a mí haciendo lo propio.

—Hay cámaras en todas partes, tenemos que hacer bien las cosas para que nadie salga herido esta noche o mañana, quizás.

Cielo santo.

Sin otra opción hago lo propio imitando sus movimientos con torpeza: me siento en la tumbona junto a la de él, dejo el celular distraídamente a un costado y, por consiguiente, me obliga a apagarlo:

—Ya sabes —explica—, no sea que estés grabando o algo parecido. Mejor nos aseguramos de que están las cosas bien entre nosotros.

Con el corazón sumamente acelerado sigo las órdenes que me indica, mientras mis ojos buscan desesperadamente las cámaras o la cercanía de un rostro de confianza. ¡Por qué no aparecen!

—Eso es, linda. —Una vez tiene la certeza de que estoy haciendo las cosas debidamente a su gusto, se anima a proseguir—. Sé que eres una acompañante pagada, de esas que por unos billetes se quitan las bragas, por ello es que quiero contratarte en cuanto cese el pacto que tienes con este par de babosos con suerte.

—¿Q...qué?

Es imposible. Es imposible que lo sepa. Esto ha sido un secreto que sólo conocemos nosotros tres, quizás Ángel, aunque ella no tiene absolutamente nada que ver en esto ahora mismo.

¿Es probable que ellos hayan negociado con Jeill? ¿Me hayan... negociado? No. No. Ellos...no harían algo así. No lo harían. Me quieren. Lo evidencí hoy por la tarde y por la mañana, soy importante para ellos, más allá de lo que me pagan, más que cualquier ínfimo depósito que hayan podido hacerme.

—Seguramente tienes una larga lista de espera en tus clientes —murmura, aunque no lo sé, no he respondido ningún mensaje luego desde que inicié este viaje. De hecho, desactivé las notificaciones de la aplicación porque me estaban volviendo loca—, pero estoy dispuesto a pagarte una buena suma de dinero a cambio de que me des prioridad en ser el siguiente.

—Yo... no... no habrá siguiente.

Y la acabo de decidir justo ahora. Aquí se termina todo.

—*Ouch*, no sabes cuánto lamento escucharte decir eso. —Cuando una mínima posibilidad de esperanza parecía asomarse, él endurece el gesto y agrega—, lástima que tengas que cumplir con tu parte si no quieres que haga tu vida imposible a partir de ahora. Esto no es una pregunta, Tania. Seré tu próximo cliente. De hecho, ya lo soy.

Mis ojos se abren como platos al escucharlo decir las últimas palabras, el cambio en el tiempo verbal de sus insinuaciones.

—¿A qué te... refieres?

Realmente temo lo peor...

—Tania, no te haces una idea de lo que he tenido que pagar para llevarte conmigo esta noche.

No. No.

—¡No, no!

Me pongo de pie de inmediato y retrocedo.

Luego del grito, noto que todas las miradas se giran para mirarme y para observar a Jeill. Lo peor es que no noto un gesto de reprobación en los demás sino hacia mí.

—Linda, ¿qué sucede?

Él me mira haciéndose el imbécil.

Luego baja el tono y farfulla:

—Siéntate ahora.

—¡Aléjate de mí! ¡Vete de aquí ahora!

Mi corazón no es más que un montón de martilleos atorándose en mi pecho. El asco me produce un intenso retortijón en el estómago solo con imaginarme las consecuencias de cambiar de... compañía esta noche.

Ayer estaba con uno, luego con otro, hoy con dos, mañana con un tercero. ¿En qué carajos se piensan que me estoy convirtiendo?

No, no, no soy esto.

—¿Tania?

Marco se acerca corriendo hacia mí. Parece un poco tenso aunque su tono siempre sea despreocupado.

—Nena. —Una vez que ya está a mi lado, me aferro a sus brazos como si fuesen una especie de hogar para mí. Sin embargo, no logro sentirme cien por cien segura, luego de notar todo lo que ha sucedido en las últimas horas—. ¿Va todo bien?

Me mira a mí y a Nahej.

—Yo —mi voz sale en tensos temblores—, yo quiero volver a mi habitación y acostarme a dormir ahora mismo. De hecho, quiero volver a casa. Esto es una verdadera locura, me tiene harta.

—Tania, cielo, tranquilízate. —Marco me recibe en su pecho mientras me hundo en él para llorar. Sé que aún somos el foco de atención—. Jeill,

¿podrías dejarnos a solas un momento?

¿Que si podría dejarnos a solas? ¿Por qué no le da un puñetazo y lo manda a dormir? ¿Qué rayos le pasa?

—Claro, justo debía ir al baño —advierde y se marcha.

Me quedo con Marco, quien me propone tranquilizarme.

—¿Quieres que busque un vaso con agua? Nena, estás temblando. Puedo pedir algún relajante a enfermería.

—Sólo... sólo quiero regresar a casa.

Mi voz se oye realmente angustiada. Es como si saliera directamente desde algún lugar vacío en el centro de mi pecho.

—Pero... no entiendo por qué te has puesto así. Retomemos tu idea inicial y subamos a la habitación así me cuentas, un poco más tranquila. ¿Sí?

—Por supuesto que no lo entiendes, si me dejaste sola con él.

—Subamos, Tania. No puedes estar así... aquí. Esperemos a que te relajés un momento y bajamos...

—No pienso bajar. Iré a mi habitación, haré mi puta valija y me largaré de aquí.

—Bueno, nena. Vamos. Te acompañaré.

—¡No! ¡Quiero estar sola e irme sola!

El gesto de Marco se endurece y es como si una sombra descansara sobre él.

—Lo siento, Tania —murmura él—. Pero las cosas ya no se harán como tú quieras.

—¿Qué?

—Subamos a la habitación de una vez. Ya he tenido un día lo suficientemente difícil, no juegues con mi paciencia, nena.

Marco cierra la puerta tras de sí.

Yo corro hasta mi armario y saco todas las cosas, buscando meterlas en la valija tan rápido como puedo, sin preocuparme por si se arrugará algo o si se estropean las cosas. Quiero huir de aquí.

—No puedes irte ahora.

Una ráfaga de aire frío atraviesa mi pecho.

Cuando Marco dice esto, me vuelvo a él. Tiene las manos en los bolsillos y el gesto torcido. Se lo ve agotado, molesto y con muy poca paciencia. No es el mismo de antes, no es *mí* Marco.

—¿Qué carajos te pasa?

—Nena, tú sabes que no puedes estar haciendo esto, ¡a ojos de los medios y de los inversi...

—¡Al carajo tu prensa y tus inversionistas! ¡Al carajo tu dinero! ¡Me largo de acá!

—Pero, ¿qué es lo que ha sucedido allá abajo?

—¿Tienes idea de qué clase de persona es ese tipo?

—Sí. Es un amigo. Tiene sus cosas, pero ello no implica que deja de ser un amigo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo la clase de persona que es?

Marco suspira y levanta sus manos pidiéndome que me relaje.

—A ver. —Intenta ponerse en mi lugar—. ¿Por qué mejor no me dices qué fue lo que sucedió con él que te sacó tanto de tus cabales? Me preocupas en verdad, no quisiera que nada malo te suceda.

Quiere... quiere que me marche con él. Quería hacerme algo. Algo sucio. No sé bien, dijo que pagó, pero yo no he realizado ninguna transacción desde la web, es imposible que lo haya hecho. No he consentido irme con él y soy la única persona que puede hacerlo.

Pero, por algún motivo, insistió en que lo mantuviera en secreto.

Lo primero que pienso es en mi familia.

Son vulnerables. Hacerles daño no sería tarea difícil para la clase de

personas que son ellos.

—Tú —murmuro—, ¿en verdad no sabes de qué se trata?

—Caray, Tania. No tengo idea de qué estás hablando.

Mi respiración busca la cordura.

Una pizca de mi confianza ha retornado a él, aun cuando puedo seguir temiéndome lo peor de su parte.

¿Cómo es eso de que ha pagado? ¿A qué habrá podido referirse?

¿Es posible que Aiden sepa algo?

¿Y si por preguntar no hago más que poner el pie en el acelerador del peligro?

Intento localizar algo de calma mientras empujo la valija al suelo, dejándola caer con sus cosas. Me recuesto encima y pienso detenidamente. Aunque creo que ese es precisamente el error: pensar. Encerrarme en mis pensamientos es la peor parte, mi cabeza tiene la culpa de casi todos mis problemas.

Es como si el mundo se hubiese vuelto loco y yo fuese la única que entiende lo que está bien. ¿Por qué no puedo entender a los demás? ¿Eso es “lo normal”? ¿Por qué no puedo actuar como ellos?

—Tania —murmura Marco, evidentemente preocupado e incorporándose a mi lado, en la cama—, entiendo que todo esto puede que haya sido demasiado para ti. Debimos haber supuesto que no podrías manejarlo, en verdad que al comienzo pensamos que podríamos protegerte del impacto que te causaría cierto entorno, pero esto es muestra de que hay estilos de vida que no son para todas las personas. Y lamento que no hayas podido adaptarte. Ha sido todo muy repentino para ti. Es evidente que no estabas preparada y ahora empezamos a ser capaces de notarlo.

Se recuesta a mi lado y, por un instante, capto sus palabras como un insulto horrible. Pero está en lo cierto: no he sabido cómo manejar estas situaciones, tales desafíos. Se trata de un estilo de vida que...nunca ha sido para mí. Y no podría adaptarme tan pronto a él.

—Ay, Marco —mi voz sale como una llamada en busca de amor y me acurruco contra él, contra su pecho, hundo mi nariz en su camisa y capto que ha dejado el saco en la silla antes de acostarse conmigo. Intento apartarle la corbata y me aferro a su cuerpo como si el mundo fuese una masa turbulenta y él, mi última alternativa estable de la que sostenerme.

Una vez que me siento aferrada a su cuerpo no lloro, pero sí sale de mí un intenso gimoteo, un lamento, una fibra sensible que se siente en plena desorientación. Tan grande como cada uno de los recuerdos de mi vida.

Un pasado al que no quiero volver.

Un presente abrumador.

Un devenir impreciso.

Mi corazón está siendo aplastado a cada paso que intento dar por esforzarme en querer realizar algún progreso en mi vida y no estar condenada para siempre en la miseria.

Sólo lo tengo a él.

Todo allá afuera parece inmensamente peligroso.

Demasiado.

—Chis..., relájate. Duerme si así lo quieres —me dice él con voz aterciopelada mientras me acaricia el cabello.

Su gesto se siente bien. Tan bien que me asusta.

Pero no puedo vivir con el miedo constante de todo lo que me gusta. De mi deseo más profundo.

—Marco —murmuro, levantando la cabeza y encontrándome con su quijada cuadrada y sus labios hermosos. Una ligera sombra empieza a marcarse en su cuello y alrededor de la mandíbula, al parecer, no es de los que se rasuran al ras—, ¿te dije alguna vez que me gustas más con barba?

Él agacha un poco más la cabeza y una sonrisa se marca en su semblante cansado, encendiéndose una chispa de energía.

—Me la dejaré crecer entonces.

—No tanto, así eres perfecto.

Y deposito un casto beso sobre sus labios, dejándolo con ganas de más en cuanto me aparto para decirle:

—Tú no permitirías que a mí me ocurriese algo malo, ¿verdad?

Sus cejas se juntan en un claro gesto de molestia o consternación. Este chico tiene su mística, su punto indescifrable que lo convierte en un verdadero bombón.

—Claro que no lo permitiré...mientras tú elijas estar conmigo.

Sus palabras resultan una garantía.

El punto de mi consentimiento es fundamental para saber que me respeta y que no es quien ha negociado con Nahej.

Pero ahora mismo aparto a ese imbécil de mi cabeza para presionar mi cuerpo contra su erección.

Elegir estar con Marco, es también elegir estar dentro del infierno. He corroborado que no es el diablo mismo, hay otros peores, pero sí está muy cerca del demonio mayor.

Y, por ahora, elijo quemarme un rato...

Cuatro días más tarde.

Termino de llenar la solicitud justo luego de ingresar los datos del depósito bancario para poder enviarla.

Estoy a solo un *tap* de “enviar”. Un *tap* y no un *click* porque es desde mi celular nuevo, ya que el viejo lo perdí hace unos días en una inoportuna fiesta.

Encontré la ayuda que necesitaba.

Ayuda desesperada.

Por ello es que, ahora mismo, me encuentro en el puente del Garden en mi ciudad de siempre. Boston. Pero mi mente tiene en perspectiva Nueva York.

Finalmente me podré marchar, no sin tener en mente tantas situaciones, tantos riesgos, tantos recuerdos...

Pero ahí está.

El *ENVIAR* insiste en la pantalla.

Al otro lado está la opción de *CANCELAR*.

La voz de mi conciencia me recuerda que ya lo he pagado, que hice un depósito jugoso para poder concretar tal movimiento, aunque esa inversión ha sido nada comparada con el dinero que ahora tengo en la cuenta.

Y todo por haber tenido que entregar a los malos.

Sólo lamento que tuve que ser un poquito mala yo también.

Ya que hubo también el rasgo de la inocencia filtrándose en uno de los nombres que puse en riesgo.

Aun así no me arrepiento.

Debía hacerlo.

Creo que nunca volveré a estar del todo tranquila, pero al menos, puedo estar segura de que a mi familia no volverá a faltarles comida.

La pantalla parpadea cuando se apaga y deslizo el dedo para que se encienda nuevamente.

Parece recordarme “Oye, Tania, ¿Qué harás? Decídete de una vez.

El problema es que no puedo evitar pensar de dónde vino ese dinero y cuánto tuve que hacer por ello...

Lo bueno es que he aprendido una lección muy valiosa: hay que ser un poquito hija de puta para obtener lo que una quiere. De lo contrario, a tus enemigos les será sencillo arrasar contigo.

Y enemigo, hoy, puede ser cualquiera.

¿Ya viste quien está detrás de ti?

Cuatro días atrás

Desprendo la camisa de Marco con intensa vehemencia. Como sediento que lleva días enteros sin probar una pizca de agua.

Hago que algunos botones salten, pero a ninguno de los dos parece importarnos.

Marco me recibe mientras deposito suaves besos en su pecho, dulces, lentos. La fascinación provoca un cortocircuito en nuestra facultad de razón.

No conseguire embriagarme con alcohol esta noche, pero al menos podré embriagarme de él.

Las manos de Marco se enredan en mi cabeza al tiempo que desciendo con mis besos probando sus firmes abdominales y succionando de ellos, deleitándome con el sabor de un ligero deje a perfume y jabón de menta.

Mis manos encuentran su cinturón y lo deshago.

Finalmente logro apartarlo y desabrocho su pantalón, bajando así la cremallera y también mi boca, que prueba con frenesí de su ombligo marcado en un abdomen duro como la roca. Ya tengo su paquete en mi mano, presiono por encima de la tela del bóxer y bajo más hacia él consiguiendo asirlo con la mano completa y aun así me resulta insuficiente. No importa cuántas veces al día tenga de él, por suerte, jamás podría acostumbrarme. Pero me será difícil el día que tenga que vivir sin él, sin su sexo, sin ese miembro que tan bien he tenido oportunidad de conocer este último tiempo.

La belleza de Marco es increíble. Casi, diría yo, que inhumana. Es de ese tipo de hombres que te resulta incómodo mirar de tan maravillosos que son sus rasgos, su cuerpo, sus ojos, su sonrisa, todo de él. Es esa clase de hombres que te hace sentir afortunada de poder estar cerca.

Ni hablar de tener su hermoso miembro presionando contra mi voluptuosidad...

Su pene se convierte en mi perdición, dejándome en parte, atolondrada. Lo libero y lo cierro en mis manos. Las venas se marcan alrededor del

miembro erecto, el glande sobresale alrededor de la piel del frenillo, mi mano lo presiona deslizándose, provocando que brille la abertura del glande y tentándome a querer tener eso para mí.

Pronto acerco mis labios y con la punta de la lengua lamo la gotita de presemen que se desliza, impulsando que de su boca se libere una maldición y un intenso gemido.

—Ay..., carajo.

Lo miro y él cierra los ojos.

—No, no... No me mires que... me correré pronto si lo haces. No me mires.

Sus palabras tienen cierto deje divertido que logra encenderme aún más. Me gusta ser la chica que tiene el control.

Deslizo mi lengua alrededor del glande, regresando mis ojos a él y juntando apenas los párpados mientras disfruto lamiendo la puntita, provocando intensas sacudidas como si de una corriente eléctrica se tratase.

Marco desenreda sus manos de mi cabello y las cierra alrededor de la tabla en el cabezal de la cama.

Mis labios suaves se deslizan alrededor del glande y van más hacia abajo, tratando de meterme todo lo que puedo. Esta vez siento que puedo manipular más adentro de mi boca. Me ocupa todo el paladar y capto que la estrategia está en no respirar mientras la dejo entrar en mi boca hasta la garganta. Así logra entrarme completa y no me ahogo. La sostengo ahí, succionando y la dejo salir, relamiéndome la saliva y el presemen que se deja caer alrededor. Anhele profundamente todo de él, que nada se derrame.

—Caray, nena, eres...alucinante. —Marco vuelve a mirarme, sin embargo evado sus ojos y retorno a mi plan de meterme todo el pene en la boca. Esta vez, succionando con mayor fuerza y rapidez.

Sus gimoteos de placer y las sacudidas en su entrepierna mientras lo tengo al borde de desvanecerse, son todo lo que necesito para volver a confiar en mí misma.

Puedo hacer que un hombre tan poderoso quede rendido a mí.

Puedo disfrutar de alguien así.

Soy capaz de hacerlo padecer, sin permitirle correrse hasta que yo lo decida.

Creo que también estoy preparada para jugar aún más sucio...

Cuatro días más tarde

Marco.

Me he dejado perder en mis pensamientos mientras divago recordándolo. Definitivamente tuve grandes experiencias en ese viaje, pero aquella fue la más impresionante de todas.

Porque, por una vez, por primera y única vez, sentí que la conexión no era sólo sexual. No era sólo a nivel de los apetitos más básicos y descontrolados. Sino que se trataba de algo especial.

Él me quería.

Y yo podía disfrutar con él.

Era bueno en la cama, generoso, pero muy territorial. A excepción de Aiden, su territorio podía ser compartido por él.

Marco nunca entendió que no podría controlar de tal manera y para siempre su costado más instintivo. Si disfrutaba conmigo, también podía disfrutar con él; lástima que sus ideas de “buen caballero” le resultaban un tanto con dificultades para vivirse a sí mismo con libertad.

Aún recuerdo cuando me lo encontré aquí, en el puente. Es un hombre magnífico. Quisiera que no volviese a jugar para “El Mal”, aunque no puedo decidir por los demás.

Sólo tengo opción de disponer y salvarme a mí misma.

Quise protegerlo.

Quise, pero no pude.

A unos metros de distancia, localizo personas caminando y enfrascadas en su conversación. Otras se valen de este sitio para correr, realizar una rutina de ejercicios, o simplemente, pensar y tomar una de las decisiones más importantes de toda su vida.

Como es mi caso.

Finalmente me armo de valor y pulso el bendito botón en mi celular.

Demora unos segundos hasta que finalmente un cartel y un verificado se

aparecen para constarme que mi solicitud ha sido enviada.

Al fin.

Ya está.

Ha sido enviada.

No hay vuelta atrás.

Esta puede ser la gran oportunidad de mi vida.

Tres días atrás

El puente está a punto de caerse.

Debo caminar sin tener que mirar hacia abajo.

En cualquier momento se podría soltar y derrumbarse, o bien, me puedo desplazar hacia los costados, desplomándome infinitamente.

El entorno se percibe entre gris y rojo, con densas nubes cubriendo en lo alto, viento fortísimo que hace tambalear el puente y un conjunto de gritos que me dejan aturdida.

Hasta el punto en que reconozco...uno de esos gritos.

Es un pedido de auxilio.

De mamá.

Gritando mi nombre.

Miro hacia abajo con temor, pero la oscuridad es tal que la profundidad se traga la espesura.

—¡Tania!

Esta vez la voz no vino de mamá, ni desde abajo. Sino de mi espalda, a unos metros de donde estoy a mitad del puente.

Es Marco.

Está con Aiden, quien añade:

—¿Dónde vas, Tania? ¡Vuelve con nosotros! ¡Estás en peligro si te marchas!

No comprendo bien por qué, aunque escucharle hablar me produce un retortijón de estómago. Siento que me miente.

Siento que lo detesto.

Que no me quiere.

Que me usa para incrementar sus inversiones y lo usa a Marco para sus apetitos individuales.

—¡Vuelve acá, Tania!

Insiste.

Pero los gritos de auxilio de mi mamá me hacen sentir ganas de ir en su ayuda. A los que se suma la voz de mis hermanos y de papá.

—¿Cómo...llegaron ahí?

Marco y Aiden insisten en que regrese.

Pero no puedo hacerlo. Es peligroso.

También lo es dejarme caer.

Sólo me queda seguir. Avanzar. Ir hacia adelante. Y evaluar en el trayecto lo que es necesario, lo que es importante para mí subsistencia.

—¡No, Tania!

Marco intenta advertirme, pero corro hacia adelante. Corro lo más rápido que puedo. Él viene tras de mí, por orden de la manipulación de Aiden. Yo me obligo a llegar pronto al otro lado del puente hasta dar con tierra firme.

—Lo siento tanto, Marco —murmuro.

Y antes de que el puente se corte, dejándolo caer, una vibración extraña se mete en mi cabeza, arrancándome del mundo onírico.

—¿Tania?

Me sobresalto.

Sobre todo, porque a quien acabo de escuchar es a Marco y no precisamente dentro de mi cabeza.

Me cuesta ubicarme en tiempo y espacio hasta que finalmente distingo quién soy y dónde estoy.

Mi cama.

Desnuda.

Con él.

También está desnudo... a mi lado.

—Tania —me dice Marco, pasándome su móvil—. Es una llamada. Para ti.

Lo miro un poco obnubilada aún y observo que tiene su celular. Afuera comienza a amanecer.

—¿Quién me llamaría a *mí* a *tu* celular? —le pregunto.

—Al parecer perdiste el tuyo anoche en la fiesta —me explica y mis neuronas hacen chispazos—, cuando huiste hasta el cuarto. Alguien lo encontró.

—¡Oh!

Tomo rápidamente su celular y distingo que en efecto se encuentran llamando desde mi número.

Pero también capto que Marco me tiene agendada como “Chica Younger”.

¿Por qué demonios me nombra de esa manera?

Lo observo nuevamente de reojo, pero ya está con los ojos cerrados de nuevo.

—¿Hola? —murmuro.

Y quien está al otro lado me contesta sin vueltas:

—¿Tania? Buen día, disculpa que te moleste, pero tengo que encontrarte pronto. En primer lugar, debes apartarte y quedarte sola.

Miro en dirección a Marco otra vez.

No ha escuchado, ya que acaba de entrar en estado de dormitar.

—¿Disculpa? —murmuro.

—Tania, necesitas mi ayuda y yo la tuya. Déjame que te explique, pero, por favor, vete en silencio de dondequiera que estés y quédate sola. O podrías correr grave peligro.

—Disculpa —murmuro en dirección a Marco—. ¿Te molesta si me llevo el móvil al baño? Debo ir urgente, sin embargo, esta persona me dará las indicaciones para buscar mi celular.

—Hum...

Su respuesta, medio dormido, la tomo como un sí y me levanto de la cama.

Busco una bata al pasar por el armario y me la voy colocando hasta llegar al baño del cuarto donde me encierro con el celular de mi acompañante.

—Dime —insto, una vez dentro—. Qué...es lo que quieres. —Las palabras salen en medio de mi corazón encogido.

Su respiración lenta al otro lado es todo lo que escucho durante unos segundos hasta que contesta:

—Eres astuta.

Escucharle decir eso me llena de bronca. Se piensan que por ser “la chica del trío” o “la chica del poliamor” no sería capaz de forjar un camino propio y captar que nadie aparece de la nada para querer darte ayuda sin intentar algo a cambio.

—No quieres solo devolverme el celular —insisto. Ese móvil es nuevo, todo lo que pueda encontrar ahí no es más que información banal y reciente. A excepción de lo que pueda hacer con mis redes sociales abiertas...

—No quiero solo eso. Pero tu celular no es lo que me interesa, sino la ayuda que puedas darme. El asunto es que mientras me ayudes, lo estarás haciendo a ti misma.

—No te sigo.

Su voz me da la pauta de que no es una voz verdadera. Se oye un tanto... ¿robotizada? Parece la de un hombre, pero con alteraciones que no puedo precisar si es real o no.

—Tania. —No me gusta cómo viene el tono—, tú y yo ya nos conocemos.

—¿Q... qué?

—Piensa. Recuerda.

Santo cielo.

El pensamiento atraviesa mi memoria en una fugaz imagen que me pone la carne de gallina en un instante.

—Tú —farfullo—, eres el hijo de puta que...mató a...

—Yo no lo maté, Tania.

—¿Cómo eres capaz de decir eso? Te vi. Y lo vi a él.

—¿Pero viste que yo le disparase?

—N...no. Pero estaba al otro lado y escuché el disparo.

—Tania, él se disparó. Tenía la orden de hacerlo.

—¿Qué estás diciendo?

—Christopher Jones. Ingeniero en Programación de Sistemas. Vivía con sus abuelos antes de morir. Ingresó a trabajar para Vance Tecnología de Punta inmediatamente después de graduarse con honores e iniciar tareas arduas de refacción de sistemas y ciberseguridad para importantes empresas del país.

—¿Tú...cómo...?

—¿Cómo lo sé? Yo sé muchas cosas, Tania. Más de las que se imaginan tú y tus amigos. Por ejemplo, los horarios de trabajo de tu madre, las obligaciones nulas de tu padre, cuándo tus hermanos pequeños entran y salen de la escuela.

—¿Qué diablos dices? ¿Los estás siguiendo?

—No, linda. Yo no me tomo el trabajo de andar tras ninguna persona físicamente hablando. Pero tengo un talento y es el de entrar en los sistemas ajenos.

—¿Qué viniste a hacer?

—Necesitaba información de un *hardware* imposible de *hackear* desde un *proxy*. Ahora sí se puede, por ejemplo, ya puedes avisarle a Aiden que no importa que siga costando importantes programadores, ninguno era tan valioso como el que tenía. Lástima que le haya ordenado asesinarse.

—¿Qué estás diciendo?

—En caso de que a alguno de los trabajadores que manipula información altamente confidencial de Younger se vea con dificultades de riesgo Nivel Cuatro, acuerda su suicidio mediante el cual dejan un jugoso dineral en el seguro para sus familias. Protegen la empresa y a los que aman a un costo muy alto.

—¿Quieres decir que si alguien acá es culpable de...? No. No puedo creerte. Lo dices para que no te culpe de lo que hiciste.

—Tania, tú conoces a Aiden. Sabes las cosas que haría con tal de mantener su empresa siempre en la cima.

—Sí, pero...

¿No llegaría a ese extremo?

¿Aiden sería capaz de tomar esas decisiones e impulsar a sus trabajadores a que arriesguen la vida propia a cambio de unos cuantos billetes?

—Bien —murmuro—, entonces, ¿eso es lo que quieres? Que no te delate, que finja que te creo.

—Pues, eso no es lo que quiero, sino que entra en tus obligaciones, linda. Tú a mí no me conoces, pero yo a ti sí. ¿O prefieres regresar al bar de mala muerte donde trabajabas antes? Oh, lástima que haya cerrado.

—Cierra la boca. No deberías saber...eso.

—Tania, entraste a Sugar Baby por necesidad y estás a punto de conseguir lo que deseabas.

—Tengo el dinero y estoy trabajando. Todo el mundo necesita trabajar.

—Tus sueños, Tania. Estás relegando tus sueños trabajando veinticuatro horas a un nivel de exposición muy alto, tu propia conciencia moral está en juego y no hay nada que se pague tan caro como el propio juicio. Es un asunto muy delicado en el que te estás metiendo.

—Yo sólo estoy cumpliendo con ser la compañía de...

—Sabes que no es solo eso y tienes la oportunidad de sacar las manos del fuego antes de que las pierdas de tanto que te has quemado.

—¿Por qué debería confiar en ti? O mejor dicho, ¿por qué debo confiar más en ti que en ellos?

—Porque Younger está a punto de iniciar una red de pederastia donde los más viejos puedan salir con chicas y chicos demasiado jóvenes.

—El amor no tiene edad, imbécil. Están quitando un estigma de la sociedad.

—¿Hasta qué punto?

—Todos mayores de edad.

—Revisa bien los contratos que firmas. Younger permite venderse como acompañante a partir de los dieciséis años sin límite de edad.

—¿Qué? No... No es posible.

—Sí que lo es. Revísalo luego de que cortemos esta comunicación.

—Bueno, pero...hay países donde es legal ser mayor de edad con sólo dieciséis años.

—Pero no que tengas doce y puedas estar a cambio de dinero con personas de sesenta.

—¡Qué asco! ¡¿Qué estás diciendo?!

—¿Tania?

Lo último ha salido tan fuerte que Marco parece haberse alterado. Mierda.

—Haz lo que te digo, linda —me dice la voz al otro lado de la línea—. Hazme caso. Por supuesto que yo no soy ningún santo...

—¿Tania, estás bien? —insiste Marco.

—Mi objetivo es joder pedófilos como tus amigos y quedarme con la fortuna que han recaudado irresponsablemente. Lo mío no es muy responsable que digamos, pero se me da bien.

—¡E...estoy bien! —anuncio—, enseguida salgo.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —Me vuelvo al móvil.

—Quiero que hables —contesta—, quiero que confieses lo que yo te ordene. Estoy a punto de dar un golpe crucial para tirar abajo todo Raven y sus marcas. Pero eres la única que puede salir ilesa de ello. Tienes tiempo hasta hoy al mediodía para denunciarlos públicamente.

—¿Por qué los...denunciaría? No tengo pruebas de que sean...pedófilos o esas ideas que tú mencionas.

—Denunciarás la muerte de Christopher, denunciarán que lo cubrieron y que te obligaron a cubrirlos. Te ganarás la prensa y la estima de la gente, tendrás algunos procesos legales que durarán poco. Yo difundiré todo lo necesario. Expondré sus miserias. Tú sólo debes colaborar.

—¡N... no!

—Tania, no tienes opción. Es eso o algo malo, muy malo te sucederá a ti y a tu familia. Sabes cuánta información manipulo, no me hagas volverme malo también contigo. Ahora todo depende de ti, bebé azucarado. Tienes seis horas para tomar tu decisión.

¿Qué harías en mi lugar?

Te quedas sin opciones cuando cada aspecto de tu vida que debiste asimilar sin chistar es puesto en tela de juicio.

Aiden y Marco me ayudaron.

¿O no?

Pude conseguir el dinero que necesitaba para avanzar con mis intereses profesionales y lo que deseo para mi futuro. Es cierto que ser Sugar Baby no deriva en mi vocación, pero sí ha resultado una decisión desesperada y una experiencia con intensidad explosiva.

Desconozco si en algún momento lo volvería a hacer, pero hay decisiones desesperadas en necesidades de distinta índole. Experimentar con Marco y con Aiden fue, no sólo porque requería dinero con desesperación, sino también una chispa que me enseñó a vivir y a vivirme un poco más. Con riesgos, con piel, con el cuerpo entero.

No sabes lo que es el sexo hasta que descubres su gusto hacia él. No sabes lo que es *vivirte* realmente hasta que empiezas a explorar todas las maneras que tiene la naturaleza de satisfacerte.

Es delicioso, asombroso, con encantos fascinantes.

Pero el peligro puede implicar una cara oculta, donde sabes que al otro lado puede estar su verdadera expresión, más que un mero semblante.

Por un lado, atrae.

Por otro, debes apartarla con decisión de tan horrorosa que puede llegar a ser...

Es hora de conocer lo que ocultan los secretos del mundo.

No puedes ser más débil en la carne y en la vida si no has visto todo lo que el destino tiene para dar.

Lo que en el placer puedes explotar.

Y tarde o temprano, se debe encarar El Bien y El Mal.

El celular lo ha dejado en la recepción del hotel. Lo suben a la habitación

apenas Marco se ha marchado. No demora ni diez minutos en traérmelo.

Me sentí mal al echarlo del cuarto sin muchas explicaciones, pero el solo hecho de saber que todo este tiempo me tuvo agendada en el teléfono como “Chica Younger” me deja impactada.

¿Es que ya me tenía así antes de que hiciese los pactos con Aiden? ¿O cambió el nombre luego de que cerraron trato? Lo primero es horrible, lo segundo no tiene sentido más que de pura insensatez.

Si Marco me guardó desde el primer instante de esa manera, significa que desde el primer instante tenían pensado usarme y guardarse las espaldas con el ser “un trío feliz” mientras dure un puto contrato.

Estoy de acuerdo con todo lo que se pueda consensuar entre las personas que decidan mantener una relación, pero definitivamente no lo estoy con el hecho de que se pueda usar a una persona en beneficio material de las otras dos, sólo por una situación desesperada.

De ningún modo...

Aiden.

Marco.

¿Qué sucede conmigo?

¿Por qué he tenido que esperar ahora para abrir los ojos?

¿Por qué no lo puedo considerar de manera distinta? Ellos hicieron *un* trato y fingieron *otro* ante mí...

Tres días más tarde

De regreso por el puente del Garden, me cruzo con un hombre apuesto. Viste esmoquin, mide alrededor de un metro ochenta, sus ojos negros rasgados me observan al pasar y las comisuras de sus ojos se marcan al dirigirme una media sonrisa.

No puedo evitar también sonreír y lo paso por alto.

Esa es una impresión que también me ha quedado luego de lo sucedido. Encontrarme a un hombre apuesto no me hace sentir mal conmigo misma sino con cierta picardía y deseo al responder.

Me gusta la nueva parte de mí, esa versión que no conocía.

Mientras atravieso el Garden, enfundo mis manos en la chaqueta ligera que llevo puesta. De camino a mi lugar de destino hago un repaso de lo que es mi vida respecto a “niveles de satisfacción” como si de una apuesta de dinero se tratase. De ello, si es por satisfacción, en tanto cliente no compro ese paquete.

Mi vida ha implicado relegar ¡tanto! Cada aspecto satisfactorio implicó una dosis de culpa y mi defensiva perspectiva de estar perdiendo el tiempo.

Por ello siempre fui una mojigata adicta a la escuela que nunca rindió lo suficientemente bien por tener la cabeza tan obturada de necesidades, de carencias, por las preocupaciones económicas de la casa, por el mandato idealista de “tener que ser la mejor”. Al diablo con eso. Siempre habrá mejores. Siempre será momento de pasar de página a otra cosa, a algo mejor, no temer al futuro ni preocuparse en demasía por ello.

¿No será que por pensar en el mañana me olvidé de vivir hoy?

Habermé encontrado con esos momentos tan candentes y haber descubierto la persona que yo en verdad soy, ha implicado correr ciertos riesgos. Demasiado inexperta, demasiado ingenua.

No supe ver las cosas como debían serlo.

No supe comprender lo que en verdad escondían mis sentidos

abrumadores.

Pero no fue demasiado tarde para corregir algo...

Ahí está.

Me detengo en el cruce entre las calles Armand Jouce y Melbourne. El café librería ha abierto sus puertas y dentro ya debe estar la persona que espero.

Miro mi móvil.

E ingreso en la aplicación.

Él me ha hablado.

“¡Hola! Ya estoy en el lugar. ¿Qué mesa prefieres que vaya reservando?”.

Dejo fluir una sonrisa al leer su mensaje y me guardo el móvil.

El encuentro se está por concretar.

Tres días atrás

—Ángel...tienes que ayudarme.

—Querida, ¿qué sucede?

—Quiero dar una nota periodística al público. Reivindicar mi figura, estoy harta de ser tratada como el juguete de estos hombres.

—Oh, nena, ¿te sientes perseguida por los medios? El viaje está pronto a terminar. La conferencia de prensa de esta mañana salió fenomenal, seguí minuto a minuto lo que ocurrió.

—No me importa eso, Ángel. Quiero una nota. Para mí sola. Esta mañana dijeron los medios que soy “la cara temporal de Younger”. ¡Me presentaron de esa manera! ¿Cómo te sentirías tú si te hicieran eso?

—Ya sabes cómo son los medios, amarillistas, sensacionalistas, necesitan alguien de quien hacer su comidilla. Siéntete venerada, ¡hazlos que hablen de ti! Como vas, estás haciéndolo magnífico.

—Exactamente de eso se trata: quiero que hablen de mí.

—Disculpa la intromisión, pero... ¿Qué es exactamente lo que dirías?

—Quiero que me escuchen de una vez sin sesgos previos. “La diosa del amor” está un poco cansada de ser tratada como un *sex toy*.

—Los grupos poligámicos te veneran, querida.

—Quiero que todo el mundo me respete, no ser venerada, Ángel. Entiende que esto me produce un desgaste mental terrible y sólo me interesa dejar ese lugar de juguete del sexo.

—¿Así es como te sientes?

—Así y peor.

—Vaya.

—Quisiera que me consigas una nota para hoy al mediodía con Christine.

—¡¿Qué?!

—Christine de la CNN3.

—Pero esa mujer te contradijo y, según me informaron, tú no te la pasaste

nada bien. Tuviste una crisis de nervios luego.

—¿Tu informante fue Marco?

—Ese muchacho es confiable.

—Sí, ni que lo digas... Bien, tengo la nota con Christine para el noticiario del mediodía, ¿sí o no?

—Pues, déjame averiguarlo, pero...

—¿Pero?

—Es mi trabajo saber exactamente qué dirás y aconsejarte al respecto. Te pasaré tarjetas de disparadores en caso de que algún tema te acorrale.

—Christine no hizo más que intentar abrirme los ojos.

—Pero ya los tienes bien abiertos, linda. Esa mujer es una perra con actitud, creo que por eso me cae tan bien.

—Intentó hacerme notar lo que estoy haciendo. Es la única que me ha dejado en cámara como algo más que “la chica del trío”. Quiero dar mi versión sobre la vida que he llevado y la dignidad con la que me aferro a la idea de ser una Sugar Baby. Que las chicas que lo ejercen no se avergüencen de ello ni permitan nunca, jamás, ser tratadas como meros objetos.

—Vaya, Tania. Creo que con ese discurso te ganarás la carta del público feminista que te critica por estupideces. Ahora que lo pienso mejor, no me parece tan mala idea después de todo.

—Bien. Estamos a dos horas de que salga el noticiario y necesito urgente un espacio ahí. Consíguemelo, Ángel. Y te prometo que serás mi agente durante mucho tiempo y te pagaré el doble de lo que ganas ahora.

—¡Ay, cielo! ¡Eres tan graciosa! Déjame hacer mi trabajo, luego me comentas de tus proyectos de futuro. Te llamo en un momento.

—Gracias.

—Ve preparando un lindo escote, pero no olvides que sea un atuendo formal, discreto.

—Un lindo escote no es discreto.

—Tú lo sabes llevar. ¡Hasta entonces!

Después de todo, Christine fue la única que quiso mostrarme las cosas tal cual eran. No sin sus sesgos y escándalos sensacionalistas.

En su momento me la pasé muy mal, pero es lo que ahora necesito para dar el paso, el gran paso que me catapultará...o me enterrará. Con seguridad, el golpe será muy fuerte.

—Quince minutos.

—Lo que tú digas —le aviso a Ángel mientras permanecemos en la oficina de entrada al estudio del noticiario del mediodía de la CNN3.

—Así que no dejes perder ni un solo segundo de los que tengas una vez que estés frente a esa cámara. ¡No te haces una idea de cuántas personas les gustaría estar en ese lugar!

Lástima que todas esas personas no conozcan lo que es sacrificar la propia dignidad. Es la ocasión de jugarme las oportunidades que me quedan.

Un asistente me llama para que me vaya preparando y Ángel me despide sosteniéndome de los hombros e insistiendo con las tarjetas.

—Puedo enviártelas por WhatsApp y las lees en cuanto lo necesites —me propone—. Tus pantalones con bolsillos son toda una moda, ahora el móvil es cosa frecuente sin tener que usar peligrosas carteras en la calle.

—En verdad te lo agradezco, Ángel. Y créeme que no permitiré que nada malo te suceda.

Ella frunce el entrecejo.

—¡Vamos, tres minutos para salir al aire! —anuncia el asistente. Es un hombre de tez negra, muy alto, viste una camiseta mangas cortas color verde con el logo de la cadena televisiva, pantalones de jeans del mismo tono y zapatillas deportivas. Sus brazos son amplios y su quijada cuadrada.

—¿Qué quisiste decir con eso? —me pregunta Ángel.

Sólo le dedico una sonrisa y dejo que el hombre enorme que me espera para entrar al programa me lleve con él.

De camino reviso mi celular donde noto que he recibido un mensaje. No hace falta tener el número guardado para saber de quién se trata.

“Christine te anunció luego del corte”.

Inspiro profundamente intentando liberar la tensión. Esto ya empieza a ponerse...adrenérgico.

“Prométeme que tendré el quince por ciento de todas las ganancias que vas a robarle a estos idiotas”.

“Dijimos el diez, nena”.

“Quince”.

“Doce”.

“El trece por ciento o no hago absolutamente nada”.

“El doce por ciento y te subo al trece si además sacas una lágrima”.

“Hecho”.

—Aguarde —me señala el asistente para detenerme frente a un escáner donde revisan que no ando con armas ni explosivos. Me cruza los brazos alrededor de la cintura ayudándome a colocar un micrófono, auriculares inalámbricos y una batería.

—Bien —murmura—, ¿ya sabes cuáles son las indicaciones? Te he visto antes por aquí.

—Yo también te recuerdo —hago una ligera pausa y luego le pregunto más despacio—. ¿Después me pasas tu número? Te invito a un café.

Abre los ojos grandes, captado por la sorpresa, cuando alguien más interviene:

—¡La chica a su lugar! ¡Un minuto!

La cámara se enciende.

El micrófono está en su lugar.

La pantalla al frente muestra el rostro de Christine con el cabello extremadamente liso y cortado como en regla a la altura de los hombros.

Su voz sale decidida y marcada.

Pienso si fue o no buena idea haber venido a espaldas de Marco y de Aiden. Aunque seguramente Ángel les anunció. Ellos ahora estarán en una de sus reuniones importantes con inversores.

—La marca Younger ya vio la luz y, con ella, nuestra querida compañera Tania, ha decidido acompañarnos en el día de hoy para realizar un anuncio. Una chica que ha sufrido por una familia atravesada por la idea de que la mujer debe sacrificarlo absolutamente todo con tal de tener que mantenerse a sí misma y a toda su familia. Un ejemplo de madre singular que amistosamente nos recibió en su casa, pero un hombre sin piedad evidenció sus rasgos de misoginia al echarnos imprudentemente. Por suerte ella está aquí, con interés de tener una palabra más. Tania, por ello y por todo lo que haces, quiero que sepas que siempre serás bienvenida a mi programa.

Me aclaro la garganta y avanzo con la silla para quedar al frente del escritorio. La cámara se posa en mí, donde observo con interés supremo lo que sucede, buscando la fuerza de donde no la hay con tal de que todo salga tal cual lo esperado.

Para proteger a mi familia.

A mí misma.

A las chicas que están en Younger.

A todas las personas que circulan ahí y en otras redes, pudiendo ser captadas por lo peor.

El estereotipo que buscan romper implica instalar otro. Aún más aberrante, no ideológico.

Y he tenido las pruebas suficientes para corroborarlo, pero sin estar del todo segura en qué me estoy metiendo ahora mismo.

Me prometió hundirlos.

Bloqueará todas las cuentas.

No habrá manera de que sostengan un mínimo de la seguridad con la que se han valido hasta la hora.

—Christine —murmuro frente al micrófono—, agradezco mucho que hayas decidido darme este espacio nuevamente. Es un honor enorme, sé cuántas personas gustarían de compartir mi lugar y tu voz. Por ello he decidido tomar este sillón para hacer una revelación.

Pasan unos segundos hasta que veo aparecer a Aiden.

Llega agitado y me observa al lado de las cámaras. Se le ve agitado y desordenado. Se ha desbotonado el primer botón de la camisa y su cabello se observa revuelto.

“¿Qué haces?”, modula con un movimiento de labios marcando el empuje a un puente movedizo.

—Christine —me vuelvo a ella—, Younger es peligroso. Todo el mundo tiene que abandonar esa página ahora. Las mujeres estamos en riesgo.

Tengo que seguir avanzando, aunque el puente se mueva. Aunque los gritos me aturdan. Aunque el viento me coloque en riesgo inminente.

Debo seguir.

Aunque Aiden sea quien, esta vez, ha salido en mi búsqueda con tal de traerme. Pero, a diferencia de mi sueño, esta vez estamos los dos en el puente, tambaleándose, a punto de caernos juntos en el vacío.

—Tania —murmura Christine—, ¿a qué te refieres con eso?

—Están...manipulando redes. Vance Tecnología de Punta se encuentra interviniendo plataformas y soportes de distinto tipo a fin de obtener algo... muy peligroso.

—¿Qué es ese peligro al que te refieres?

Intento ignorar a Aiden.

Pero muchas miradas se posan en él.

Y van a mí, marcando el recorrido, haciendo surcos con todos los ojos que se mueven de uno a otro.

—Hace unos días se hizo la conferencia de prensa inaugural de la plataforma, pero un cazador de pederastas intentó filtrarse para burlar el evento. Para ello necesitó información altamente confidencial.

—¡Detengan eso!

Aiden no puede contenerlo más.

—¡Corten todo!

—Aguarda un momento, linda —me dice Christine con una mano en alto y volviéndose al rubio, luego a su grupo de asistentes—. ¿Podrían hacerme el favor de sacar a este intruso del estudio?

Oh, santo cielo.

—¿Qué?! —el rubio se sobresalta. De pronto su poder, su magnificencia se ha visto burlada.

—¿No me escucharon? ¡Sáquenlo de aquí!

—¡No! ¡A ella deben sacarla! ¡Yo la traje a este lugar y yo me la llevaré, interrumpen esto ahora!

Es el asistente que me colocó el micrófono quien interviene con sus enormes brazos oscuros y calientes para frenar al muchacho a punto de meterse en el estudio y hacer un desastre. Para armar caos, estoy yo.

El asistente se encarga de llevarlo fuera del set. El corazón late con fuerza en mis oídos. Esto está a punto de terminar.

—Vaya. —Mi anfitriona se vuelve a mí y me observa—. Prosigue, Tania. ¿Qué ha sucedido? ¿“Cazador de pederastas” dices?

—Un...*hacker*. Descubrió algo. Y otra persona murió ese día.

Tres días más tarde

Cuando me acerco, lo examino bien.

Me gusta.

Es delgado, más joven de lo que suelo acostumbrar, su piel es pálida, aunque sus mejillas se sonrosan con facilidad.

Lleva el cabello revuelto, usa gafas al estilo *geek* y mide más de un metro ochenta. Parece un chico tímido, de poco más de veinte años, no al estilo de los fornidos que suelen atraer mi atención a la primera.

De no ser por su barba de varios días, juzgaría menos edad. Viste jeans rotos, una camiseta blanca con el estampado de una chica en blanco y negro abrazada a un muchacho tatuado.

Ha elegido una mesa a orillas del salón, al fondo para ser exacta y no se lo ve muy cómodo con la situación.

Me recuerda a la primera vez que lo hice.

Sin embargo, no estaría mal que la gente nos vea. Él está en condiciones diferentes a lo que implicó mi primer encuentro. Fue mi situación en la que me encontré con un hombre mayor y trajeado, incluso debería agradecerme por ser su primera experiencia.

—Hey, hola —le digo mientras tomo asiento a su lado y arrojo mi cartera con un abrigo en la silla de al lado.

Sus ojos color café me examinan. Ven cuánto espacio ocupo con todas mis cosas y deja escapar una risita nerviosa cuando corresponde:

—Ho... hola.

Su timidez me genera ternura.

Nadie adivinaría que se está prostituyendo.

Así que lo increpo con mi primera pregunta:

—¿Cómo estás, Louis?

Tres días atrás

Arrastran a Aiden hacia el exterior del estudio de grabación, mientras Christine finge que el intruso es sólo un ratón que se filtró en el piso y disimuladamente lo intentan quitar.

Miro fijamente a Christine y ella asiente. Es sólo un gesto, un movimiento de su cabeza que me invita a opinar, a pensar, a sentirme reconfortada, aunque también pretenda ser sólo un semblante para hacerme creer que puedo confiar en ella.

Cuando en verdad, sólo quiere una jugosa noticia.

Y, después de todo, es lo que yo quiero dar, de lo contrario no la habría citado aquí, ahora mismo. En su propio programa.

La falsedad se muestra con muchas caras, nos hace creer cosas extrañas y juega con la ingenuidad de la gente.

Por ello, la mejor estrategia es responder con mayor falsedad aún.

Christine me está beneficiando y yo a ella.

Sé que estoy a punto de lanzar una bomba, lo que ella quiere es simplemente ofrecer un poco de pólvora.

Para que algo estalle, se necesita mucha potencia.

Mis labios se separan para hablar. Aiden se ha ido. Los reflectores arden. Mi corazón golpea.

Estoy desesperada.

—Younger es una estafa. Entré siendo parte de algo que sentía, que me movía a querer buscar algo más, algo distinto. Creía tener una causa noble en beneficio del amor, de sentimientos genuinos y potentes. Era lo que sentía en aquel entonces. Y...jugaron con mi ingenuidad.

Mi voz se entrecorta.

Algunas personas tras las cámaras hacen comentarios entre sí. Christine coloca una mano en mi hombro cuando agacho la cabeza.

—Aquí estás protegida, Tania. No te sientas presionada. Es importante

que puedas hablar para que no haya otras personas que deban pasar lo mismo que te tocó pasar a ti.

Me llevo una mano al pecho.

Me siento humillada, maltratada, expuesta. Pero también me siento una persona perspicaz, una zorra si se quiere, estoy disfrutando esto porque sé que, sea verdad o no, me ayudará a ganar la razón de la mayor parte del público.

Tengo una fuente, tengo pruebas de una muerte, tengo la experiencia de haber sido obligada a guardar silencio.

Aunque también fui un poco presionada a tener que hablar.

Es probable que el supuesto hacker que me puso a prueba haya sido en verdad, una agrupación de enemigos de Aiden y de Marco quienes quieren verlos destruidos.

Y no hay mejor manera de destruir a una persona que indagar en la vida que intenta ocultar.

—Younger busca. —Me armo de valor para decirlo finalmente—: Aiden y Marco buscan que su aplicación legalice la pedofilia “en nombre del amor”. Tienen que detenerlos, por favor, deben frenarlos.

Tres días después

Soñé con esto una vez.

En mi idea, entraba en una habitación de la mano de Aiden y de Marco, lista para ser sometida.

Lo peor de todo, es que en mi sueño me lo pasaba bien junto a un numeroso grupo de personas. Más de tres.

Sé que no es esto lo que quiero para toda mi vida, sería imposible de hecho poder cumplirlo. El cuerpo tiene sus límites, la carne cede intensidad con los años y la falta de estímulo.

Por ello, mejor afrontarlo ahora.

La oportunidad está más presente que nunca, insistiendo, demostrando que poder hacer las cosas de otra manera es algo que se mantiene a flote todo el tiempo.

Si algo me enseñaron aquellos dos, es que la sexualidad tiene límites que nos resultan inexplorados y vale la pena poder apreciar.

Sin embargo, no todo se puede y esa es la parte que Aiden y Marco jamás aprendieron.

El acuerdo y las normas en el sexo son necesarios. Y el deseo, por más intenso que sea, debe conocer de ambas opciones.

La muerte y la violación definitivamente no entran en las posibilidades fehacientes. Ellos eran personas con un poder inmenso, y es probable que aún lo sean, pero ahora su nombre ha sido quebrantado.

Fui responsable de ello.

Y lo lamento por Marco, ya que la verdadera cabeza en todo ello era Aiden. Marco resultó una marioneta. Le ocurre por imbécil.

Lección número dos: para el sexo se debe usar la cabeza. La que tenemos para pensar, también.

Cuando abro la puerta de mi apartamento nuevo en Boston, algo nace en mi interior. Como una planta enamorada del muro que sube ávida,

aferrándose, buscando atrapar la luz.

Yo voy en esa dirección.

Algo nace desde la parte más honda de mi abdomen y me trepa el cuerpo, el pecho, las piernas, la entrepierna, el corazón.

Cuando abro la puerta, el rostro de Louis se ensombrece.

Hay un Sugar Boy y una Sugar Girl esperándonos sin ropa.

—¿Estás listo para debutar? —me vuelvo, preguntándole a mi tímido compañero.

Pero ha quedado estupefacto, boquiabierto. Las gafas están a punto de caérsele.

Más de veinte años y nunca relamió el jugo de la carne...

Días atrás

Confesé todo.

Encontraron las pruebas, fueron siendo desveladas una por una. Las evidencias quedaron sobre el tapete sin que deba hacer esfuerzos, más que el primer sutil empujón.

Todo el mundo habló de ello. Habló de la muerte del programador, habló de Younger, habló de Aiden, habló de Marco, habló de Christine (por supuesto, ella se encargó de ir a la cabeza en todas las noticias: “Christine desveló el secreto de Younger”. “Famosos fueron descubiertos como pedófilos en el programa de Christine”. “Marco y Aiden son una estafa. Christine lo evidenció”).

Fueron procesados. Estuvieron presos un tiempo, sin embargo, nunca llegaron a alcanzar su cometido.

Y lo que es peor (o mejor aún, no lo sabría decir con certeza) es que mi fuente nunca volvió a aparecer.

Su último mensaje fue claro:

Te buscaré otra vez en cuanto te necesite. Buena vida, linda.

Y me hizo un depósito de dinero millonario.

Fue todo un desafío encubrir ese dinero. Me dejó las instrucciones para hacerlo y algunas sugerencias para realizar inversiones.

Lo hice en el mundo de Internet y dediqué una buena parte de los ingresos a espacios de caridad. Abrí refugios para animales y costéé cirugías y tratamientos de gente que lo necesitaba. Me di el gusto de afrontar gestos que siempre quise. También empecé la carrera universitaria que llevaba tiempo intentando pagar. Admito que no estafé la matrícula de ingreso, sino que aprobé los exámenes por esfuerzo personal. Era un desafío propio el hecho de forjarme una carrera, sin importar el despilfarro que me estaba

permitiendo.

De todas maneras, una vez invertido el dinero, lo demás era sólo aguardar a que día a día, la cuenta sumara y multiplicara las cifras que resté con mis tareas filantrópicas.

Pero con lo que decidí darme un buen atracón de placer, fue con mi apetito. Comí en los mejores restaurantes, viajé para tantear exóticas carnes, pagué por sexo de calidad, probé experiencias insospechadas.

Pero siempre hubo una de ellas.

Una.

Que no podía morir sin antes haberla afrontado en toda su dulzura.

En la actualidad

Mi verdugo sugar boy tira del chico al suelo. Lo deja a cuatro patas y le arranca la ropa, rompiéndole la camiseta y quitándole los pantalones. Sus zapatillas son arrojadas a cualquier parte del apartamento.

La sugar girl cierra una correa al cuello del muchacho virgen y deja un beso marcado con rouge en su mejilla izquierda.

El hombre lo arrastra de la correa hasta la habitación.

Abandono mi ropa en el camino y quedo con el atuendo preparado para afrontar lo que quiero vivir ahora.

Debo admitir que esto ahora me genera un poco de pudor, sin embargo, he probado orgías antes y ninguna fue tan buena como tener el morbo de saber que un chico de más de veinte años está a punto de ser desvirgado por dinero. Por mí. Y porque él lo quiere.

Firmó un contrato antes de llegar a mis manos, no obstante comienzo a preguntarme si en verdad leyó las cláusulas. Estaban bien explícitas.

Me observo al espejo quitarme la ropa. Llevo puesto un sostén negro con arnés, un collar negro con argollas grandes en el cuello y un tanga. Pasó un año desde que Aiden y Marco me enseñaron a descubrir esto, a descubrirme, a entender qué hay más allá de una chica con sueños estúpidos.

Y a creer que puedo hacer realidad mis “sueños estúpidos” sin tener que renunciar a grandes cosas.

En cuanto atravieso la entrada a la habitación, el sugar boy está de pie, con sus bonitos calzoncillos de Calvin Klein y sus músculos tostados marcados. Lleva puesto un antifaz negro que le sienta de maravilla en juego con su pelo oscuro rapado.

La chica está sentada a orillas de la cama, con antifaz de conejita y las orejas altas torcidas. Lleva puesta la misma ropa interior que yo, que en verdad, implica ir casi desnuda. Me pasa una venda negra con bordados en rojo.

El chico está en el suelo, de rodillas, con un arnés colocado y una correa rodeándole el cuello. Su bonito bóxer evidencia un bulto bien marcado y una erección prominente por debajo de la tela.

Me acerco a él, rodeándolo con mis piernas y rozando su bulto con mi sexo. De pronto siento que late, se aviva. Levanto mi cabeza y tengo la cintura del verdugo delante de mi rostro.

Una de mis manos se desliza por su cintura y descubro el sexo prominente, firme, en alto.

Luego agacho la mirada y contemplo a mi chico.

—Hora de divertirse —anuncio.

Y le vendo los ojos, sumergiéndolo a la misma oscuridad donde vivo hace tiempo.

Quizás algún día encuentre la luz.

Pero no será hoy...

FIN

AGRADECIMIENTOS



Biografía de

autor:

LUIS AVILA nacido el 11 de mayo de 1995 en San Juan, Argentina. Licenciado en Psicología por la Universidad Católica de Cuyo y autor en wattpad y otras redes, donde acumula más de 30 millones de lecturas.

Ha publicado la saga #MALOS y Los Juegos del Jefe (Editorial Planeta) con gran caudal de lectores en todo el mundo. Puedes encontrarlo en

Instagram como @luisavilaok